

RA

DAI  
2  
CCIÓN

UAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
FACULTAD DE LETRAS Y LENGUAS  
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS  
LINGÜÍSTICOS Y LINGÜÍSTICA APPLICADA  
BIBLIOTECA

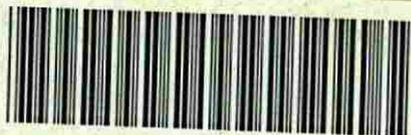
ALTAMIRA  
—●—  
CUADROS  
LEVANTINOS

PQ6601

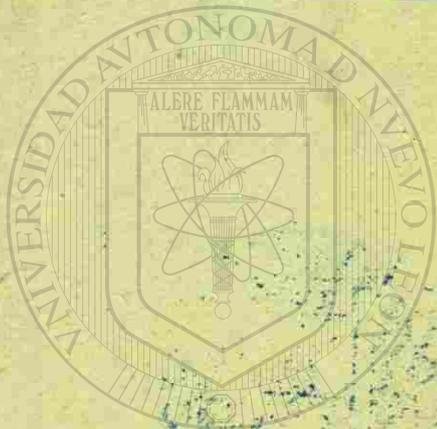
.L7

C8

A350



1020027479

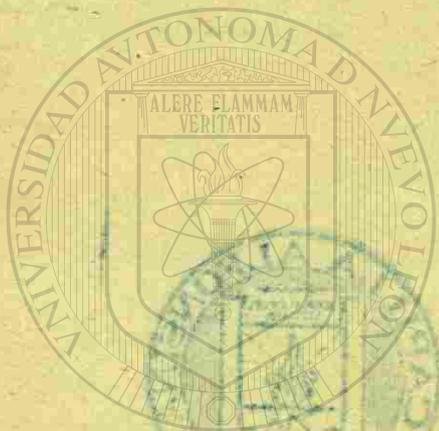


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSO



Núm. Clas. 868.62  
Núm. Autor A4650  
Núm. Adg. 33106  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificación cy

BIBLIOTECA SELECTA

XCH



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

6

DEL MISMO AUTOR

HISTORIA DE LA PROPIEDAD COMUNAL. Con prólogo de D. Gumersindo de Azcárate. Un volumen.—3,50 ptas.

PENSIONES Y ASOCIACIONES ESCOLARES. Un folleto. No se vende. (Publicaciones del Museo Pedagógico Nacional).

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA. Segunda edición. Un volumen.—5 ptas.

DE HISTORIA Y ARTE. (Estudios eruditos y de crítica). Un volumen.—5 ptas.

HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA. Volumen I, con 128 grabados.—6 ptas.

MI PRIMERA CAMPAÑA. (Crítica y cuentos). Con prólogo de L. Alas (Clarín). Un volumen.—1,50 ptas.

CUENTOS DE LEVANTE. Un volumen.—2,50 pesetas.

NOVELAS. Un volumen.—3 ptas.

NOVELITAS Y CUENTOS. Un volumen de la *Colección Diamante*.—0,50 ptas.

CUADROS LEVANTINOS. Cuentos de amor y de tristeza. Un volumen de la *Biblioteca Selecta*.—0,50 ptas.

RAFAEL ALTAMIRA

CUADROS LEVANTINOS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS  
CUENTOS DE AMOR Y DE TRISTEZA

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. N. L.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"®

VALENCIA 1626 IRONTERREY, MEXICO

LIBRERÍA DE AGUILAR

1, CABALLEROS, 1

33106

863

A

PQ 6601

L7

C8



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

97949

Imp. F. Vives Mora, Hernán Cortés, 6

30188

## Advertencia preliminar

Consta el presente libro de dos partes. En la primera he reunido algunos cuadros que retratan paisajes, escenas y tipos de mi patria alicantina, y especialmente de la huerta, á más de una breve descripción del Corpus valenciano, que me atrevo á reproducir por cariño y no por méritos que en ella encuentre.

En la segunda parte figura, entre varios cuentos anteriormente publicados en revistas y periódicos, un episodio romántico en forma dramática, enteramente inédito, aunque escrito hace bastantes

años. Algún lector erudito, conocedor de los nuevos y á veces disparatados rumbos que la literatura de la juventud europea lleva en Alemania, en Bélgica, en Suecia y sobre todo en Francia, quizá piense que el tal episodio sigue la dirección de uno de esos rumbos y pretende ser muestra de reacción romántica. Nada menos cierto. El sentimentalismo, como escuela literaria y como estado psicológico del escritor, está bien muerto y á todos nos parece ya ridículo en alto grado; pero en la vida, el tipo sentimental continúa dándose con frecuencia, y aún diré que toda mujer y todo hombre lo es un poco en ciertas edades y situaciones. A este título, lo romántico es tan *real* como los locos bestiales de Zola; y el escritor no peca si, á más de reflejar la psicología de sus modelos, conserva ó imita la manera de decir, externa ó interna (la palabra interior del pensamiento), que aquellos tienen, con sus mismos vicios de exageración y lirismo, menos retórico, sin embar-

go, que muchos estilos sobrios é indiferentes.

El literato no puede ser ya, en estos tiempos, sentimental ni lacrimoso; pero sus personajes, ¿por qué no? La realidad es tan varia, que ofrece ejemplos de todo y sobrepuja grandemente á la imaginación. Respetémosla no recortándola á capricho.

R. A.

Mayo, 1897.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



## Pascua levantina

### I

Desde el día antes clamaban los chiquillos por la «mona». En cuanto se extinguió el campaneó de «Gloria», que resonaba doblemente en el eco, lejano y obscuro, como si saliese de las profundidades de alta mar, y cesaron también los toques irregulares de pitos, campanillas, almirces y demás instrumentos que en los barcos y vapores movía la tripulación, mezclando tanta algazara á la que hacían carniceros y pescaderos en la plaza Mercado, ya hubo de considerarse la gente menuda en plena Pascua, muy especialmente para el efecto de la consabida merienda tradicional. Protestó la madre contra aquel adelanto, prometiendo, para

apaciguar deseos, que al día siguiente irían todos, con cestas descomunales y bien henchidas, á las inmediaciones de la estación de Murcia, sitio predilecto de la familia y muy concurrido en tales días de fiesta. Con esto hubo transacción, y con impaciencias mal contenidas aguardóse al domingo de Pascua.

Que amaneció algo pitarroso por el horizonte del mar, con nubes redondas y grises, que echaban grandes sombras en el agua, turbando el azul subido de ésta. Por el lado de Tabarca veíase más limpio el cielo; y el sol, con su reflejo dorado alrededor de la isla, la destacaba como en el aire, con anacarados tonos que la poetizaban y engrandecían. En el puerto, donde no llegaba el nublado, todo era luz, fuerte y deslumbrante, que parecía acentuar los colores vivos de las banderas colgadas, bien en los topes de los palos, bien á proa y á popa de los buques.

Con graves temores de lluvia se pasó la mañana, temores alimentados por el recuerdo de tormentas vespertinas en años anteriores. Pero triunfó al cabo el sol, y apretó de lo lindo con sus calores, que hacían sudar como en el mes de Junio. Con lo cual, quedó convenida la excursión

y preparadas las provisiones de boca, que eran abundantes.

El jefe de la familia—el inclito D. Ramón, *Pancha* por mal nombre entre los polleros de la plaza—quiso aquel año no salirse de la regla en punto á la «mona»; quiero decir, que suprimió todo aditamento extraño ó nefanda mezcla con sustancias alimenticias no consagradas por el uso. Limitó la lista á lo tradicional: las «monas», los rollos de *pan quemado*, las longanizas, los huevos duros, las habas, la lechuga, el queso..... sin ablandarse á ruegos de añadir algún pollo de los más gruesos y apetitosos que ostentaba su tienda del mercado. Otras veces habíase hecho así, juntando en uno merienda y cena; mas se vió que traía grandes perjuicios para la gente menuda, harto tragona de suyo, y sobre todo, era introducir elementos perturbadores en la costumbre y ley primitiva, y á eso no se aventó *Pancha* como pudiese.

No hay que decir si antes de media tarde estaría ya clamando por la «mona» la chiquillería. Llevó la voz cantante el primogénito, Ramoncito, cuyo arrojo y travesura eran bien notorios en la casa. Teníanlo sus padres archimimado, consen-

tido y casi salvaje. Usaba él de esta libertad de las maneras más sonadas y menos cómodas para el vecindario: ora disparando fulminantes en lo mejor de la siesta; ora contando, á porrazo limpio de nudoso bastón, los escalones; ora peloteando en el portal con grave riesgo de cristales; ora tirando piedras á los cacharros de un tenducho fronterizo, con otras y otras ingeniosísimas artes que su natural inventiva le iba procurando, haciéndole salir por el registro que menos se esperase. Pues Ramoncito, llevando la representación y voz de sus tres hermanos menores—un varón y dos hembras—y de un primito que había acudido para ser también de la fiesta, interpeló á las personas mayores acerca de la mayor ó menor proximidad de la merienda. Se le contestó con buenos modos que aún no era hora, y él supo replicar con gran donaire que ya eran repetidos los coches y tartanas, repletos de gente, que habían pasado por la calle anunciando que el respetable público se apresuraba á llegar al campo para la consabida celebración de la Pascua. Agradó este rasgo de ingenio inductivo á los padres, y á poco estuvo que cediesen, apechugando con el prematuro viaje, á pesar del grave sol que

caía. Afortunadamente, D. Ramón se atrevió á replicar con timidez, y como pidiendo perdón á su primogénito de atrevimiento tan desusado, que los de los coches eran gentes que habían de ir lejos, y por tal motivo adelantaban el viaje; mas que para ir tan sólo al punto que ellos tenían concertado, no se hacía preciso afrontar los fieros rayos del sol en hora tan temprana. Pareció bien por milagro de Dios á Ramoncito no insistir en su porfía, y quedó todo apaciguado; hasta que algo después, llegados varios amigos que quisieron unirse á la partida, con menor peligro de insolación tomaron todos el camino previamente determinado.

Había quedado la tarde—á lo menos por aquel trecho de cielo—despejadísima y brillante, convidando á la expansión. Y no cabe decir sino que los levantinos respondieron bien al halago de la Naturaleza. Eran rios de gente las calles, y en todos los rostros reflejábanse la alegría, el afán de divertirse y de comer, que suelen ir parejos en la humana debilidad. La gran masa del pueblo, endomingada, llenábalo todo, ahogando tal cual manifestación de la burguesía rica, que más bien se quedaba en casa ó había tirado camino de la

Huerta. Las mozas garridas del Barrio Nuevo, airosas en el andar, saladas y atrevidas en el decir, iban proclamando la hermosura y gracia de la tierra, con faldas claras, primaverales, rico mantón, calzado exquisito y muy cuidado y reluciente moño. También se veían cigarreras de San Antón y de Santa Cruz, con alguna de la Villavieja, que, en lugar de echar hacia Levante, determinó correrse al lado de Poniente, como más despejado y animador. Todos iban en demanda de campo abierto, entonando en sus risas, en sus ademanes, en el chispear de los ojos, el cántico de la primavera, del buen sol, del cielo azul y de la alegría levantina, que es todo uno.

II

Llegó al cabo D. Ramón con su prole y acompañamiento al sitio preferido. El cual era, efectivamente, de los que gozaban más predicamento para fiestas tales; porque dada la aridez y sequedad de los alrededores de la población, si no es punto de mullida y verde hierba alfombrado, tiene, á lo menos, próximo un macizo de palmeras, que al fin son árboles, y gózase

desde él de amplio panorama, abarcando todo el recodo de Poniente de la bahía, entre el puerto y el Cabo de Santa Pola, por encima de la estación del ferrocarril de Murcia. La comitiva no se detuvo mucho en admirar la placidez del mar, que se movía tan sólo en ondulaciones anchas y solemnes, doradas por el sol, que ponía así colores nuevos en el tono azul dominante del agua; ni consideró la dulce curva de la playa vecina, en la cual morían sin ruido levisimas olas, apenas espumosas, ni el llameante horizonte de la montaña, deslumbrador de luz, que fingía nieblas y recortaba las lejanías, cada vez más accidentadas; ni sintió tampoco la belleza que, á su modo, tenía el castillo, puesto como enorme reflector, todo rojo de los rayos que de Poniente le llegaban, sino que se preocupó tan sólo de buscar buen sitio, limpio de piedras, en medio de las ya numerosas partidas de gente que se le habían anticipado, y de las cuales algunas empezaban á comer. Luego de encontrado el sitio, hubo de discutirse un rato si se procedía desde luego á consumir la «mona», ó se harían tiempo y ganas con algunos juegos inocentes que movieran los músculos, excitando el estómago.

Como de costumbre, Ramoncito metió cucharada en la discusión, opinando por la *bucólica* lo más pronto posible, y no será malicia suponer que su voto (bien que ayudado por la gazuza de alguno de los comensales) fué decisivo en la cuestión. Dejáronse para más tarde los juegos, y sentados todos sobre la madre tierra, en círculo, extendió primeramente doña Vicenta (la digna consorte de D. Ramón) un medio mantel, limpio y nuevo, y encima fué depositando las varias provisiones que en cestas habianse traído.

Y en esto ocurrió la primera sorpresa de la tarde. Halláronse las diferentes «monas», incluso la grande de doce huevos, artísticamente pellizadas todas en diferentes puntos de su contorno. A ninguna le faltaba trozo mayor; mas todas parecían como mordidas de ratoncillo menudo y cominero. Grande ira produjo tal sistemático destrozo á doña Vicenta, como también á D. Ramón; y fué tanta, que por primera vez en su vida propinó este último un cachete (no muy grande, en verdad) á su primer retoño, quien, como era de suponer, resultó autor de la fechoría. Berreó el chiquillo, gritaron los padres, pusieron paz los parientes y amigos, ale-

gando que no era ocasión aquella de reñir, ni la travesura del chico merecía mayores castigos y enfados, y acabóse todo con empezar á partir las «monas» y ahogar el duelo, no con pan, sino con masa más dulce y apetitosa.

No hubo, sin embargo, gran sosiego en la concurrencia. Como una de las gracias de la «mona» consiste en romper los huevos duros en la frente del vecino, porfiaron todos en lograrla, evitando juntamente que la lograsen otros en ellos. Aquí desplegó Ramoncito toda la travesura de su ingenio fecundo; primeramente, manchando toda la cara de su primo con la clara y yema de un huevo que á prevención habia traído sin cocer, lo cual casi convierte la fiesta en dura pelea de chiquillos; y luego (y esta fué la más negra) probando á romper otro ya duro en la nariz de la criada, que se resintió del golpe con agudo chillido y protestas de subido tono. Y aunque trataron de calmarla, ella, recelando nuevos ataques y bien dolida del primero, que suponía le habia de acardenalar la nariz, apartóse un trechó del corro, merendando aparte y con largo hocico de enfado.

Las personas graves daban en tanto

buena cuenta de las «monas», de la longaniza, del queso, de las habas y demás componentes de la merienda, con sendos tragos de las varias botellas que la solicitud de D. Ramón procuró. Y con el comer y el beber se les fué aumentando la alegría, acrecentando la broma, desligando la lengua, que acometió con todo género de burlas y gracias, y aun estableciendo diplomáticas relaciones con grupos vecinos, que sentíanse igualmente propicios á la libertad de comunicación. De pronto, saltó D. Ramón diciendo:

—Reparad cuánta gente nos mira desde lo alto.

Levantaron todos la cabeza, y, efectivamente, en una eminencia cercana, que corresponde á los confines del barrio de Benalúa, gran copia de curiosos presenciaba las alegrías de los que abajo merendaban, riendo de su algazara, de sus juegos y cabriolas, y sintiéndose contaminados de aquel aire de fiesta que, más que el vino, parecía emborrachar á todos. Interpelaron los de abajo á los mirones con dichos graciosos, y alguno replicó desde arriba, comenzando así agudo tiro-teo, que á veces subía de punto en fuerza y color. Y en esto hallábanse, cuando pa-

reció á muchos oír lejano estruendo sospechoso. Pararon en seco las más de las conversaciones, y preguntaron de un extremo á otro:

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Un trueno—dijo alguien.—Tendría gracia que nos lloviera.

—¡Bah! no será nada—apuntó otro.—Siga la broma.

Y siguió con mayor animación, terminadas casi todas las meriendas, ó á punto de terminar con el indispensable postre de naranjas.

Pero lo del trueno no era broma. Se renovó á poco, y los mirones de arriba, que podían ver mejor el cielo por la parte N. y E., empezaron á desaparecer. Notado lo cual por los de abajo, puso en zozobra á muchos, que trataron de replegarse á tiempo; pero los más echaron á risa la cosa y continuaron la fiesta.

El nublado avanzaba, y comenzó á soplar fuerte viento que armó grandes polvaredas. Todavía tardó la lluvia, y los truenos no se repitieron, circunstancias ambas que envalentonaron á los optimistas. Pero de pronto ¡Madre de Dios! cayó el chaparrón más soberbio que en muchos meses se había visto; y entonces fué el co-

rrer de un lado para otro, buscando refugio, á la vez que se procuraba salvar del remojón los restos de comida y los avíos de mesa. Chillaban las mujeres, gritaban los hombres, bien bromeando, bien procurando orden en la dispersión general, mientras se oscurecía el cielo y volvían los relámpagos seguidos de fragor horri-sono. En la confusión, nadie sabía hacia dónde tirar. Probaron unos á escalar la altura del barrio, no sin caídas frecuentes, y otros corrieron á la estación y á varias casas próximas. D. Ramón perdió toda su gravedad, y hasta se empeñó, sin saber lo que hacía, en meter en una de las cestas su sombrero hongo, creyéndolo sin duda rollo de pan quemado. Sólo Ramoncito supo conservar toda su serenidad en medio de tanto desorden. Quizá encontraba el ingenioso muchacho especial delicia— vedada al resto de las gentes—en mojar-se lo mejor posible y desafiar la ira de los elementos. Ello es que se quedó allí tranquilamente, guiñando los ojos cada vez que brillaba un relámpago, y comiendo de las varias cosas que yacían por el suelo.

Por fortuna, fué aquella nube de verano; y aunque algo violenta para lo de cos-

tumbre, pasó en breve, corriéndose hacia el mar, que había ennegrecido sus aguas y se agitaba con cierta bravura, tomando tintes verdosos hacia la orilla. Fué alejándose el nublado, sin cesar de llover sobre la bahía; y como se despejase algo por Occidente, brilló el sol, y pintó hacia el Sur, sobre las tinieblas del cielo, luminoso arco iris de vivos colores. Todavía relampagueó algo la nube en lontananza, cubriendo la isla y el cabo de Santa Pola; mas por la parte de tierra quedó sólo leve nublado, que á trechos dejaba ver un fondo no azul, sino verde, brillante y vigoroso en algunos puntos. Cubrióse otra vez el sol, aunque ligeramente, y quedó todo en media luz, que daba tonos fríos á las cosas y al cielo.

Entonces comenzaron á salir, como caracoles, de sus refugios los dispersos comensales, y reaparecieron en el lugar de la merienda: los hombres, bromistas y carantoñeros, las mujeres algo mohinas, con las faldas levantadas y luciendo, quieras que no, la ropa blanca más ó menos almidonada. Como lo encharcado del suelo no permitía reanudar la fiesta, recogió cada cual lo suyo que halló á mano, y se dispuso para volver á la ciudad. Lo elástico del

genio levantino les volvió á todos el buen humor; y salvo contadas excepciones, emprendieron el camino cantando á voz en cuello, en coro, hombres y mujeres, ó riendo á carcajada suelta, con expansiva y simpática animación.

También D.<sup>a</sup> Yicenta y su digno esposo recogieron al cabo á los suyos, que de uno y otro lado fueron saliendo. No hay qué decir si Ramoncito estaria hecho una sopa, lo cual dió graves temores á todos de que le sobreviniese al inteligente rapaz algún resfriado de padre y muy señor mío; pero él, lleno de valor, mostrábase optimista y sonriente.

Volvieron por el camino bajo, sospechando que los tranvías y ómnibus de Benalúa serian dificilísimos de lograr por la acumulación de gente, y á pié les resultaba más corta aquella vía. Borearon la estación de Murcia, torciendo hacia la playa y huyendo la carretera llena de fango. A medida que iban acercándose á la ciudad aumentaba el número de paseantes, fugitivos de la lluvia, que volvían apresuradamente aprovechando el claro; pero no había en ellos preocupación ni disgusto. Les seguía la fiesta por dentro, y les rebosaba por los ojos y la boca. Algunos

coches pasaron también, repletos de gente, que cantaba canciones populares ó tonadillas de zarzuela. Retumbó el tiro con que el cañonero surto en el puerto saluda la puesta del sol, y en la Explanada, por entre el ramaje de palmeras, brillaron algunas luces de los cafés y casas inmediatas. Sonó la campana de San Nicolás, repitiéndose solemnemente en el eco lejano; y luego todo cayó en silencio grave, que nuevamente interrumpieron las canciones de los que volvían.

Apresurando el paso, metióse D. Ramón con su comitiva por la primera calle, ganoso de llegar á casa para cambiar las ropas al primogénito. Cuando llegaron frente á la plaza del mercado, desembocó un grupo de marineros franceses ó ingleses—no sabía D. Ramón bien si lo primero ó lo segundo—que, cogidos del brazo, formando larga fila, iban entonando una canción de ritmo extraño, que á los levantinos les pareció impregnada de tristeza. Contra lo ordinario, á ninguno se le ocurrió broma ni chiste. Dejaron pasar á los extranjeros con cierta simpática consideración, cual si comprendiesen que también ellos celebraban la Pascua con música que les recordaba el país lejano; y como

uno de los marineros, fijándose en D.<sup>a</sup> Vicenta (que todavía estaba de buen ver) le echase una flor en castellano chapurradísimo, rieron todos sin ofenderse, y aun llevaron la benévola disposición de su humor hasta ofrecerles por señas el vino que había quedado. Pararon los otros, aceptando, y allí, en medio de la calle, juntáronse los dos grupos, hablando por señas y risas, y celebrando Pascua de fraternidad, cuyo sentido quizá no comprendían bien, pero les llegaba al alma á unos y á otros.



## Melones

### I

Anochece cuando Ramón y su tío Manuel dejaron la playa, encaminándose hacia el pueblo, donde les aguardaba la cena. Habían pasado la tarde echando el copo, por pura distracción, con varios pescadores amigos, sin lograr coger más arriba de media docena de *lisas* y algún que otro salmonete á medio crecer.

No por eso disfrutó menos Ramón. Después de tres años pasados en el servicio militar, era aquella la primera vez que volvía á sus antiguas aficiones, más gustosas y apetecibles tras la privación. Y en eso iba pensando, en el dulce y singular deleite que le causaba la vida nueva (tantas noches soñada sobre el tablado del

uno de los marineros, fijándose en D.<sup>a</sup> Vicenta (que todavía estaba de buen ver) le echase una flor en castellano chapurradísimo, rieron todos sin ofenderse, y aun llevaron la benévola disposición de su humor hasta ofrecerles por señas el vino que había quedado. Pararon los otros, aceptando, y allí, en medio de la calle, juntáronse los dos grupos, hablando por señas y risas, y celebrando Pascua de fraternidad, cuyo sentido quizá no comprendían bien, pero les llegaba al alma á unos y á otros.



## Melones

### I

Anocheía cuando Ramón y su tío Manuel dejaron la playa, encaminándose hacia el pueblo, donde les aguardaba la cena. Habían pasado la tarde echando el copo, por pura distracción, con varios pescadores amigos, sin lograr coger más arriba de media docena de *lisas* y algún que otro salmonete á medio crecer.

No por eso disfrutó menos Ramón. Después de tres años pasados en el servicio militar, era aquella la primera vez que volvía á sus antiguas aficiones, más gustosas y apetecibles tras la privación. Y en eso iba pensando, en el dulce y singular deleite que le causaba la vida nueva (tantas noches soñada sobre el tablado del

cuartel ó junto á la hoguera del campamento), mientras subía la empinada cuesta que por aquel sitio conduce desde la playa á los campos de labor del llano en que se asienta Lamprea.

Iban tío y sobrino silenciosos, sin fijarse en el hermoso crepúsculo, pero sintiéndolo cada cual á su manera, uno en el cuerpo y otro en el alma. El tío Manuel notaba la hora en cierto cosquilleo del estómago que le pedía la acostumbrada cena, y en tal cual tropezón que su cansada vista le hacía dar en las piedras y hoyos del camino. Ramón distinguía, con la novedad del espectáculo y aquel amor á su tierra que le poetizaba ingenuamente las cosas, algunas de las bellezas del paisaje; y ora miraba, complaciéndose en ello, el fino semicírculo de la luna creciente, próxima á doblar la cumbre de los montes lejanos, ora pasaba por éstos la mirada penetrante, abarcando la ancha curva que describían, enlazados unos á otros, desde el remotísimo poniente, hasta caer sobre el mar á poca distancia del camino, hacia la derecha.

Cuando llegaron á lo alto, á terreno llano, vieron de un golpe toda la huerta del pueblo. La arboleda de algarrobos,

almendros y olivos ocultaba en su mayor parte las viviendas, y los sembrados de maíz, ya muy altos, parecían grandes haces de lanzas, dibujadas en negro á contra luz, y de las cuales pendían, como banderolas grises, las anchas y afiladas hojas.

Detúvose el tío Manuel un momento para enjugarse el sudor de la cara, y dijo:

—¿Has visto tú cuánto maíz y cuánto melón hay este año?

—¡Y tanto! Ha sembrado todo el pueblo.

—Ahora va barata el agua; pero ya verás como la mitad de los melonares se pierden.

—¿Y el de usted, tío?

—Sin alabanza, es el mejor del contorno y el más primerizo. Lleva renta abundante y temprana.

—Pues ojo, no hagan con él alguna de las suyas los muchachos.

—¿Quién? Verdad es que todas las noches rondan los que han venido de Larache y los *alacheros* (1); pero ya vigilo, ya. Y no les arriendo la ganancia si vienen—añadió el tío Manuel, pegando con su cayado

(1) Marineros dedicados á la pesca de la *alacha* (especie de sardina) en esta época del año.

un fuerte golpe sobre una piedra del camino.

—¿Hizo usted barraca?—preguntó Ramón.

—¡No que no! Y grande y cómoda. Mírala, allá se ve.

Señaló el viejo á su izquierda, sobre el barranco, un terreno libre de maiz y en uno de cuyos extremos veíase confusamente, á la media luz del crepúsculo mortecino, una especie de choza hecha con cañas sin igualar, cuyas puntas largas y empenachadas formaban una crestería ondulante con el viento.

—¿Se queda usted esta noche?—preguntó de nuevo Ramón.

—Sí—dijo el tío.—¿Quieres venir tú?

—Por eso lo decía.

—Pues aprieta con el camino, cenamos y á la guardia en seguida.

Caminaron más ligeros á través de los campos, por sendas y acequias, cruzándose á cada momento con gentes que volvían á sus casas, unas del baño, en nutridos grupos de mujeres y niños, otras del monte, cargadas con hierba ó sacos de almendruco. Unas y otras pasaban sin saludar, como es costumbre en la tierra así que llega la noche. Por todos lados

brillaban ya las luces del caserío; y sobre la dulce é inmensa quietud de la hora, elevábase el concierto chillón y acompasado del tenaz grillo, cantor de las veladas estivales.

## II

Apenas cenaron, después del cigarrito de costumbre, que hacia veces de postre, encamináronse á la barraca tío y sobrino. Llevaba el tío Manuel colgada de un hombro la escopeta, con buena carga de perdigones, según su costumbre. Bien sabían todos en el pueblo lo ligera que le andaba la mano en punto á castigar ladronzuelos, descerrajándoles un tiro sin compasión alguna. Verdadero labrador, apegado á la tierra, celoso de sus frutos y rendimientos, comprendía el perdón para todo menos para los delitos contra la propiedad rústica. Para él cabía disculpa en un homicidio, pero no en el robo de un saco de algarrobas. Si le hubieran encomendado la redacción de un código penal para el campo, hubiese aplicado, sin vacilación ninguna, la pena de muerte hasta en las menores faltas. Quemar una mies, tron-

char un arbolillo joven, cortar una cepa, eran para el tío Manuel crímenes más atroces que los del *Sacamantecas*. Así es, que no sentía compasión alguna hacia los delincuentes, y su amor á la tierra llegaba hasta cuidarse de los intereses de los demás tanto como de los suyos propios.

Ramón no comprendía aquellos furores de su tío. Había visto en sus campañas tantas veces destruir campos, quemar ó cañonear granjas, fusilar árboles, que todo le parecía poco en comparación de tales horrores. Para él la velada en la barraca era nada más que un placer, una evocación agradable de vida pasada, más llena de encanto ahora, en que se juntaban la novedad y el recuerdo, mientras que para el tío Manuel era como una guardia de estrecha consigna, un deber de cumplimiento rígido.

Llegaron allá sin tropezar con alma viviente. La noche, clara, con cielo brillante tachonado de estrellas, envolvía el campo en luz suave, que dulcificaba las sombras y emblanquecía los rastrojos. De vez en cuando un soplo ligero de viento movía los árboles y las cañas de maíz en leve són, que parecía como el roce de una mano delicada. Los grillos chiriaban á

más y mejor, y el mar movía incesantemente, con rumor sordo, sus olas sobre los cantos rodados y la arena de la playa.

La barraca era espaciosa. Podían tenderse en ella cómodamente cuatro hombres; pero no había más que una silla de cuerda, que Ramón ofreció á su tío.

—Luego, luego—dijo éste.—Ahora vamos á correr el melonar.

Arrimando la escopeta á un ángulo de la barraca, salió, estirando los brazos, gozoso de poder enseñar su cosecha, de verla otra vez, como si fuese el más preciado tesoro.

Una por una registró las matas, mostrando los frutos, alabando sus cualidades.

—¡Mira éste, qué hermoso! Aquí hay cinco..., aquí siete... ¿Has visto tú mejores melones en tu vida?... Estos de aquí son de agua: una simiente de primera, que me dieron en Guardamar. No me ha fallado ni una mata. Eso sí, les he dejado el campo entero para que medren á su gusto. No hago como otros, que plantan junto al melonar tomates, cebollas y maíz. No hay que pedir demasiado á la tierra, ¿no es eso?

Ramón decía que sí á todo, aunque no le moviesen mucho los entusiasmos de su

tío. Placiale más estar sentado, sin hablar palabra, en esa paciente inmovilidad de los campesinos, que recuerda á veces la calma contemplativa de los árabes.

Aquella noche, además, tenía grandes encantos para él. Sin darse exacta cuenta de lo que le pasaba, sentíase dominado por las cosas, hallaba la emoción correspondiente á todas las sensaciones del campo, que renovaban en él otras hacia tiempo olvidadas.

Maquinalmente siguió á su tío, que después de haber inspeccionado todo el melonar volvió á la barraca para sentarse y echar un cigarro; pero Ramón no tenía sentidos más que para las cosas de fuera, que á cada momento le brindaban con nuevas impresiones.

El tío Manuel concluyó por advertir aquel ensimismamiento, y, ofendido, cesó de hablar y se metió en la barraca. Inútiles fueron las excusas de Ramón; y ambos permanecieron callados, fumando cigarrillos, extraños el uno al otro, entregados cada cual al curso dominante y vario de sus pensamientos. El tío Manuel, tumbado sobre una manta, parecía dormir, y Ramón, contagiado por el ejemplo, á pesar de las mil emociones agradables con que

le brindaba la noche, empezó por cabecear y concluyó por dormirse de veras al cabo de un rato, apoyando la cabeza en el asiento de la silla, que era muy baja.

### III

Precisamente aquella noche la gente moza del pueblo, los zagalones de diez y ocho á veinte años, estaban de un humor lo más revoltoso del mundo. Hasta más de las doce alborotaron en la plaza disparando cohetes y no dejando momento tranquilo á los vecinos. Bien es verdad que tales fiestas eran usuales, y nadie tomaba á mal las molestias que llevan consigo. Únicamente el maestro de escuela, que vivía enfrente de la iglesia, solía protestar en nombre de la integridad de sus ventanas, más de una vez tiznadas y chamuscadas por la pólvora; mas por eso mismo, los chicos disparaban mayor número de cohetes hacia ese lado.

Agotadas las provisiones pirotécnicas, formóse una ronda para ir á cantar á las chicas, y con ella se fueron los más. Quedaron sólo cinco, constituyendo rancho aparte. Diríjalos *Rata*, un muchacho pes-

cador, recién llegado de Larache, y el más travieso, guapo y gracioso de todo el contorno.

Conforme podía el diablo haberle tentado con otra cosa, le tentó con la idea de probar los melones del tío Manuel; y comunicada la idea á los compañeros, preciso será decir que no tuvo al principio gran acogida, no por escrúpulos de conciencia, sino por cierto miedo al genio expeditivo del dueño de la fruta. *Rata* los convenció al fin, exponiéndoles un plan sabiamente combinado, del cual resultarían á cubierto las respectivas individualidades de los ejecutantes. Justamente andaba por allí, á la mira de su dueño (que era el mismísimo *Rata*), *Hurtado*, el perro más fino y goloso de toda la tierra. No había otro como él para dejar limpia de uva una cepa, á poco que se descuidara el guardián de la viña. *Rata* quería utilizarlo como explorador, para que el tío Manuel no sorprendiera á la partida antes de tiempo; y habiendo sujetado al perro con una sogá, de modo que no se escapara como solía hacerlo á menudo, echaron á andar *Rata* y sus acompañantes, ganosos de lograr su objeto.

.....  
El tío Manuel dormía sólo á medias;

así, que no se le escapó el ruido que hicieron los mozos al llegar al barranco contiguo al melonar; pero como fué cosa de un instante y luego todo quedó en silencio, supuso que era gente de paso, quizá marineros que iban á pescar de madrugada. A poco le pareció oír un gruñido sordo, cercano á la barraca.

—Un perro—se dijo.—¡Ojo alerta!

Pero también el gruñido cesó, y el tío Manuel, desechando temores, siguió tumbado sobre la manta.

De pronto estallaron grandes gritos en el barranco:

—¡Socorro! ¡que me matan, que me matan!—Y en seguida lastimeros ayes y rumor de lucha.

Saltó el tío Manuel de la barraca, escopeta en mano. De un empujón despertó á su sobrino.

—¿No oyes que piden socorro? Hay riña ahí abajo.

Y sin aguardar contestación, echó á correr por la cuesta. Los ayes se repitieron, y esta vez los oyó Ramón perfectamente. Sin vacilar, aunque no llevaba armas, se lanzó campo á traviesa para coger un atajo que bajaba más derechamente que la cuesta á lo hondo del barranco. La

obscuridad era allí mucho mayor que arriba; los gritos habían cesado, faltando así medio de orientarse hacia el sitio en que debía de estar el herido que antes pidiera socorro. Llamáronse mutuamente tío y sobrino, y juntos ya, exploraron despacio el terreno. Nada hallaron en las primeras pesquisas, é iban á repetirlas con mayor cuidado, cuando sonó allá arriba una voz juvenil, evidentemente disfrazada, como la de una máscara, gritando:

—¡Melones! ¿Quién compra melones?

Oír esto el tío Manuel y saltar como una fiera, fué todo uno.

—¡Ladrones!—exclamó.—¡Me la han pegado!

En cuatro zancadas remontó la cuesta, seguido de Ramón; pero en el melonar no había nadie. El tío Manuel se detuvo, furioso, blandiendo la escopeta, buscando un objeto en quien desahogar la cólera.

Ramón trató de calmarlo.

—Quizá sea pura broma—dijo.—No se ve que haya destrozo alguno en el melonar.

—Te lo parece á ti. De seguro que si miramos de cerca hay medio bancal destrozado.

—Puede que no. Miremos.

—¡Y mientras tanto se escaparán esos ladrones!

—¡Más escapados que van ya!...

Cediendo á la razón del argumento y á la ansiedad que le devoraba, no exenta del miedo de hallarlo todo destruido, el tío Manuel empezó á registrar el bancal. Los muchachos habían respetado todas las plantas, menos una, justamente la más adelantada, la que tenía fruta más próxima á madurez completa.

—¡Así revienten!—exclamó el tío Manuel.—Han ido donde podían hacer más daño. ¡Si llego á saber quién ha sido!...

Y la desesperación del viejo era tan grande, tan desproporcionada con el daño, que Ramón no pudo menos de sonreír.

—Vaya, tío,—dijo,—hay que conformarse. Menos mal que se han contentado con tan poco. Se conoce que han querido sólo hacernos rabiar.

—Y lo que es eso, lo consiguen—interrumpió el viejo.—¡Pero como yo coja á uno!...

Lentamente siguió á Ramón, que volvía hacia la barraca. Allí les aguardaba el golpe final, la gracia mayor de Rata. Sobre la silla, de modo que se destacasen

bien, habia dos tajadas de melón, recién cortadas, que parecían juntamente convidar y burlarse. Al verlas, lanzó el tío Manuel el más terrible terno que en su vida usara, mientras Ramón reía con toda la espontaneidad de su juventud, abierta á las bromas, con tal que tuvieran alguna gracia. Recordábale aquellas otras, muy chuscas, de su vida de soldado.

—¡Qué cumplidos!—dijo.—Han querido que lo probemos.

Y como si le respondiera, gritó una voz en el barranco:

—¿Qué, está bueno?

Si Ramón no hubiese detenido de un brazo á su tío, es seguro que se precipita de cabeza, con tal de coger al guasón. Pero viendo que no podía desasirse, con el otro brazo levantó la escopeta al aire y disparó para desahogarse, para mostrar su cólera.

El tiro retumbó de colina en colina é hizo callar por un momento á los grillos más cercanos; mientras la voz, ya lejos, repetía burlonamente:

—¿Qué, está bueno?

## Boceto

Sentado en la arena de la playa, entreteníame en ver cómo el patrón Bautista y dos de sus marineros recosían una vela, cuando de pronto se me ocurrió preguntar:

—¿No pescamos hoy?

—Como usted quiera—contestó Bautista. La lancha está ahí y el copo se trae ahora mismo del almacén.

—Pues andando. Tengo ganas de remar un ratito.

Dicho y hecho. En pocos minutos estuvo la lancha en el agua y nosotros dentro de ella, con el copo. El mar apenas se movía, reflejando el color puro del cielo, sin una nube; y sobre la extensa masa azulada, el sol, próximo al ocaso, enviaba

su luz de un dorado suavísimo, sin centelleos.

—¿Dónde vamos?—preguntó uno de los pescadores.

—A la otra parte del río—dijo Bautista. Tenemos tiempo de ir y es buen punto para el copo.

Yo había cogido un remo y comencé mi faena con gran entusiasmo. Para doblar la punta del río nos apartamos un poco más de la playa; y el mar, que parecía tan quieto desde ella, nos balanceó con sus olas imperceptibles, que levantaban y undían la proa en ritmo suave. Pasamos por delante del sitio donde se suelen bañar las mujeres. Algunas estaban dentro del agua, y otras, ya vestidas, merendaban sobre la arena. Nos saludaron con gritos y bromas, á que mis compañeros no dejaron de contestar con alguna que otra gracia de subido color.

Dimos la vuelta á la desembocadura del río—un río seco, por supuesto, un verdadero barranco, que sólo se llena de agua cuando llueve fuerte—y pusimos la proa á tierra. También allí había mujeres bañándose, y nos divertimos un rato amenazándolas con varar en el mismo sitio en que tenían la ropa y habían de vestirse.

Sea porque esto nos entretuviera, ó porque ya hubiesen pescado otras horas antes, los tres copos que sacamos salieron casi vacíos; digo mal, salieron con mucha alga, media docena de *lisas*, varios salmonetes pequeños, algún que otro cangrejo y pececillos menudos, de los que por allí llaman «peces de rey». Tan escaso resultado puso de muy mal humor á Bautista y á su gente. Yo me divertí lo bastante para no sentir el fracaso de aquella pesca, que era puro recreo; mas los pescadores de oficio rara vez pierden de vista el provecho de su trabajo.

Pusimos de nuevo la red en la lancha y dimos la vuelta. Anochece; y aquella media luz que iba borrando las cosas, confundiendo mar y tierra en una misma tinta oscura, me produjo cierta melancolía agradable, evocando en mi espíritu no sé qué voces poéticas de indefinible encanto.—Sin darme cuenta, dejé de remar y me abismé en la contemplación de la noche, que avanzaba rápidamente. La línea de la playa desapareció muy pronto; únicamente en el horizonte, sobre la montaña, permanecía ligera claridad dorada que iba disminuyendo poco á poco. En el ocaso brillaba espléndida una estre-

33106

lla y su luz reflejábese en el mar oblicuamente, en línea rojiza que parecía hundirse en el abismo...

Nadie hablaba en la lancha. Bautista había cogido mi remo y ayudaba para llegar pronto. Las olas, más gruesas que antes, sonaban sordamente sobre los cantos rodados de la orilla, que parecía estar muy lejos. Hubo un instante en que creí que no llegaríamos nunca, que navegábamos en un mar sin límites, lleno de nieblas y de misterios. Escondiose el lucero, y en su lugar brillaban ya mil mundos en el espacio azul. Todo lo demás era negro...

Cuando la lancha tocó tierra, el golpe que dió me hizo el efecto de una mano importuna que me sacudía, rompiendo el hilo de un hermoso sueño...

Estábamos delante del almacén. La luz de una linterna brilló de pronto á pocos pasos, y al saltar á la playa, en medio de la obscuridad que nos envolvía, me pareció que llegaba á una tierra ignota, diferente de la que pocas horas antes miraba como cosa familiar...



## Paisaje

### I

La lluvia nos hizo volver á casa más que de prisa. Volvíamos rendidos, aspeados de tanto subir y bajar cerros en persecución de las perdices, sin haber conseguido cazar ninguna. El remojón final aumentó nuestro disgusto, y sólo pudo consolarnos el calorcito exterior de un hermoso fuego de leña que encendimos en la cocina y el no menos grato calor de unas sopas de ajo con huevos, que despachamos en un santiamén, rociándolas con vino tinto de la Huerta, espeso y obscuro.

Mi primo Leopoldo, que es de una naturaleza alegre por excelencia, recobró al punto su buen humor, empezó á bromear con Manuel el casero, y hasta le propuso

lla y su luz reflejábese en el mar oblicuamente, en línea rojiza que parecía hundirse en el abismo...

Nadie hablaba en la lancha. Bautista había cogido mi remo y ayudaba para llegar pronto. Las olas, más gruesas que antes, sonaban sordamente sobre los cantos rodados de la orilla, que parecía estar muy lejos. Hubo un instante en que creí que no llegaríamos nunca, que navegábamos en un mar sin límites, lleno de nieblas y de misterios. Escondiose el lucero, y en su lugar brillaban ya mil mundos en el espacio azul. Todo lo demás era negro...

Cuando la lancha tocó tierra, el golpe que dió me hizo el efecto de una mano importuna que me sacudía, rompiendo el hilo de un hermoso sueño...

Estábamos delante del almacén. La luz de una linterna brilló de pronto á pocos pasos, y al saltar á la playa, en medio de la obscuridad que nos envolvía, me pareció que llegaba á una tierra ignota, diferente de la que pocas horas antes miraba como cosa familiar...



## Paisaje

### I

La lluvia nos hizo volver á casa más que de prisa. Volvíamos rendidos, aspeados de tanto subir y bajar cerros en persecución de las perdices, sin haber conseguido cazar ninguna. El remojón final aumentó nuestro disgusto, y sólo pudo consolarnos el calorcito exterior de un hermoso fuego de leña que encendimos en la cocina y el no menos grato calor de unas sopas de ajo con huevos, que despachamos en un santiamén, rociándolas con vino tinto de la Huerta, espeso y obscuro.

Mi primo Leopoldo, que es de una naturaleza alegre por excelencia, recobró al punto su buen humor, empezó á bromear con Manuel el casero, y hasta le propuso

pasar la noche pescando salmonetes en el islote próximo á la playa. Yo, á pesar de lo que suavizan el ánimo un buen fuego y unas buenas sopas, cai en honda melancolía. Bien sabe Dios que no eran motivo, ni aun remoto, de ella, mis desaciertos como tirador; no pongo en esto mi vanidad, y lo cierto es que si al blanco suelo dar á menudo, al vuelo no acierto nunca, dicho sea entre nosotros. No; lo que me entristecía era el nublado, la falta de luz, el cielo gris, el mar de color sucio, indefinido. El sol es para nosotros, los de Levante, la vida entera, y en cuanto nos falta, nos achicamos, nos entristecemos, se nos encoge el alma, como las flores encogen sus pétalos así que anochece.

En mi impaciencia por que cesase la lluvia, salí varias veces de la casa para observar, en pleno campo, el cariz del tiempo. Por fortuna, mejoró rápidamente, y en mi sexta salida noté que había cesado de llover por completo. El campo parecía revivir. Los colores de los árboles y de las flores, el dorado de los rastrojos, el verde de la grama que cubría parte de la vecina era, todo lucía con nuevo esplendor. El suelo, blanquecino de ordinario, se había oscurecido, presentando ahora un tinte

gris intenso, de tierra de Siena, muy simpático á la vista. Un pino que crece solitario en el linde de la era, destacaba su mojado tronco, negro rojizo, bajo la ancha copa verde, aterciopelada, triunfadora en color sobre la masa próxima de algarrobos oscuros y almendros casi desprovistos de hojas. Todo estaba en calma, sin un ruido: parecía muerto; y en aquel inmenso silencio, las gotas de lluvia, que caían á intervalos de los árboles, sonaban en la tierra fuertemente, produciendo la ilusión de que alguien andaba por allí cerca. Dos ó tres veces volví la cabeza, creyendo que venía el casero ó que algún chiquillo jugueteaba á mis espaldas.

De pronto salió el sol, y sus rayos hicieron brillar en la montaña, con mil destellos plateados, las fuentejillas, los hilitos de agua que brotaban y corrían aún por todas partes, último vestigio de la lluvia, que alegraba así el fondo gris azulado de la sierra. El cielo iba aclarándose por el lado del mar; sólo permanecía sombrío á mi derecha, ocultando parte de los picos más lejanos, en cuya falda dos ó tres casitas perdidas—viviendas de guardas ó leñadores—blanqueaban fuertemente.

El sol estaba cerca del ocaso, y á poco lo cubrió por completo la nube. La luz se hizo nuevamente fria, y el reposo, el silencio del campo pareció aumentarse. El mar entraba en calma, y apenas si de vez en cuando llegaba de él un golpe de viento fresco y suave. La tierra olía con ese olor de ozono que ensancha los pulmones y despeja el cerebro; y de repente el pino comenzó á enviar bocanadas de aroma, en que se mezclaban la esencia de resina y el perfume de los brotes tiernos. Me sentí dominado por las cosas, y mi melancolía trocóse en dulce serenidad interior, en olvido de mi persona, en sueño de mi conciencia, que perdía su ser propio, para convertirse, como dice el poeta, en *un troç mes del prat suau*.

II

De mi éxtasis vino á sacarme el ruido de un carro que se acercaba crujendo los ejes y repicando las campanillas de la mula. Debía estar lejos aún; pero en la calma inmensa del campo y del mar próximo, los sonidos marcábanse con toda pureza, propagándose á largas distancias.

En la casa debieron también oír el carro, porque al punto salió afuera Manuel.

—Ya está ahí mi mujer—dijo.

Recordé entonces que Rosa, la casera, había ido al monte—en una de cuyas cañadas (*foyas*) poseía varios bancales, plantados á la sazón de maíz—para recoger la cosecha. Con ella habían ido sus dos hijos, dos rapazuelos, el mayor de los cuales hombreaba ya con sus ocho años y medio.

El carro iba acercándose. Oíanse las voces de los chiquillos, que arreaban la mula, y al fin desembocó por el lado de la era.

—¡Ya habéis llegado!—exclamó Manuel al verlos.

—¡Me parece!—contestó Rosa, que venía de pié en la delantera, con los morenos brazos al aire, la cabeza cubierta con pañuelo obscuro anudado bajo la barba, en una mano las riendas y en la otra una vara de almendro llena de hojas en la punta.

—Os habréis mojado—dije yo.

—¡Figúrese usted!—contestó la mujer mientras soltaba las riendas y brincaba desde su sitio al suelo, con gran rebullicio de faldas y refajos.—No me mire el señorito—añadió sonriendo.—Vengo hecha un San Lázaro de rota y sucia.

—¡Como si el señorito no te hubiera visto vestida de limpio!—observó Manuel.

—Vaya, descarguemos el carro.

Ya los dos chiquillos habían comenzado la faena, probando á bajar un capazo grande, repleto de mazorcas; pero tuve que acudir en su ayuda, y conmigo Leopoldo, que salió de la casa apenas oyó las voces.

En pocos minutos estuvo toda la carga en el suelo. Fuimos vaciando los sacos y capazos sobre esteras, para que no tocase el fruto en el húmedo suelo, y quedó un enorme montón de mazorcas de verde funda, entre cuyos desgarrones brillaba el dorado suavísimo de los granos, y á cuyo final caía el lacio penacho de rojizas fibras.

—¿Las habrá tiernas?—preguntó Leopoldo.

—¡Ya lo creo!—dijo Rosa.—En seguida vamos á encender fuego para asar unas cuantas. Ya sé yo que les gustan á los señoritos.

—En la cocina hay fuego—apuntó Manuel.

—No, no, aquí—dije yo, deseoso de continuar respirando el aire libre.—La tierra no está muy mojada y se podrá encender una hoguera.

—Eso sí—contestó Manuel.—En dos minutos.

Desenganchó la mula, metiéndola en la cuadra, retiró el carro hacia la era y comenzó á traer sarmientos y broza.

—¿Dónde va la hoguera?—preguntó.

—Aquí—dije señalando un sitio á la izquierda de la casa, desde donde se dominaba perfectamente el mar y la especie de barriada que han construido los pescadores casi en la arena.

Encendi un fósforo, lo apliqué á la broza, al momento brilló la llama, con gran humo blanco, que subía recto, sin ondulación, desvaneciéndose á poca altura. Iba cerrando la noche más pronto que otras veces, por cubrir el nublado gran parte del cielo; y en las sombras, cada vez mayores, tomaba fuerza el resplandor del fuego, reflejándose en los charcos de la lluvia y enviando coloraciones rojizas á los objetos próximos.

### III

Sentados en sillas alrededor de la hoguera, comenzamos á comer mazorcas. Rosa las humedecía ligeramente con aceite y las espolvoreaba con sal antes de me-

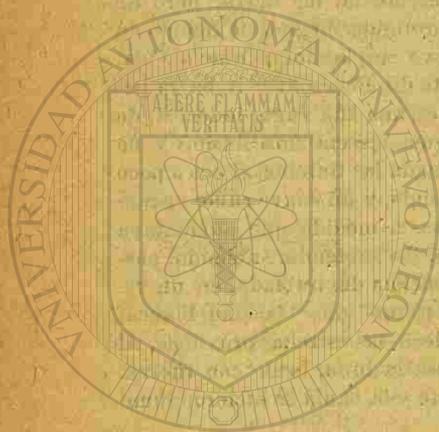
terlas en el fuego; y allá iban asándose, tostando el pálido amarillo de los granos, chamuscándose á veces. Cuando las juzgábamos á punto, se sacaban y cada cual sacudía la suya contra la mano para quitarla la ceniza. No hay para qué decir que Leopoldo era el más comilón de todos, incluso los chiquillos, que á menudo reñían por grano más ó menos. Sacó Manuel el porrón de vino para animar la comida, y á poco ya estaba él, suelta la lengua, contando chascarrillos, que presumía de referir con especial gracia.

Vuelto de cara al mar, escuchábale yo con el gusto que cada vez más pongo en oír la charla de los campesinos. Rosa interrumpía á cada instante con bromas y con interjecciones, á veces sobrado enérgicas para labios de mujer, y Leopoldo reía con grandes careajadas las ocurrencias de los otros. En el reposo de la noche, que nos rodeaba de tinieblas, sin otros ruidos cercanos que las turbasen, aquellas voces fuertes que hacían resonar las palabras, dulces y halagadoras á mi oído, del habla regional, adquirían los caracteres de una conversación artística, en que las frases, el acento, la pronunciación, tomaban valor representativo, elevándose sobre la estre-

cha particularidad del momento. El alma de mi raza crecía dentro de mí, y como si buscara algo, miré afanoso al horizonte del mar, obscuro, negro en aquel instante como el presente de mi tierra, pero de cuyo seno profundo surgen, de tiempo en tiempo, nuevo resplandor y nueva vida.

De pronto dibujóse entre la barra negra de nubes una luz vaga, indecisa, de tono rojo, que parecía una ilusión y no alumbraba nada las tinieblas. Poco á poco fué aumentando, y un suave rubor encendió las aguas. A medida que aumentaba el color rojo, iba subiendo, subiendo, hasta que por encima del nublado, en un espacio libre, apuntó una claridad blanca, que empalideció las estrellas próximas. Al cabo mostróse la luna, brilló con fuerza, y el horizonte y la bahía se hicieron luminosos...

A mi espalda, las voces, como poseídas de súbito entusiasmo, sonaron más fuertes; y hasta Leopoldo, atraído por el ejemplo de Rosa y Manuel, se había lanzado á hablar en el dialecto de la tierra, que destrozaba sin misericordia, con gran algazara de los campesinos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



## ¡Al agua, patos!

La temporada de baños no comienza para los madrileños en día fijo. La emigración á las playas del Norte ó de Levante se adelanta ó retrasa conforme á los aprietos del calor, que unos años madruga más que otros. Pero en mi tierra—y especialmente en la aldeita donde suelo pasar los veranos—la tradición es inflexible. El primer chapuzón *colectivo* ha de ser el día de San Cristóbal, para dar lugar tal vez á que el Santo obre el milagro consabido; pero mucha gente se retrasa hasta la fiesta del Carmen—otra fecha célebre en nuestros fastos balnearios,—y desde entonces ¡agua va!, ó mejor dicho, ¡agua venga!

La fecha de la Virgen del Carmen no se me olvida nunca, porque también yo guardo el uso patrio de comenzar en ella

los ensayos de natación... sin corchos ni calabazas; pero del remojón de San Cristóbal no suelo acordarme ningún año. Por fortuna, siempre hay alguien que se encarga de refrescar la memoria, y esta vez cupo tan importante misión al médico del pueblo, compañero mío, casi diario, en excursiones de caza y paseos higiénicos.

—Hoy vamos al mar—me dijo.—Está aquello muy animado.

—¿Y eso?—pregunté.—¿Han venido ya los *busoteros*?

Conviene saber que las gentes de los pueblecitos de la sierra más cercanos acuden habitualmente á nuestra playa para bañarse, y por ser los más procedentes de Busot, les llaman aquí, con apelativo común, *busoteros*.

—Uno ó dos matrimonios hay, por excepción—contestó el médico.—Hasta el 16 no llegará la mayoría. Pero hoy es San Cristóbal.

—¡Ah, vamos! Hoy le toca ahogarse á alguno, ¿no es eso?

—Así dicen. Pero como la gente padece más de curiosidad que de miedo, allá se han ido desde buena mañana varias familias del pueblo. Mi mujer nos tiene preparada merienda. Conque andando.

Por sendas que á veces se confunden con las acequias de riego y obligan á saltar márgenes, caminamos hacia la orilla del mar. Apenas dejamos el caserío agrupado que forman la iglesia, la escuela, las tiendas y las construcciones principales, nos azotó la cara el Levante fresco y húmedo, que agitaba el ramaje de la arboleda con manso ruido. Admiramos de paso tal cual algarrobo vejancón, adornado de verde fruta; los olivos cenicientos que ya mostraban la jugosa cosecha, y los maizales de altura desigual, apenas nacidos unos, con dorado penacho y largas mazorcas otros, ora gozando de amplios bancales, ora rodeando á manera de empalizada las plantaciones de melones, calabazas y cohombros. Antes de llegar á la playa, el terreno sufre un desnivel considerable. La parte alta—llamada por antonomasia *El Llano*—está casi toda en rastrojo ó sin cultivo, llena de matas varias, entre las cuales se denuncia, de vez en cuando, por su aroma, el tomillo. Domina-se desde allí toda la ribera, y pudimos ya notar la animación con que los bañistas celebraban el día.

Casi todos eran mujeres. Chocóme la circunstancia y la hice observar al doctor.

—¿Pues no sabe usted—me contestó— que, aparte de ser las mujeres materia siempre dispuesta para divertirse, lo cual les da mayoría en todas las fiestas, los más de los hombres del pueblo están aún en la pesca del África?

Recordé entonces que nuestros pescadores no habían efectivamente vuelto de la expedición anual que emprenden á las costas del NO. de Marruecos, á Larache y á Tánger. Por lo común, sale la escuadrilla de *parejas* en la primera quincena de Mayo y en fin de Junio está de vuelta, con gran cargamento de atún, bonito y otros peces salados y secos; pero algunos años la pesca, muy abundante, engolosina á los patrones y tardan más en volver.

La falta de los laúdes notábase en la playa; sólo unos pocos, varados en la arena, cubiertos en parte de esteras ennegrecidas por el aire del mar y la lluvia, calentaban al sol sus cascos pintados de negro, y no había á su lado ni marineros dispuestos á la faena, ni mujeres remendando redes ó *nansas*. En la ensenadita de la Torre—llamada así por un torreón antiguo que desde lo alto de la costa la domina—veíase no más que una lancha pequeña, tripulada por un viejo y dos niños, y ocu-

pada en tirar el copo para divertir á una familia forastera que merendaba en la misma linde de las olas, entre la arena y los cantos rodados. Muy cerca de la orilla nadaban ó saltaban en corro, con grandes gritos, hasta una docena de chicos y mujeres.

—Al otro lado de la torre hay más gente —dijo el doctor,—y allí nos esperan.

Seguimos por lo alto del llano, y por detrás del torreón (á cuyo pié hay ahora un cuartelillo de Carabineros) nos dirigimos hacia la playa opuesta, á trechos rocosa, á trechos llena de alga, cerrada á Poniente por un islote que llaman «Los baños de la Reina mora», y abierta por Levante al panorama espléndido de la sinuosa costa de la Marina, que en el extremo horizonte avanza en dilatado cabo hasta muy adentro del mar. En aquel sitio la animación era grandísima. Todavía estaban bañándose muchos de los festejadores de San Cristóbal; otros preparaban la merienda, desdoblando manteles sobre el santo suelo, y más arriba, en las primeras tierras de labor, destacábanse con mancha brillante varios algarrobos, de cuyas ramas, formando tienda, colgaban grandes lienzos que el sol cercano al ocaso doraba

fuertemente. A la mezquina sombra de aquellos refugios improvisados, suelen vivir tres ó cuatro dias familias enteras que vienen de la montaña para bañarse, y bajo el cielo estrellado, luminoso, de las noches de estío, resuenan largamente las canciones y músicas de los serranos.

En vez de bajar desde luego, el doctor y yo nos sentamos á medio camino de la cuesta, sobre un saliente de la roca, para contemplar el cuadro y dar tiempo á que las mujeres saliesen del agua. Algunas, las más atrevidas, nos gritaron invitándonos «á nadar». El doctor contestó con bromas, y les arrojó piedras, que no llegaban, ni con mucho, pero que eran suficientes á promover gran algazara. La tarde iba cayendo poco á poco, y con ella caía también el viento. El oleaje se amansaba más y más, sonando apenas sobre la playa, y los montes vecinos, de un violeta obscuro, se perfilaban bruscamente sobre el fondo pálido del cielo. Las voces parecían subir de un hoyo profundo; se fundían en el rumor del mar y á veces adquirían tonos musicales, como trozos de un canto de sirena, que animaba el crepúsculo y le quitaba la nota melancólica, más dulce en la playa que tierra adentro.

Los bañistas saltan uno á uno, por falta de sábanas para todos, y sobre el alga, casi negra, sentados para secarse, parecían marroquies envueltos en blanco alquicel, inclinados para la oración vespertina. En un hueco de la costa vestíanse las mujeres, en cuatro puñados, para acudir en seguida á la gente menuda, que se complacia en rodar sobre la arena y entrar y salir continuamente en el agua.

Ni un rayo de sol quedaba cuando bajamos para merendar. La anchisima bahía, serena, de tersa superficie, más parecía blanca que azul, y del confin de Levante, obscuro en la parte baja, irradiaba hacia lo alto una luz carmínea suavísima...

Cesaron casi del todo las voces. Más era el comer que el hablar. Sólo cuando acabó la merienda, ya de noche, volvieron los gritos y los cantos. Disgregáronse los grupos numerosos, formáronse otros más reducidos—los niños y las muchachas delante, los hombres detrás—y se emprendió el camino de vuelta. De todas partes salían canciones á coró, algunas acompañadas del alegre golpe del pandero. Los bultos eran manchas negras sobre el campo que blanqueaba levemente, y á menudo desaparecían tras de un árbol ó de un maizal,

apagando las voces, que reaparecían más lejos con nuevo timbre...

Y en todas ellas notábase la alegría de un pueblo que ha cumplido la tradición, ha comido bien... y no tiene que deplorar ningún milagro frustrado de San Cristóbal, como es fama que ocurre casi siempre.

## El brazo derecho

A la puerta del huerto me aguardaba el tío Ramón, alto, seco, erguido como el cayado en que apoyaba los brazos á la altura casi de la boca. Parecía, más que un labrador de la llanura, un pastor montañés, enjuto por los fríos de la sierra, atezado por el cierzo y el sol, magro por la sobriedad de queso y leche y pan duro. Su cara angulosa, completamente limpia de pelo, recordaba el perfil de nuestros montes calvos, sin un árbol que los sombree, é involuntariamente la vista buscaba el ganado de flacas cabras y el zurrón de piel, completamente necesarios de aquella figura extraña.

—¿Qué hay, tío Ramón?—pregunté al llegar á su lado.

—¿Qué ha de haber, señorito? ¡Trabajos!

apagando las voces, que reaparecían más lejos con nuevo timbre...

Y en todas ellas notábase la alegría de un pueblo que ha cumplido la tradición, ha comido bien... y no tiene que deplorar ningún milagro frustrado de San Cristóbal, como es fama que ocurre casi siempre.

## El brazo derecho

A la puerta del huerto me aguardaba el tío Ramón, alto, seco, erguido como el cayado en que apoyaba los brazos á la altura casi de la boca. Parecía, más que un labrador de la llanura, un pastor montañés, enjuto por los fríos de la sierra, atezado por el cierzo y el sol, magro por la sobriedad de queso y leche y pan duro. Su cara angulosa, completamente limpia de pelo, recordaba el perfil de nuestros montes calvos, sin un árbol que los sombree, é involuntariamente la vista buscaba el ganado de flacas cabras y el zurrón de piel, completamente necesarios de aquella figura extraña.

—¿Qué hay, tío Ramón?—pregunté al llegar á su lado.

—¿Qué ha de haber, señorito? ¡Trabajos!

—¿Y eso? ¿Ha tenido usted carta del chico?

—Sí, señor, sí. A eso vengo. Yo no sé de letra y aunque mi mujer entiende algo, no me quedo satisfecho con lo que lee. Si usted quisiera...

—Vaya que sí. Déme la carta.

Llevó una mano al bolsillo y sacó un sobre que ostentaba el sello de correos de Cuba.

—Ya ve usted—continuó el tío Ramón.

—Mi hijo estaba para cumplir. Iba á volver cuando se movió esa guerra. Allí se ha quedado. ¡Dios sabe lo que le sucederá! Ahora dice que está herido.

—¡Herido! ¿Está usted seguro?

—Eso dice mi mujer, pero como ella es así—¡ya ve usted, las madres!—ni acabó de leer la carta. Se le figuró que decía *herido* y ya no hizo más que llorar.

—Veamos, veamos.

Desdoblé la carta, escrita con lápiz, con muy mala letra, y la leí primero mentalmente, en previsión de que las noticias fueran graves. El tío Ramón, con semblante muy triste, pero sin demostrar la menor impaciencia, como si tuviese por debilidad el interés hacia su hijo, me miraba, queriendo sorprender en mis ojos la respuesta

que no se atrevía á pedir. Cuando comprendió que había yo leído toda la carta, dijo en voz baja:

—La letra no es de mi hijo.

—Eso veo—contesté.—Escribe por él un compañero.

—Pues él sabe escribir.

—Sí, pero no puede... Vamos, no hay que afligirse, tío Ramón. En este mundo hay que estar preparado para todas las desgracias, y al fin y al cabo... lo importante... lo importante es salvar la vida.

—Preparado estoy, señorito. Yo sé lo que es la guerra. He estado en Cuba la otra vez. Me he batido y conozco á los insurrectos, conozco la fiebre amarilla, todo lo malo de aquella tierra... Pero, ¿no está para morir mi hijo?

—Todo lo contrario. Ya está bien y lo verá usted pronto. Fué un valiente, lo hirieron y ya está bueno. Sólo que... que le han cortado un brazo.

Después de dicho esto, hubiera querido retirar mis palabras. El tío Ramón se puso muy pálido, casi blanco; luego se le enrojecieron los ojos, y, sin moverse, sin gemir, comenzó á llorar. Las lágrimas caían sobre las manos cruzadas sobre la vuelta del cayado, amarillento y erguido, y creo que

sin este apoyo el tío Ramón no hubiera podido sostenerse en pié.

Hice por consolarle, excusándome á la vez de haberle dado la noticia, buscando razones para convencerme á mi mismo de que no era posible haberla ocultado, de que convenia decir la verdad.

—¡Le han cortado el brazo, el brazo!— exclamó, al fin, el tío Ramón.—¿El derecho?

—Sí, el derecho.

—¡Reina Santísima!... ¡Yo que confiaba en él! ¿Quién cavará mis tierras, ahora que ya no puedo?

—Dios proveerá, tío Ramón. ¿Quiere usted que le lea la carta?

—Léala, señorito.

Lo hice, muy despacio, para que se enterara bien. Luego la volví á meter en el sobre.

—Ya sabe usted—añadi.—Lo declaran inútil y vuelve á España.

—Sí, señor. ¡Inútil para ellos, pero también para mí!

Guardó la carta y se despidió.

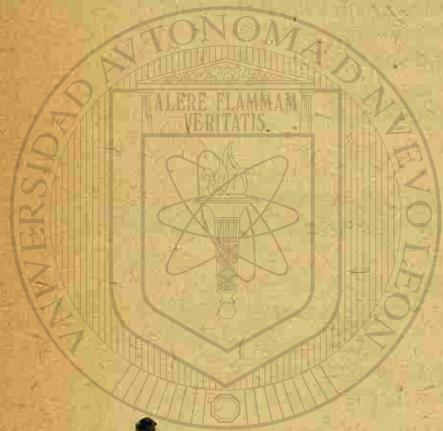
—¿Para qué harán la guerra, señorito?—dijo alargándome la mano.

—La patria, el honor nacional...—contesté por decir algo.

El tío Ramón asintió con la cabeza, no sé si por respeto á mi ó por entender aquellas palabras; y luego, tras breve pausa, repitió:

—Pero, ¿quién cavará las tierras, señorito?





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

---

## Los cigarros de Cuéala

---

Delante de la casa, en el gran espacio enarenado que precede al jardín, amontonábanse las mazorcas, que á la luz de la luna destacaban, por tal cual rasgadura de su funda pajiza, el dorado pálido y brillante de los apretados granos.

Dolores encendió con matojos secos una mediana hoguera, en cuyas brasas comenzaron los convidados á echar el maiz tierno para que se tostase. Y así que hubo mazorcas á punto de ser comidas y empezó el banquete frugalísimo, empezaron también á sazonarlo unos y otros con cuentos, chascarrillos y gracias rústicas, que en dialecto local resultan menos groseros, más salados de lo que son en el fondo, velado por el color y la burla oportuna de la frase.

Se habló de la guerra. Casi todos los hombres presentes habían *servido al Rey*: quiénes en el mar, quiénes en el ejército de tierra. Todos tenían cosas peregrinas que contar. El último que hizo relato fué el tío Manuel, arriero y trajinante en sus verdes años, ahora rico labrador apegado al terruño.

—El miedo más grande que he pasado en mi vida—dijo—fué por causa de la guerra. Grave riesgo corrieron mis calzas en aquella ocasión de perder súbitamente su blancura.

Sali un anochecer de R., pueblo de la Mancha, en dirección á otro de la misma tierra. Llevaba mi carrito con mucha carga de tabaco y algún pescado. Cerrada ya la noche, llegué á una parte del camino que iba entonces por dentro de un gran bosque de pinos, espeso como he visto pocos y que ahora creo que ya no existe. Era como meterse bajo de tierra el ir por allí. Nada más que sombras á un lado y á otro, y por delante la mancha blanca de la carretera, que sólo á veinte pasos se veía. De repente oí un gran rumor, que al pronto no supe de donde venía ni quién pudiera producirlo, si hombres ó fieras. Parecía como un vocerío apagado, del cual no se entendía

ni una palabra. Conforme iba yo avanzando, sonaba aquello con más fuerza, y al fin comprendí que iba á caer en medio de alguna partida carlista ó de una columna del ejército. No me engañé. A poco rato salieron varios hombres de entre los pinos y me mandaron parar. Eran carlistas.

—El carro ese queda aquí—me dijo uno.

—¿Para qué quieren ustedes mi carro?—pregunté.

—Para convoy.

—Es muy pequeño para eso. No servirá á ustedes—añadi, tratando de esquivar la desgracia que se me echaba encima.

—¡Vaya que sirve! Con ese y otro se compone uno grande.

No quise insistir para no perder más. Era mi ruina, pero temí perder el pellejo si replicaba. Me contenté con decir en voz alta y en valenciano (hasta entonces habíamos hablado en castellano).

—¡Valgame Dios! ¡Tanto como cuesta ganarse un pedazo de pan, y ahora perderlo todo de una vez!

Apenas habia dicho esto, sonó una voz, que fué como de un ángel á mis oídos.

—No tengas miedo, que hablas como yo y llevo galones.

El que esto decía era un valenciano, y

en cuanto se me acercó reconoci en él á un ventero en cuya casa habia yo parado muchas veces. Él también me reconoció.

—¿Es usted, tío Manuel? Pierda cuidado, que todo se arreglará.

Nos apartamos á un lado y me preguntó qué traía. Se lo dije.

—Coja un cajoncito de puros y vamos á ver á Cucala.

—¿Está aquí Cucala?

—Sí. Voy con él hace tres meses, de sargento.

Cogi el cajoncito y echamos á andar, después de haber encendido cada uno un puro.

A pesar de las seguridades del posadero, yo temblaba bastante por mi carro y mi mula. Cucala nos recibió con gran frialdad. Después de oír á mi amigo, las primeras palabras que dijo fueron estas:

—Pero ustedes dos están fumando puro, y yo no.

—Eso se remedia pronto—contesté sacando la caja que llevaba.—Coja usted los que quiera.

—Para mí son todos—repuso. Y se quedó con la caja.

Luego de haberse enterado de cuál era mi mercancía, añadió:

—Bien está. El contrabando es un mal para el Gobierno. Siga usted su camino hasta la venta de..., y espéreme allí. Mañana por la mañana llegaré yo, y no se quejará usted de la visita.

Obedecí sin saber aún lo que me pasaba. Mi amigo el sargento me dió, para mayor seguridad, dos soldados de escolta.

Al amanecer llegamos á la venta, y á media mañana ya estaban allí los carlistas. Entonces Cucala me mandó que vendiese á su gente todos los cigarrillos que yo llevaba, y para ayudarme y vigilar hizo que me acompañasen en la faena mi amigo y otro sargento. Vendí todos los cigarrillos, y cuando me puse á contar el dinero ganado, creí que soñaba.

A la hora de comer, Cucala me llamó. Me hizo sentar á la mesa y comimos juntos. A los postres me dijo:

—¿Cuántas cajas de puros como la de anoche le quedan á usted?

—Doce.

—Vengan.

Las tomó, y abriendo el cinto me puso en la mano doce monedas de oro.

Mi asombro era cada vez mayor.

—Coja usted eso y calle—dijo.—A mí me sobra el dinero. Lo que me falta mu-

chas veces es tabaco, y daría una onza por un cigarrillo. Puesto que usted se dedica á eso, siempre que tenga vaya á buscarle y no le pesará.

A media tarde la partida toda se puso en marcha. Según dijeron, habian recibido aviso de que se acercaban las tropas del Gobierno. Efectivamente, á la mañana siguiente pude ver á unos y á otros frente á frente, á derecha é izquierda de la carretera, sobre unos cerros.

Yo pasé por en medio con mi carro y nadie me dijo nada. Cuando estuve ya lejos comenzaron los tiros. Picado por la curiosidad, paré el carro y subí á una altura. Lo que vi fué horrible. Los carlistas parecían llevar la mejor parte, y habian conseguido copar un grupo de caballería del Gobierno; pero de pronto se abrieron las filas de los soldados y aparecieron cuatro cañones, que empezaron en seguida á disparar. El primer cañonazo dió en el centro de una compañía de carlistas y mató á muchos. Me dió miedo aquella mortandad, y eché á correr.

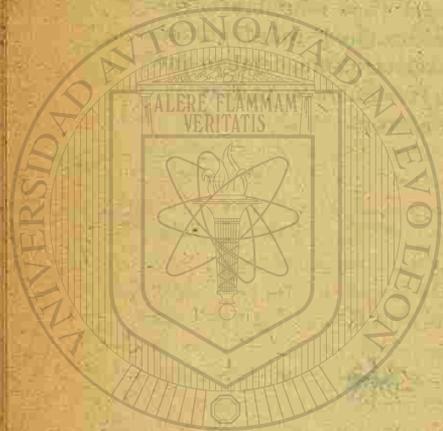
Luego supe que las tropas del Gobierno habian vencido, y que el mismo Cucala tenia una herida grave.

El espectáculo de aquella lucha me hizo

comprender lo que es la guerra, y me amargó el gusto de los duros ganados el día anterior. Y sin embargo, ¡fué buena temporada aquella!

Y los ojillos del viejo relumbraron de codicia, mientras los que le rodeaban, encantados con la relación oída, dejaban que se quemasen en la hoguera las pajizas mazorcas de lechosa carne.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

---

## La fiesta del Corpus

---

Para conocer los dos factores quizá más hermosos que tiene la vida valenciana—el instinto artístico del pueblo, y la alegría, la animación, la exuberancia expansiva de su espíritu—hay que ver el Corpus. Hay que ir por la mañana a la plaza de la Virgen para contemplar alineadas las *Rocas*, grandes carros alegóricos antiguos, moles inmensas que parecen mentira puedan ser arrastradas y hallen espacio bastante para rodar por las calles estrechas, de quebrada línea, y que allí aguardan, coronadas por las grandes figuras que les dan nombre—la matrona Valencia, San Vicente, San Miguel, Adán y Eva, la Virgen, los diablos,—sombreadas por el ancho toldo blanco y azul, que

la brisa del mar ondea á veces, el momento de abrir carrera á la procesión, esparciendo lluvia de flores y confites á todos lados. Hay que ver la cabalgata con que el Ayuntamiento anuncia la fiesta é invita al pueblo entero, desfilando con sus heraldos, sus *dansetes*, sus banderas gremiales, sus *misterios*, sus dulzainas, sus carrozas, sus monumentales ramos, sus músicas, y, sobre todo, el *capellán de las Rocas*, que sobre manso caballo enjaezado de amarillo, llama con sus saludos á la gran procesión de la tarde, mezcla de religioso y profano, de histórico y moderno, de resurrección medioeval y de mascarada, que levanta á su paso una inmensa ola de alegría algo inocente, pero sana, sincera, desahogo de un pueblo robusto á quien la «dicha de vivir» pone la risa en los labios á cada momento.

Luego, cuando la tarde llega, hay que mezclarse á la muchedumbre que invade las calles, despreciar las blancas sillas que en doble fila ocupan las aceras, y correr por el arroyo sobre la alfombra de arena húmeda, que aún tiene effuyos salinos, para contemplar los balcones en que las telas veraniegas y los sombreros de paja de las valencianas ponen un derroche de

color brillante, dando á las casas un aire de juventud y de vida que arrastra y enloquece. Escogiendo un sitio ancho donde la multitud no sea un peligro, hay que esperar el paso de las *Rocas*, tiradas por docenas de robustas mulas y llevando en sus plataformas, junto á imágenes de santos ó de diablos, á los rumbosos molineros y tratantes en trigo, que agobian á las gentes de las calles y de los balcones á golpes de flores y dulces, arrojados prodigamente con fuerte mano, como si fuesen proyectiles, en larga *batalla* más animada y pintoresca que las de los carnavales italianos.

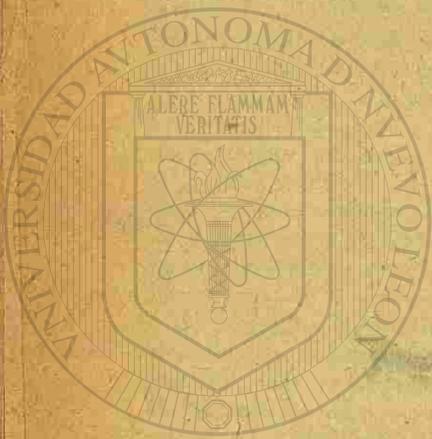
Luego viene la procesión, larguísima, interminable, heterogénea, con sus banderolas, sus enanos y gigantes, las cien imágenes de santos, las músicas numerosas, nueva explosión de alegría, de belleza, bajo un cielo de azul purísimo; y tras las imágenes, la parte teatral y simbólica que recuerda los *misterios*, las representaciones religiosas de la Edad Media, cuna de nuestro teatro, aún conservadas en Elche y en otros puntos. Allí van David, con su arpa; Noé, con su paloma, bautizado por el pueblo con el nombre del *agüelo del Colomet* (el viejo del palomo);

Josué, parando con su enmohecida espada el sol de metal que lleva en la mano; Tobias y tantos otros; y algo más lejos, los célebres *cirialots*, veinticuatro fornidos jayanes vestidos de albas vestiduras, con luengas barbas blancas y portadores de enormes blandones (*ciriales-cirialots*), que chisporrotean en lo alto, sobre el nivel de las cabezas; las águilas, los Apóstoles... todo el mundo bíblico, en cuya representación humana no ve el pueblo el lado simbólico, sino el *realista*, bromeando con los *actores* como pudiera hacerlo en un teatro, pero sin mezcla de impiedad, con cierta familiaridad cariñosa que convierte a los personajes de la religión universal en individuos especiales del mundo valenciano, vecinos de la ciudad del Turia y compañeros de todos los *chés*.

Porque el Corpus de Valencia—y esto constituye otra de sus características más salientes—es, no sólo una fiesta religiosa, sino ante todo y sobre todo una fiesta popular. El pueblo no se limita en ella a ser *espectador* más ó menos entusiasta: es también *actor*, interviene en todos los actos de ella, y le infunde ese regocijo, esa animación, esa vida y sabor realista que mejor que nadie ha pintado un escri-

tor de la tierra, Vicente Blasco, en su novela *Arroz y Tartana*. Acudan a él mis lectores si no tienen la dicha de observar la realidad, artista supremo y alma de todas las artes.





CUENTOS DE AMOR Y DE TRISTEZA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Cuadros Lecantinos—6*

U. A. N. L.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

---

## Cuento de Enero

---

Al anochecer llegaron a la aldea, después de dos horas de camino en carruaje. Nieves estaba asombrada de aquel clima dulce, de aquel sol brillante que pintaba de rosa los montes cercanos y de carmin obscuro las lejanías; de aquella pureza de atmósfera, toda azul en lo alto, diáfana en el horizonte, dejando ver los contornos de la sierra y la masa del arbolado con admirable claridad.

La huerta dormía el sueño de invierno, pero un sueño reposado, en lecho caliente y mullido. Los almendros mostraban todavía sus ramas negras y desnudas, en que las tempranas yemas aún no tenían color propio ni forma definida; pero su negrura y su desnudez apenas se notaba en medio de la espesura dominante de olivos

y algarrobos, que mantiene la nota verde y fresca todo el año. Las tierras verdeaban también con los sembrados nacientes.

—¡Pero esto no es invierno!—decía Nieves, mientras subía la escalera del chalet del brazo de Guillermo.

—¿Qué se había pensado la señorita?—atrevióse á decir el casero, que venía detrás, con la maleta al hombro.—¿Que aquí hace tanto frío como en su tierra?

—¡Ah, mi tierra!—exclamó Nieves con ligero estremecimiento nervioso, expresión de un recuerdo dulce y triste á la vez.—¡Siempre está nevando allí!

—Pues ya verás; mañana por la mañana—observó Guillermo—hemos de levantarnos temprano para ver salir el sol.

—¡Ya lo creo!—contestó ella, soltándose del brazo de su marido y quitándose la capa de viaje, que le daba gran calor.

Cenaron temprano, en el gran comedor del chalet, sin chimenea ni brasero y con apetito de recién casados, jóvenes y llenos de vida. Al entrar en la alcoba para acostarse, notó Nieves que la criada había echado sobre la cama todas las mantas de la casa.

—¡Uf, qué peso! Esta muchacha cree que estamos en Siberia.

Aligeró la ropa y abrió el balcón un momento, para renovar el aire de la habitación durante muchos meses cerrada.

—Nada se les ocurre—dijo.—Esto huele á humedad.

Y salió afuera para respirar el ambiente del campo.

—¡Cuidado, cuidado!—exclamó Guillermo.—No seas niña; mira que las noches de invierno son traidoras.

—¡Pero si es una hermosura esto! Ven y verás.

Lo atrajo á sí, se apretó contra él y entornó los ojos, gozándose en aquella intimidad en que les dejaba la noche oscura y silenciosa, de una frescura suave que halagaba los sentidos. En el cielo, limpio de toda nube, brillaban las estrellas con fuerza inusitada, y se distinguía bien el color de sus luces azuladas, rojizas, amarillentas ó blancas. El campo era todo una masa negra, sin el menor ruido, y del jardín próximo subían perfumes de violetas y de heliotropos en flor.

Sobrecogidos con la calma y el temple primaveral de aquella noche, marido y mujer callaban, estrechando sus cuerpos. De pronto, dijo ella muy bajito:

—¿Quieres que vivamos aquí siempre?

—¡Aquí!—exclamó él sorprendido y medio riendo.—Te aburrirías pronto...

—¡Ay, no!—interrumpió Nieves;—aquí no dejarás de quererme nunca. Donde no hay invierno en la Naturaleza, no puede haber frío en los corazones.

Y colgándose de su cuello, le hizo bajar la cabeza y le besó con todo el calor de cien veranos juntos.



## Confesión de un vencido

---

«Crean ustedes (lo dice una mujer) que los hombres son muy tunantes, sobre todo cuando además de hombres, son primos; quiero decir, cuando tienen primas tan tontas que se ablandan ante sus amorosas quejas. Me sobra razón para decirlo y aun para chillarlo á los cuatro vientos. La verdad es que debía enfadarme más conmigo misma y con todo mi sexo que con el otro; ¡porque si ustedes supieran lo que ha sucedido hoy, es decir, lo que á mí me ha sucedido!... Es inútil que pretenda callar. Se me viene la confesión á los labios, y si no lo digo reviento. ¡Estos nervios tan graciosos que Dios me ha dado! ¿Pues no resulta ahora que tengo una alegría feroz? ¡Ah, tunante!

»Cuando rompimos nuestras relaciones, fué una suerte que él estuviera en Barcelona. A tenerlo delante, le abofeteo, de seguro. Porque la culpa la tenía él, vaya si la tenía. Puede, no digo que no, que yo me extralimitase algo en aquella carta; pero, de todos modos, estaba en mi derecho. ¿Se figuraba ese... que iba yo á mendigar su cariño?

»Después de esto, calma completa y dos meses sin noticias tuyas. ¡El muy ingrato! Nada; ni una letra, ni siquiera á mi madre. Bien podíamos habernos muerto las dos, y él tan tranquilo. A mí (debo confesarlo para vergüenza mia), según fué pasando el primer arrebató, se me iba ablandando el corazón. El hecho es que, cuando sucedió *aquello*, me quedé como boba, ¿qué se yo?, así, sorda, como se queda una casa de muchos chiquillos después que salen todos de paseo. ¡Pues nada! La bobería fué de mal en peor, y concluyó por ser pena, verdadera pena. Callandito, callandito, y en lo más hondo del alma, llegué á confesarme que me arrepentía de lo hecho y... que le quería aún, vaya si le quería. Pero la dignidad ante todo. Resolví enérgicamente no ceder, aunque me lo pidiese de rodillas, aunque volviese

hecho un santo, canonizado y todo. Estaba bien segura de mi misma en este punto; y sobre todo, ¡volver él! ¡Bonito orgullo gasta para humillarse! Estaba yo bien segura de que no volvería aunque se muriese... ¡Como no hubiera encontrado ya otra por ahí!

»Hoy es su santo. Bien me acordé al despertarme. Cuando sali de mi cuarto vestida para ir á misa, me dijo Juana que la mamá no se había levantado. Jaqueca tenemos. Fui á su alcoba, y, claro es, jaqueca! Resultado: que fuimos Juana y yo solas á misa.

»He oído pocas con tanta devoción. Recé por la mamá, y luego, con un poco de vergüenza, por el santo del día. ¡Mala persona! ¿Que estará ahora haciendo? (Claro es que hablo de él, de mi primo, no del santo).

»Se acabó la misa y salimos. El calor apretaba ya de firme; ¡pero había un olor tan delicioso de rosas y nardos en la calle! De repente, al doblar una esquina, ¡zás! un caballero que nos para. ¡¡Virgen del Socorro!! Al principio no lo conocí, ofuscada con la luz del sol que me daba de frente; pero en cuanto me habló y oí el timbre metálico, vibrante, enérgico y ca-

riñoso á la vez, de su voz, me flaquearon las piernas. Debí ponerme muy colorada y no supe qué contestar.

»Y él como si nada, se me puso al lado y me preguntó por mamá. No tuve más remedio que contestarle, claro es; hubiera sido una descortesía; pero contestaba maquinalmente, casi sin oírle, como si me hablara de muy lejos, desde Barcelona. Lo que me preocupaba entonces era la gente. ¡Bonitas cosas iban á decir! Yo, colorada como un pavo, y él allí, charla que te charla. Para colmo de desdichas, pasaron las de Gómez. ¡Qué ojos nos echaron! ¡Envidiosas! Ya sé que se alegraron mucho cuando rompimos.

»La mamá recibió muy bien á Guillermo. Siempre le ha querido mucho y aún le disculpa y le defiende cuando yo me sulfuro más de lo regular, acordándome de *aquello*. Le estuvo regañando un poco por no haberle escrito en tanto tiempo. Luego ya no sé de qué hablaron, porque yo me salí de la alcoba para traerle un caldo á mamá.

»Lo gracioso es que no me atrevía á volver.

»No exagero si digo que temblaba como cuando estoy nerviosa de veras. Y

lo estaba. Motivos, bien los había. Por fin me decidí. Juana pasó delante con el caldo y yo me detuve en el comedor para sacar el jerez, que tanto gusta á mamá.

»Cuando tenía inclinada la botella para verter el líquido, oí su voz en el corredor. Me llamaba. ¡Y tenía valor para llamarme! ¡Vaya! Y algo más. Entró.

»—Tu madre no quiere caldo, no quiere nada—dijo.—Pide antipirina.

»Me atreví á mirarlo cara á cara. La verdad es que aún no le había mirado bien. Estaba menos moreno, más grueso, con los labios más rojos. Me pareció, sin embargo, más feo que antes. Debía ser la barba, demasiado larga y áspera. ¡Dios mío! ¿Por qué no cuidarán más su *toilette* estos hombres?

»Él me miraba también y sonreía. La sonrisa me pareció un desafío. Me puse otra vez colorada, pero de rabia.

—Bueno—contesté.—¿Querías algo más?

»Lo dije tan secamente, que creí se iba á ir. Pues no, señor; á la otra puerta. Avanzó unos pasos y dijo levemente: ¡Sí!

»Me callé; empezaba á sentirme mal.

»Avanzó aún, casi hasta tocarme, y medio sonriendo siempre:

»—¿Se te ha pasado ya el enfado con-

migo?—preguntó, comiéndoseme con los ojos.

»—No, no—repuse.—¡Si te parece! Hay cosas que no se perdonan.

»—Mala cristiana *haces*. El tiempo lo perdona todo... y yo también.

—¡Tú, tú!—grité.—¿Pues qué te he hecho yo, di, qué te he hecho, si no es quererte como nunca has merecido?

»Comprendí en seguida que había dicho una imprudencia, al observar la alegría que se pintó en su rostro. ¡Ay, ay! ¡Qué mal se ponía aquello! Decididamente, yo flaqueaba. El muy tuno, cambió en seguida de expresión y se puso muy triste.

»—¿Conque no?—dijo.—¿Habré de marcharme rompiendo el ramo de olivo que traje? ¿Vas á condenarme para siempre á eterna soledad, á frío moral perpetuo, á vagar en la vida con el vacío de un cariño que nadie más que tú puede llenar?

»No sé á punto fijo si lo dijo así; pero fué algo muy parecido, sin duda. El hecho es que me enternecí más. ¡Y se iba poniendo guapo el muy traidor! Tuve alientos para decirle:

—¡Si crees que vas á engañarme con tus palabras dulces! Ya no puedo creerte, aunque lo jures.

»Y en seguida me arrepentí de haber dado esta sentencia tan grave, porque se puso muy serio. El pobrecillo es muy bueno en el fondo, muy trabajador, muy decente. Puede que se haya arrepentido.

»Creí, por un momento, que iban á saltarle las lágrimas. No debía saber lo que se hacía, porque me cogió una mano entre las suyas y la apretó suavemente. Me entró una flojedad muy dulce; un hormigueo suave, que iba desde la mano al pecho, quitándome las fuerzas.

»—Oyeme—decía él.—Te lo digo como si hubiera de morirte en el instante. ¿No te parece que haremos una tontería si acabamos de veras nuestras relaciones? Estas cosas tienen remedio la primera vez; la segunda, ¡imposible! ¿A quién voy yo á querer sino á ti? Ya no soy ningún niño; te he consagrado mi primera juventud, viviendo contigo en intimidad estrecha de ideas y de ilusiones. He ocupado en formar tu espíritu tanto tiempo como en educar el mío; nos hemos acostumbrado el uno al otro. ¿Quieres que ahora me eche á buscar en el torbellino de la vida otra mujer á quien darle mi cariño, á quien adaptar de nuevo, de manera que nos entendamos como nos entendemos tú y yo.

»No fué ya hormigueo, sino una punzada muy fuerte lo que senti en el pecho, sobre el corazón, y de repente me puse muy triste.

»—Dime que no quieres eso—añadió.— Dime que el enfado fué cosa pasajera, que el cariño sigue en tí lo mismo que antes, lo mismo.

»Me cogió la otra mano y murmuró á mi oído:

»—¿No es verdad?

»¡Ah, infame! Sí, era verdad; y debió leerlo en mi mirada, en mi sonrisa, en la presión suave de manos con que espontáneamente contesté á la suya.

»¡Dios mío! ¿Y en eso han parado mis propósitos de castigo y de energía? ¡No, no le perdono que me haya vencido, y se lo haré pagar!... ¡Vaya si lo paga!...

»¡Y cómo van á rabiarse las de Gómez!»

## Lo muerto y lo vivo

(ESCENA DRAMÁTICA)

(Angulo de un invernadero, con puerta al fondo y varias sillas de jardín entre las plantas. En una de las sillas, sentado, Miguel. Es de noche. Lamparitas incandescentes alumbran con gran claridad la escena. A lo lejos se oye rumor de música.)

Andrea. *(A la puerta del invernadero, de espaldas, hablando con otro personaje que no se ve).* ¿Prefieres seguir paseando? Yo no. Voy á descansar aquí, lejos del bullicio de los salones.

Miguel—*(Al oír la voz de Andrea se levanta precipitadamente y exclama):* ¡Andrea!

*(Andrea vuelve la cara, y al ver á Miguel retrocede).*

Miguel.—(*Con ansiedad*). Un momento, por favor. ¡Hace tanto tiempo que no te veo! Diez años sin hablarte, casi sin saber de tí. (*Notando que Andrea intenta de nuevo marcharse, se interrumpe para decir con amarga tristeza*). ¿Tanto odio me tienes?

Andrea.—(*Avanzando un poco y con afán, como quien se sincera*). ¡Odio! Nunca lo tuve.

Miguel.—¡Si tú supieras cuánto he sufrido en estos años, torturado por la idea de que tú me despreciabas, me creías culpable, olvidado de tí! Y la suerte se empeñaba en separarnos, arrojándome á mi cada vez más lejos, en mayores desventuras y tristezas!

Andrea.—(*En tono de serena reconvencción*). También yo he sufrido, y en el sufrimiento he ganado la mortal serenidad que hay ahora en mi alma. No quiero remover las aguas dormidas. Adiós.

Miguel.—Concédeme siquiera el derecho de sincerarme. Tal vez haya aún para nosotros nueva aurora de días felices.

Andrea.—No. Lo pasado no vuelve. Hay muchas amarguras de por medio. Te concedi toda mi confianza, oí tus palabras como las de un oráculo, fué tuya toda mi

alma, y la echaste á tus piés cuando más adoraba en tí.

Miguel.—¡Siempre ese fatal error! ¿Todavía piensas que te engañé, que mi amor fué fingimiento, mentira ó ilusión alada y ligera?

Andrea.—¡Mentira, mentira! Bien sabes que lo fué.

Miguel.—Pero si no es cierto; si te he querido siempre, si te quiero hoy como el primer día!... ¿Cómo vas á condenar toda mi vida de cariño por un momento de obcecación?

Andrea.—¿Y los hechos?

Miguel.—No hablemos de lo que pasó. ¿Quién sería capaz de discernir responsabilidades en los hechos de la vida, tan complejos que empiezan en nada y se enredan y multiplican en mil incidentes, enmarañándose cada vez más con elementos extraños y diversos?... Hablemos del presente; sepa yo si en tu alma queda alguna chispa de aquel fuego en que me abrasé, y veamos si aún es posible restaurar lo antiguo, volver á los tiempos hermosos de nuestra primera juventud.

Andrea.—(*Con resolución y avanzando maquinalmente hacia Miguel, á medida que habla*). Has removido hasta lo más

hondo y olvidado de mis tristezas y de mis ilusiones. Un paso más y caería de nuevo, soñador eterno, en el mundo engañoso de tus fantasías. Pero me salvaré y te salvaré a ti... Tú no has sufrido como yo. Lo conozco en tus palabras. No hablarías, si no, de restauraciones imposibles... Quiero que lo sepas todo, que midas al fin, realmente, el grandor del daño causado; quiero que veas cómo el peso de lo muerto en mi alma ahoga lo vivo que aún queda en ella y detiene su vuelo. Oye bien lo que voy a decirte... Te quiero, te quiero, como en los mejores días de nuestro amor...

Miguel.—(*Interrumpiéndola, con inmensa alegría*). ¡Ah, mi esperanza, que no en balde me sonreía!

Andrea.—Aguarda un instante... No sólo te quiero; conozco además que nunca podré arrancarme este cariño del alma. ¡Has entrado tanto en mi vida! Y sin embargo, no cabe restaurar nuestra felicidad pasada... ¿Te admiras? Lo creo; de estas cosas no entiendes tú. Tu guía es la cabeza, donde todo problema se resuelve, toda combinación es posible y toda idea renace; no el corazón, donde nunca resucita lo muerto. Para ti no hay nada imposible, lo sé. Te sientes capaz de volver á aquellos

días de amor inmenso, confiado, como si nada hubiese ocurrido... Yo no; la herida de mi alma ha sido tan profunda que no cicatrizará jamás. No he perdido el cariño hacia ti, pero he perdido la fe. No te creo.

Miguel.—¡Pero no es posible, no es posible eso que dices!

Andrea.—Si; porque lo es, hago el sacrificio de mi cariño. Puesto que te quiero, ¿qué me costaría dar satisfacción á mi sentimiento? Pero si lo hiciera, mi vida sería un tormento atroz, porque tú ya no puedes volver á ser para mí lo que fuiste. He sufrido tanto, que no tengo ya fuerzas para volverte á mi fe. Y sería un infierno amarte y no creer en tí, recelar y dudar á cada momento, beber juntamente el actuar y el néctar...

Miguel.—¿Pero no basta el cariño?

Andrea.—No. He ahí tu error. Lo que más importa no es querer, sino creer. ¡Y la fe perdida, ni tú ni yo la podemos encontrar en nuestras solas fuerzas!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

---

## Fantasmas

---

Si dijera, para darme aires de indiferente ó despreocupado, que no experimenté emoción alguna al ver á mi antiguo amigo Enrique (Enrique Suárez, el médico cuya fama es universal y á quien de seguro conocen mis lectores), mentiría; y en verdad, no quisiera mentir por nada de este mundo. Diré, pues, que tuve gran alegría al encontrarle en el Retiro, hará cosa de un mes.

Figúrense ustedes que habíamos estado más de tres años sin vernos, los mismos que yo pasé en Alemania estudiando.

Los dos éramos (y aún somos) bastante rehacios para escribir; tanto, que á pesar de querernos mucho, creo que en todo aquel tiempo no cambiamos más que una carta: á saber, la que Enrique dedicó á

noticiarme, en tres renglones justos y anchos, que acababa de casarse, y la que fué contestación mía, felicitándole y pidiéndole que me dijese su nuevo domicilio. Pero como si se lo preguntase á la luna.

Dejando esto, quedamos en que tuve alegría de ver á Enrique. Nos abrazamos y comenzó el tiroteo de recriminaciones y preguntas. Siempre pasaba lo mismo: nos echábamos en cara nuestra mútua pereza y acabábamos por reírnos y por abrazarnos otra vez.

—¿Dónde vas?—le dije, deseoso de acompañarle y de que charlásemos un poco.

—Aquí mismo, á la casa de fieras.

—¿Eh?

—Voy á recoger á mi chiquillo, que estará con su ama contemplando los monos. No hay nada que le divierta más.

—¿Pero tienes un hijo? Y no me habías dicho nada.

—Vaya si te lo dije... Se perdería mi carta. ¡Estos correos!

—Si, échale la culpa al correo. Como si yo no te conociera.

—Puedes creerme, chico. El Evangelio puro.

—Bueno; pero como no llegó á mi la

noticia, repítamela. ¿Cuántos años tiene tu hijo? ¿Cómo se llama?

—Se llama como yo y tiene dos años.

Dijo esto Enrique con una satisfacción muy grande, que le hizo relampaguear la mirada, siempre atrevida y luminosa.

—Y eres feliz, ¿verdad?, pregunté, bien cierto de que la contestación sería completamente afirmativa, y un poco ganoso también de que Enrique me confiase sus satisfacciones.

—Muy feliz—contestó. Y en seguida, con sonrisa que parecía burlona, añadió mirándome de hito en hito: «Mi trabajo me cuesta.»

—Y eso?—dije.

—¿Eso?—siguió él.—Es toda una historia. Ven, daremos un rodeo y te la contaré. De fijo la apuntas en tu cuaderno de observaciones psicológicas.

Me cogió del brazo y comenzamos á caminar por una alameda que bañaba á trechos el sol y de cuyos parterres laterales salía grato aroma de violetas tempranas.

—¿Recuerdas—empezó mi amigo—aquella novia que yo tuve, la primera, la que yo creí que iba á ser mi mujer?

—Sí, pero rompiste con ella.

—Claro, puesto que me he casado con otra. Pero tienes razón; cuando terminaron aquellas relaciones aún estabas tú en Madrid y te conté lo sucedido. El caso es que yo quería de veras á Elena (¿te acuerdas que se llamaba Elena?), ó mejor dicho, había puesto en aquellos amores toda mi ilusión, todo el fuego de mi juventud. Realmente, aquella mujer me enseñó á amar, me hizo sentir por vez primera las emociones de la simpatía de sexos, de la intimidad de dos vidas que se buscan y se desean. Leímos juntos todo el poema del cariño hasta el canto anterior al matrimonio, y de mi parte puse en la lectura todos mis sentidos, toda mi alma.

»Concluyó Elena por ser para mí, más que una mujer, una representación viva y elocuente de todos los ensueños, de todos los arrebatos líricos de la juventud, de los cuales, chico, por más que se rían los positivistas y los puritanos, hay que decir que son la sal de la vida, lo inevitable romántico de todos los que sienten bien, confíésenlo ó no lo confiesen. Aquello se borró de pronto con la riña. Me enfadé de tal modo, que me hice de golpe insensible como un mármol para todo lo que se refería á Elena. Te diré que hasta creí ter-

minada mi carrera sentimental. Después de enterrada esta ilusión (pensé) ya no tendré alma para otra. Efectivamente... la tuve.

»Pero, desde el principio, tomaron mis amores caracteres muy raros. Tenía vergüenza de hacerlos públicos, como si con ellos quebrantara algún voto; y hasta mantuve por algún tiempo la ilusión de que no me dominaban, de que sólo quería yo con la cabeza, friamente, por necesidad social de tener para el día de mañana una familia. A ti mismo, la primera noticia de ellos que te di fué la de haberme casado... ¡Pero, que si quieres! Poco á poco me fui convenciendo de que volvía á querer de veras, de que me interesaba mucho mi novia, aunque, francamente, no encontraba yo en mí aquel calor, aquel entusiasmo comunicativo de otros tiempos. Parecían mis amores los de un viejo y una niña. No pararon aquí las rarezas. Mis relaciones atravesaron un largo período de media correspondencia, como quien dice, antes de que se abriera paso la verdadera intimidad; y cuando ésta llegó, cuando habló francamente el sentimiento y empezó á hacer de las tuyas mi natural cariñoso, se presentaron nue-

vas angustias, peores que las primeras y de condición todavía más alarmante.

»Figúrate que todas las palabras amorosas que le decía á mi novia, me sonaban así como las de una lección aprendida, de un papel de comedia que yo repetía después de estrenado en otra parte.

»Recordaba haberlas dicho á otra persona, y no obstante sentir las sinceramente, se me figuraban falsas.

»En vez de dirigirlas á mi novia, á la que es hoy mi mujer, parecíame que iban á la otra, á Elena; y la figura de ésta, la imagen de las escenas iguales con ella pasadas, se me aparecían con claridad enorme, perturbándome y haciéndome estremecer.

»No podía decir ni hacer nada que no encontrase precedente en el recuerdo.

»Hubiese querido inventar frases nuevas, conceptos de amor no usados, sin los cuales, todas mis emociones, todos mis arrebatos íntimos, parecíanme cosas gastadas, repetidas, faltas de frescura, de espontaneidad, así como esas gacetillas de pésame de los periódicos que, á fuerza de ser siempre iguales, ya no nos dicen nada.

»Todos mis esfuerzos eran inútiles. Había agotado de tal manera, la primera

vez, las combinaciones del afecto, que ya no hallaba ninguna virgen. Y no paró aquí el suplicio, tanto mayor cuanto que yo sentía cariño verdadero por mi nueva novia. La evocación de mis primeros amores acabó por ser completa y continua. Hasta tenía mi novia posturas, inflexiones de voz, gestos, de la otra. Cada movimiento suyo era un pinchazo doloroso en el corazón: «Así hacia Elena; así se puso tal día...» y para evitar estos dolorosos recuerdos tenía que callarme, que mostrarme frío. Concluí por no poder pensar más que en Elena y ¡aquí viene lo más raro! por enamorarme de ella otra vez, ó á lo menos, por creer que me había enamorado.

»Parecíame que sólo con mi antigua novia encontraría de nuevo la juventud, la alegría, la ilusión de los primeros amores, la suave y dulce ceguera del cariño que todo lo dora y engrandece; y sin embargo, no dejé de interesarme ni por un momento la que es hoy mi mujer, pero me interesaba de un modo así casi filantrópico y creyendo á piés juntillas que sería infeliz con ella, que no podría quererla como era preciso para unir mi vida á la suya.

»Tuve suerte que Elena no estuviera entonces en Madrid. A raíz de nuestro rompimiento había marchado con su madre á Bilbao, donde murió un pariente dejándoles pingüe herencia, según dijeron. De otro modo, estoy seguro de que hubiésemos reanudado las relaciones, ó, cuando menos, yo hubiera intentado hacerlo así.

»La obsesión duró tantos días, que pensé muy seriamente (movido por lealtad sincera), en renunciar á mi nueva novia. Afortunadamente, pareció que ella preveía el golpe. A medida que yo iba preocupándome y retrayéndome, aumentaba ella sus manifestaciones de cariño.

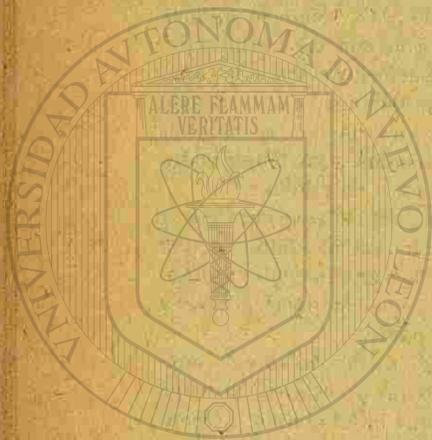
»Y al cabo venció... es decir, no sé si venció ó es que la imagen romántica de mis primeros amores, como arco-iris que un punto proyecta el sol sobre el horizonte lluvioso, se desvaneció suavemente, después de haber brillado con gran fuerza. Quedé resignado, triste, como después de una grande, irreparable desgracia... Como quien toma un calmante, un narcótico, me acogí al amor de mi mujer, hice por quererla con toda mi alma... y la quise; de tal modo, que en ella encontré un cariño no soñado, una felicidad nueva, en que

todas las palabras y todos los hechos parecían creaciones maravillosas, sin recuerdo ni eco...

—Mira—añadió interrumpiéndome—ahí viene mi chiquillo... La señal de alianza con la realidad. Ellos son los grandes demoleedores de ensueños; y como se les ama tanto, se ama también mucho á su madre. Esa es la gran victoria de las uniones completas, consumadas. ¿Qué mujer podrá luchar con la que nos da hijos?»

Y Enrique adelantó el paso para coger á su pequeño, que, tambaleándose, corría como un pajarillo, menudamente, agitando las manecitas, como si quisiera volar á los brazos de su padre.

Y cuando llegó á ellos, lo volvió Enrique hacia el lado que yo estaba. No supe hacer otra cosa que besar al niño... y pensar que algún día, sin duda, comprendería yo también lo que mi amigo acababa de decirme.



---

## Lo real de los sueños

---

Cuando volviamos hacia Madrid, después de un largo paseo por el monte del Pardo, recayó la conversación, no sé por qué caminos, sobre la verdad de los sueños y su valor como profecía.

—Yo tengo mi opinión hecha en ese punto—dijo Miguel, mi invariable compañero de excursiones al campo.

—¿Y cuál es tu opinión?—pregunté.

—Que los sueños son, no sólo verdad, sino la única verdad segura...

—¿Cómo lo has averiguado?—le interrumpí en tono de burla.

—Como se averiguan, ó a lo menos como se empiezan á averiguar esas cosas. Por observación sobre mi propio.

—Veamos.

—Es muy sencillo. Tú conoces cómo es mi vida. Soy un verdadero galeote del trabajo cerebral, un enfermo de la fiebre

moderna, de eso que llaman *fiebre americana*. Y estoy tan solicitado por las cosas exteriores, por el artículo de hoy, el libro de mañana, la carta de todos los días, que no me queda tiempo para pensar en los problemas de mi espíritu, para examinar mi conciencia, que es, al fin y al cabo, lo que debiera importarme más... Si, ya sé que la mayoría de los *modernos* padecen de igual daño, y que, fuera de las cuestiones que se han visto obligados á tratar *objetivamente*, en sus estudios, no podrían decir cuál es el fondo de sus creencias y sentimientos, porque no han tenido espacio para pensar sobre unas ni otros, para interrogarse á sí mismos. Eso me pasaba á mi, hasta no hace mucho, con un cariño muy grande, que en algún tiempo llenó mi alma y dió luz á mi vida. Cuando la hermosa alianza entre mi existencia y la de aquella mujer que fué mi encanto se rompió bruscamente, produjo en mi como una obliteración de la memoria tocante á la dulce ilusión desvanecida. La quise olvidar para huir del dolor; y la olvidé tan bien, que llegué á creer, si alguien por indiscreta alusión la recordaba, que no era á mi, sino á otro hombre á quien aquella desgracia había

ocurrido. El peso enorme, la ocupación continua de los quehaceres intelectuales á que ciegamente me arrojé entonces, ayudaron á la obra del olvido. ¡Ya no tuve tiempo para recordar lo pasado! La realidad presente estaba llena para mi de otras muchas cosas, ante las cuales todo lo demás era puro sueño... Me creía convertido en otro hombre. Pero la verdad tiene una fuerza tan grande, que á todo vence al cabo. Como el tierno brote del trigo que yace oculto en invierno bajo la nieve espesa para crecer luego más poderoso, así la verdadera preocupación de mi vida se ocultaba bajo la continua labor cerebral y cobraba nuevo vigor para brotar enérgica algún día. Ese día, mejor dicho, esa noche, llegó. En sueños hablé con ella y me deleité oyendo su voz cariñosa, mirando sus ojos, tan grandes, tan profundos, tan llenos de amor!... ¿Cómo he venido á soñar esas cosas?—me dije.— ¡Hace tanto tiempo que pasaron! Pero á la noche siguiente volví á soñar, y seguí soñando lo mismo durante una semana. Cada vez veía el rostro adorado con más pureza, con más claridad; cada vez se hacía más *real* mi sueño. Comencé á preocuparme. Estaba seguro de no hacer en

mi vigilia cosa alguna, ni oirla ni pensarla, que pudiese provocar sueño semejante; y, sin embargo, el sueño volvía cada noche, ¡cosa rara! presentándose siempre imágenes sonrientes y felices, como si lo ilusorio fuera la desgracia *real* que nos separaba. Y al fin, los sueños me han vuelto á mi propio sér. Ellos me han enseñado que el verdadero *yo* no es este Miguel que durante el día lee, escribe, perora, explica á sus alumnos y estudia problemas sociales, sino ese otro Miguel que, dormido el cuerpo, se me revela, haciéndome vivir en mi propio mundo, en el mundo de los sentimientos que llenan plenamente el fondo de mi alma; porque me he convencido que ellos son, y no otra cosa, la única verdad esencial que hay en mí; porque ellos me dicen con claridad perfecta que lo que creí olvidado, lo que á todos parece que no recuerdo, es lo que está siempre presente á mi espíritu, y en él reina cuando los afanes de la vida exterior lo abandonan y vuelve al reposo, al santo reposo que permite salgan á flote los restos del gran naufragio de mi vida.

.....  
¡Cuántas cosas me hizo pensar el relato de Miguel! ¿No te dice á ti nada, lector?

---

## El secreto del doctor Mendoza

---

### I

Todo el mundo conocía al doctor Mendoza. Su fama de especialista en enfermedades de la garganta le había hecho célebre y rico. Era también, en opinión de las gentes, muy excéntrico. Jamás se le vió en café alguno, ni en paseo, ni apenas en el teatro. Con sus compañeros de profesión mantenía relaciones cordiales, pero poco íntimas. Nunca tuvo más de un ayudante (primerizo siempre, recién salido de las aulas), que le servía antes de discípulo que de auxiliar. A las ocho de la mañana daba comienzo la consulta, que no terminaba hasta la una; por la tarde salía el doctor á la visita; las horas de la noche, hasta las once en que invariablemente se acostaba,

dedicábala á sus pocos amigos, á quienes visitaba por turno riguroso para jugar la imprescindible partida de tresillo.

Siempre iba solo. Su mujer y sus tres hijas hacían vida aparte, pero también muy retirada, con escasas relaciones. Sabíase que vivían unidos, en gran paz. Dos de las hijas se casaron, las dos en el mismo día; y desde entonces, pareció como que la desgracia había hecho nido en aquella familia. La madre murió á poco, y Ana, la hija restante, vió cortado su matrimonio por la muerte repentina de su prometido. Quedóse el doctor solo, al cuidado de aquella muchacha que era casi una niña y llevaba ya dos lutos en el alma. Mendoza, dando tregua á su excesivo trabajo, se dedicó á ser padre y á impedir que Ana muriese de tristeza. No era inútil el empeño. El carácter de Ana, concentrado y grave, no se prestaba á manifestaciones externas y ruidosas; pero, calladamente, su vida consumíase en el fuego de una melancolía interna, profunda y constante, fiebre del espíritu que mata como la del cuerpo. Entonces supo el doctor una cosa que ignoraba antes en absoluto: que su hija le quería muchísimo; y resultó, al cabo, que fué ella quien cuidó á su padre

y le hizo más llevadera la soledad de la casa.

Sólo tres amores había tenido Ana en su vida. De ellos, dos habían quedado sin objeto: el de su madre y el de su novio. Los guardó en la intimidad de su corazón, y allí les rendía fervoroso culto, casi confundiendo en uno; y todo lo externo de ellos, que ya no tenía aplicación, lo reflejó en el otro, en el de su padre. Para ella era el doctor, no sólo el más bueno de los padres, sino el más honrado, el mejor de los hombres. En la mesa, mientras él comía con excelente apetito, ella, que apenas si probaba de los platos, quedábase mirándolo, extasiada, como el creyente mira la imagen de su Dios. Luego, la tristeza apoderábase otra vez de aquella niña, que se encerraba en su cuarto buscando en la lectura y en la música un pretexto para divagaciones libres y sueños de la mente.

Todo allí le recordaba á los dos seres perdidos: el retrato de su madre sobre el piano; el de Ricardo sobre la chimenea; algunos libros que habían sido de él, en un estantillo, al lado del balcón, y en la rincónera, que hacía *pendant*, una de esas preciosas cajas de laca china, que encerra-

ba las cartas mediadas durante el largo tiempo del noviazgo. En aquellas cartas estaba el supremo dolor de Ana. Le habían sido devueltas, después de la muerte de Ricardo, por expresa voluntad de éste.

Recordaba bien las palabras de él, que le repitieron.—El día antes de morir, Ricardo, que se sentía muy mal, dijo: «Si me muero, encargo hagan por mi estas dos cosas: devolver á Ana todas sus cartas y quemar las demás que tengo, incluso las de su madre.» Luego, reflexionó un momento, y añadió: «No, traerme las otras todas: quiero quemarlas yo mismo.» Y las quemó. Sólo las de Ana se salvaron.

Sin saber por qué, había en estas palabras una cosa que hería vivamente á la joven. ¿Por qué quiso Ricardo quemar las cartas de su madre? ¿No era lo más lógico que se las hubiera devuelto á ella, como reliquia que nadie mejor que una hija podía guardar? ¿Qué podían contener aquellas cartas en que, sin duda, la mujer del doctor Mendoza, con esa amorosa previsión de las madres, procuraba sondear y dirigir el corazón del que había de ser marido de su hija? Ana recordaba bien el cariño que siempre se habían manifestado su madre y Ricardo. Sabía, porque lo estuvo

viendo durante años, que se escribían mucho; y aun algunas de las quejas que á veces él, en esos rozamientos fútiles de los enamorados, tenía contra Ana, llegaban á ella por el intermedio conciliador de la madre. ¡Cuánto no hubiera estimado Ana aquellas cartas, prueba de la unión de sus dos grandes cariños! También le faltaban las de Ricardo á su madre, porque ésta rompía siempre toda su correspondencia después de leerla. Y la pobre niña, sin atreverse á concluir pensamiento alguno, demasiado pura para concebir sospechas injuriosas, sentía de tal modo aquella desazón en su alma, que aún no se había atrevido á desatar los paquetes de cartas desde el día en que los recibió.

## II

Así pasó el tiempo y se cumplió el aniversario. El doctor fué con su hija á la iglesia, y oyeron dos misas: una por la madre y por Ricardo la otra. Después volvieron á casa y el doctor salió, llamado para una operación urgentísima. Ana quedó sola, más sola que nunca, porque los recuerdos eran en aquel día más vivos

y lacerantes. Se encerró en su cuarto y comenzó á sacar todos los objetos que quedaban de los dos muertos queridos: joyas, cintas, libros, flores secas... Todo lo repasó minuciosamente, gozándose en el cruel atizamiento del dolor. Poco á poco fué la pena haciéndose más dulce y más profunda, envolviendo todo su sér como un fluido en que se bañara por fuera y por dentro. Sintió sin que le hiciera daño, con una extraña voluptuosidad; y de golpe, alcanzó esa melancolía serena que los grandes sufrimientos dejan cuando el tiempo los ha lavado de toda exaltación. Espontáneamente lo dejó todo y corrió á la caja de las cartas. Sentíase capaz de leerlas, de remover aquellas prendas de cariño, *como si fueran de otro*, como si las leyese en una novela. ¿No era ella, al fin, una muerta, un personaje fingido aún por la vida física, pero borrado ya en la vida del espíritu para aquellos afectos?

Abrió la caja. Había dentro cuatro gruesos paquetes, la historia de cuatro años de amor. Desató el primero y leyó todo su contenido, llorando silenciosamente, sin espasmos, sin congojas, como lloran los nerviosos cuando oyen música y los viejos cuando hablan de sus hijos. Al abrir

el segundo paquete, tuvo una llamarada de alegría. Allí, entre las cartas suyas, había una de su madre, una que había escapado á la destrucción. La cogió sin zozobra, sin acordarse de sus dudas de otras veces, sintiendo sólo el gozo inmenso de ver aquella letra querida. Y la leyó. . . .

Quando el doctor Mendoza volvió á su casa con excelente humor, porque la operación habia salido perfectamente, y con gran apetito además, porque eran las dos de la tarde, extrañó mucho que su hija no saliera á recibirlo, como tenia por costumbre. Preguntó por ella.—«La señorita está en su cuarto»—contestó una de las criadas. Y el doctor se encaminó allá, temiendo que Ana estuviese enferma, víctima de una de esas crisis nerviosas á que las circunstancias del día se prestaban tanto. Era tal su impaciencia, que en vez de llegar hasta la puerta del gabinete entró por la de la alcoba, que daba al comedor y estaba abierta.

No oyó Ana los pasos de su padre sino cuando ya estuvo al lado de ella; y entonces, al levantar los ojos y verlo, se pintó un terror tan extraordinario en su cara, que el doctor retrocedió un paso.

Fué aquello súbito, como un relámpago, que Ana reprimió inmediatamente. Estaba sentada en el suelo, con los brazos caídos, la mirada llorosa; y la carta, aquella carta de su madre que tanta alegría le produjera al principio, yacía sobre la falda negra, marcando allí una mancha luminosa. El doctor se rehizo al momento y se inclinó cariñosamente hacia Ana.

—¿Qué tienes? ¿Te has asustado?

Ana no contestó; limitóse á mover lentamente la cabeza, como quien niega.

—¿Qué tienes?—repitió el padre. Y notando el desorden de la habitación, sobre cuyos muebles estaban esparcidas las joyas, los libros, las flores y las cartas, encontró al punto una explicación.

—¡Pobre hija mía!—murmuró probando á levantarla. ¿Por qué haces eso? ¿Por qué ahondas la herida? Anda, ven conmigo, serénate.

Pero ella se resistía dulcemente, como quien duda, y sin atreverse á mirarlo.

—¡Ana, Ana, por Dios! Vas á matarte. Esto es una locura—dijo el doctor, en quien la impaciencia del médico se sobrepuso á la dulzura del padre.

Tampoco contestó ella nada. Lentamente recogió la carta y la dobló, guar-

dándola en el bolsillo; luego se levantó y quedó en pié, frente á su padre, pálida y temblorosa. El doctor, que empezaba á desconcertarse, la atrajo hacia sí, y sentándose en el sofá, la puso sobre sus rodillas.

—¿Qué tonta es mi niña, verdad?—dijo queriendo echar á broma el caso.—¿No quiere ya á su padre? Y comenzó á besarla en la frente.

Ana se estremeció. ¡No querer á su padre! ¿Y cómo decirle que sí, que era verdad, que ya no le quería, que sentía hacia él repugnancia, desvío, una cosa que no sabía ella misma explicarse? ¿Cómo decirle que en aquella carta había leído la confesión de un alma dolorida, que acusaba á su marido de la infidelidad más injuriosa, del olvido absoluto de su deber de esposo y del respeto al cariño y la dignidad de su mujer? Veía Ana derrumbado de golpe todo el castillo de sus ilusiones y confianzas; veía la mentira de una paz y de un acuerdo que creyó verdaderos y fuertes entre sus padres; veía el sacrificio inmenso de su madre evitando el escándalo, para que sus hijas no conocieran la falta; recordaba el párrafo final de aquella carta que decía á Ricardo: «Y

sobre todo, qué mala. No quiero que jamás llegue á noticia de mis hijas que yo he sufrido por causa de su padre. De tí, espero que no dirás nada»; y recordaba, sobre todo, la recomendación última de su madre, que en ese momento de lucidez que suele preceder á la muerte, le dijo señalando con la mirada al doctor: «Quiérelle mucho, hija mia.» Y ella lo había querido, poniendo en él todos sus afectos, convirtiéndolo en un ideal de bondad, de rectitud, de sabiduría, de todo lo grande que puede haber en el hombre. Y ahora sentía algo frío, algo muerto en ese cariño; sentía—¡al fin lo comprendió!—que amaba á su padre con la ceguedad que el amor personal tiene, pero que ya no lo estimaba. Al comprender esta terrible verdad, que había de ahondar de día en día la distancia entre ambos, se sintió desfallecer; y ocultando los ojos con una mano—la otra tenía cogida el doctor—lloró amargamente.

No comprendía Mendoza aquella persistencia del silencio y de las lágrimas. Ni por un momento pensó en el motivo real, estando seguro de que nadie podía haber enterado á su hija del pasado drama. Creyó en un ataque nervioso, motiva-

do por la vista de los objetos llenos de memorias. Y volviendo á sus funciones de médico, cogió á su hija en brazos, la acostó en la cama y corrió á su gabinete en busca de un medicamento.

Ana siguió llorando y meditando. ¿Qué debería hacer? ¿Enseñarle á su padre la carta y decirle: «Mira, todo lo sé; ya no puedo vivir contigo,» ó callarse el secreto, devorando la pena y sufriendo con el recuerdo constante de la falta cada vez que viera al culpable? ¡El culpable! ¿Y era aquél, su padre mismo, quien había cometido la falta, quien había traído una perturbación á la familia rompiendo la fidelidad y la paz conyugales? ¿Y era preciso, en justicia, condenar á ese hombre y degradarlo en el cariño filial en nombre de ese mismo cariño, ofendido en la persona de la madre?

De pronto, se determinó el pensamiento y con él la voluntad de Ana. ¿No era bastante que ella supiese lo ocurrido? Toda demostración tendría cierto carácter de venganza, cuyo fin sería hacer desgraciado al hombre á quien su madre le había mandado querer. ¿Para qué una desgracia más? El secreto, sólo por una casualidad le había sido revelado; pero la

intención de la víctima fué que no lo supiese nadie. ¡Pues bien, nadie lo sabría! El castigo estaba ya dado y sobraba: la hija despreciaba al padre. Y cuando el doctor entró en la alcoba con una poción de bromuro, Ana se levantó grave y serena.

—No—dijo rechazando el vaso.—Estoy bien. Vamos á almorzar.

Y se apoyó en el brazo de aquel hombre que ya no era su sostén en la vida, y á cuyo lado habría de encontrarse cada vez más sola, más triste, más desgraciada.



## Dos amores

Cuando llegamos á la mitad del contra-muelle, el maestro se paró, extasiado ante la magnificencia del paisaje. Lentamente, anochecía en un crepúsculo luminoso, que pintaba de carmín el Occidente con los últimos rayos del sol y comenzaba á dorar el mar de Levante con el reflejo dulce y pálido de la luna. ¡Hora de inefable reposo! A nuestra espalda, la ciudad parecía muerta, oscureciéndose de momento en momento la mancha blanca de sus casas, sobre las cuales yergue el castillo su enorme mole. El mar burbujeaba silenciosamente, levantando apenas levisima espuma, que parecía escarcha sobre el fondo de un azul intenso, inundado de luz bri-

llante que cegaba la pupila. Del horizonte, vago é indeciso, subía una faja violácea, y luego, en suave matiz, otra rosada, lejana copia de la de Poniente. Más arriba, sobre nuestras cabezas, el cielo iba tomando la diafanidad azul (más llena de luz que de color), que ningún pincel podrá copiar nunca.

Ni un rumor en el puerto, ni un crugido en los barcos. Ligera nubecilla, semejante á un cisne, flotaba sobre el cabo de Santapola; y á su derecha parpadeaba ya, débilmente, el más bello de los planetas.

Sobrecogido yo por la hermosura de aquella marina, y aún más—debo confesarlo—por el sello de tristeza que había en la cara del maestro, no acertaba á decir palabra. Por fin, exclamó él:

—¿Has creído tú nunca que se puede ser feliz fuera del mundo de los hombres?

—Sin duda—dije.—Basta la felicidad interior, la tranquilidad de alma...

—No es eso—interrumpió él.—Todos los que ahora dices, son motivos humanos. Serás feliz porque goces salud, ó porque te halaguen, ó por tener riquezas, ó por haber hecho una buena obra. De tales felicidades, todos pueden participar. Todavía en la que procuran las bellezas que el

hombre crea, hay secretos motivos y vanidades de raza ó de especie, que la hacen... demasiado humana. Pero esto..., sentirse feliz ante la Naturaleza misma, nada más que por ella, en la más pura y desinteresada de las contemplaciones, dejándote invadir por el espíritu de las cosas y subyugar por la fuerza y esplendor de lo que tú no has creado ni puedes reproducir, eso, hijo mío, es lo más grande á que puede llegar nuestro sentimiento. ¿Te explicarás ahora por qué el Arte es casi siempre *humano*, y el triunfo que significa el *paisaje* moderno, en el cual la Naturaleza empieza á tomar aires de protagonista?

—No puedo hablar de pintura, maestro. Soy en ella un simple aficionado; pero algo de eso he notado en los libros. ¿Acaso hay en nuestros poetas, en nuestros novelistas, el sentimiento del paisaje, el sabor y la esencia del campo, no de los campesinos? Sólo lo humano les interesa: y un cantor de las *cosas*, ese es más raro que las rosas verdes. Para un párrafo de Maupassant, en que estalla el amor al Mediterráneo, ó un paisaje montaños de nuestro Pereda, ¡cuántas páginas en que las cosas son adornos mudos, puestos sin

intención, con la más absoluta indiferencia ó con artificio falso, en medio de la actividad de los hombres!

—Verdad es—interrumpió de nuevo el maestro, apoyándose cariñosamente en mi brazo;—pero no sentirás toda la fuerza que tiene hasta que hayas luchado para expresarlo en una obra, hija de tu mano y de tu cerebro. Créeme; así como la indiferencia de la mujer á quien amas sirve para aumentar tu cariño y acrecentar en cualidades su imagen, así la Naturaleza crece y se agiganta á medida que luchamos más por poseerla. Yo he aprendido á adorarla en mis combates solitarios con la luz y el color; mientras apuraba mis fuerzas para imitar una forma, para fijar un matiz, en medio de las desesperaciones ó de las arrogancias del artista, gastando en ellas toda la energía de mis nervios, todo el temple de mi voluntad, y, también, todo el amor de mi alma. Sí, hijo mío: he llegado á adorar las cosas como se adora á una amante bastante esquivá para espolear nuestro ánimo, pero no tan desdenosa que trueque la afición en odio.

Calló un momento, mientras el silbido agudo de un vapor llenaba los aires y se repetía largamente en el eco. La luz había

decrecido mucho; ya no se veía más que una línea rojiza sobre las montañas, y tres pálidos rayos divergentes, que se perdían en el azul luminoso de lo alto. En el mar todo era oscuro, fuera de la dorada banda en que rielaba la luna, cada vez más brillante.

Olvidándome quizá, y como quien piensa en voz alta para sí solo, continuó el maestro:

—Toda la ilusión de mi vida la he puesto en vencer á la realidad. Con ella he batallado dándole la existencia entera, mi sangre y mi cerebro, soñando siempre con hacerla mía, en una de esas que la gente llama «obras maestras». Toda mi juventud se ha consumido así; pero la victoria no ha llegado. Ahora ya soy viejo: las fuerzas me abandonan de día en día, y en medio de los aplausos del público, con toda la gloria que han querido poner sobre mi nombre, llevo en el alma la tristeza inmensa, imposible de comprender para quien no es artista, de notar cómo se van acabando y perdiendo las condiciones personales, sin que la misión esté concluida ni el deseo se declare vencido. Mañana, cualquier día, muy pronto, hablarán de mí con fingida conmiseración, haciendo

sonar la palabra «decadencia»: otro nombre subirá al cénit como rayo luminoso, y ocultará el mio... Tal es la historia de siempre, y la de ahora será también. Quizá volverán más tarde á buscar mis obras, y no verán en ellas más que lo de afuera; pero la inmensa lucha que cada una ha costado, los cuidados y las zozobras que representa cada acierto, eso no lo verán; y menos aún sabrán que me muerdo sin haber hecho *mi cuadro*, el que he soñado toda mi vida y que no he podido hacer precisamente porque no lo he inventado yo, porque no es una imagen compuesta en el cerebro, sino eso de ahí enfrente: lo real, con todas sus formas y todo su espíritu.

No sabía yo qué decir, sobrecogido por aquella explosión de tristeza íntima. Calló de nuevo el maestro, y descubrió su cabeza blanqueada por los años.

—Esos han sido mis amores—dijo volviéndose hacia la ciudad, donde las luces palidecían bajo el manto de claridad blanca que la luna enviaba.

—¿Nada más que esos, maestro?—dije yo con la cándida imprudencia de la juventud, que no conoce aún más vida que la suya propia y todo lo refiere á ella.

Miróme el maestro, y exclamó entre risueño y enfadado:

—¿Cuáles más? No sabes tú que un amor de esos es más grande que el de todas las mujeres del mundo?

—¿Qué sé yo?—interrumpí, dando rienda suelta á mis ideas.—Yo también amo el campo, el mar, los crepúsculos hermosos; pero de todos los que he visto, sólo permanecen en mi memoria, indeleblemente, aquellos que he admirado junto con alguna persona querida; y de ellos, éste será uno, maestro. Pero hay otros también que no olvidaré nunca. Poder añadir á la belleza de los lugares—al azul de ese mar, á la luz de ese crepúsculo, á la mancha violácea de esas montañas, al centelleo de esos astros,—recuerdos de palabras, de miradas y de canciones; decir, invocando imágenes pasadas: «aquí nos paramos; allá se apoyó en mi brazo; en aquella roca puso el pié breve y ligero, saltando como una niña juguetona», ¿no es, maestro, añadir á las cosas un alma nueva, uniéndolas para siempre á nuestra vida, haciéndolas interiores en nosotros mismos?

—Es inútil que sigas—dijo él sonriendo con aire paternal.—No podemos enten-

ernos tú y yo. En tí habla la juventud, que sólo vive para un sentimiento, y en ese derrocha todas sus energías. A tu edad no hay ciencia, ni arte, ni Naturaleza, ni nada: todas las cosas son fantasmas de apariencia, que el soplo del amor desvanece. Vuestra vida se resume en un nombre de mujer, y por ella lo abandonáis todo. Pero cuando tu vida se nutra de experiencia y de sentido; cuando desdobles tus facultades y resuelvas la simplicidad lineal de tu horizonte de ahora en la complejidad riquísima de la realidad, entonces nacerán en tí otras ansias y otros amores, y tu camino se iluminará delante de tí con un nombre de idea y no de persona. Quizá el supremo arte y esplendor de la vida está en unir uno y otro; pero si es así (que no lo sé, puesto que no lo he logrado), sabrás entonces el oculto sentido que lo personal tiene en el mundo, y lo bajarás del pedestal en que ahora lo pones para fundirlo con las cosas en la serenidad de tu alma, para la cual todo tendrá un espíritu y hablará igualmente el mismo idioma.

Emocionado por estas palabras que, aún misteriosas para mí, removían hasta lo más profundo de mi sér, miré al maes-

tro, cuyos ojos, vueltos al cielo, brillaban como los de un místico. No sé qué desconocida turbación me invadió todo; y por primera vez desgarró el velo de ilusiones de mi juventud la idea de que mi vida no tenía aún nombre y estaba llena de fantasmas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

---

## Aventura española

---

En el corro de hombres reunido aparte, en el gabinete, para fumar sin molestia de las señoras, hablábase de las lentitudes y olvidos de nuestra Administración, tan graves, á veces, y pródigos en desagradables consecuencias para los particulares.

—Me recuerdan ustedes—dijo de pronto el general Loizaga—un encuentro que tuve en Roma, allá por el año 49, cuando yo era un muchacho poco atento al lado triste de la vida y menos aún á estas cosas del funcionamiento de la Administración pública.

—¿Y qué encuentro tuvo usted en Roma que se relacionara con el tema que ahora discutimos?—preguntó el diputado Londres, allí presente.

—Va usted á verlo. Iba yo con la expedición del general Córdoba, y hallándome en Junio del citado año en Nápoles con mi regimiento, pedi permiso para ir á Roma. No es que se estuviese mal en la ciudad del Vesubio; puedo asegurar á ustedes que la gente joven se divertía de veras, abundando las ocasiones para ello, especialmente en materia de amores, porque ¡eso sí! como guapas y fáciles, las napolitanas lo eran, si bien tenían sus peligros, á veces muy graves. Pero la fama que en todos tiempos ha gozado la capital del mundo católico, y su proximidad á Nápoles, me incitaban á cada momento; y al cabo, habiendo conseguido que me acompañase en la expedición otro oficial de mi compañía, pedí, como va dicho, el permiso correspondiente, y allá nos fuimos á la Ciudad Eterna.

Roma tiene mucho que ver; nosotros no disponíamos sino de pocos días, y, además, carecíamos de plan, faltos del auxilio de persona ilustrada que nos sirviese de *cicerone* competente. Caminamos, pues, en nuestra visita un poco á la ventura, yendo hoy aquí, mañana allá, y buscando siempre que era posible la protección *in situ* de los frailes, que no faltaban en

Roma. Excuso decir que no dejamos de ver las Catacumbas, aunque sólo una parte de ellas, porque son vastísimas, y, además, nuestro guía se excusó de acompañarnos más adelante con toda prudencia, pues, según nos dijo, días antes un colegio de niños que se internó más de lo regular había desaparecido, probablemente á causa de un hundimiento de tierras.

—¿Pero y ese encuentro... administrativo?—interrumpió el diputado, que veía al general echarse por los cerros de Ubeda.

—Tenga usted paciencia, hombre, que todo se andará. Permita usted á un viejo que paladee esos recuerdos rejuvenecedores, aunque no sea más que imaginativamente. ¡Si viera usted cómo es grato acordarse, ahora que el estómago me juega á cada momento tan malas pasadas, de aquellas comidas admirables que hacía yo en 1849 en las *trattorias* romanas! Por aquel entonces se comía en Roma muy bien por poco dinero, y le aseguro á usted que nos aprovechamos en grande de esta circunstancia. Pero voy al grano para que no se impaciente usted.

Uno de los días entramos en la iglesia de San Pedro, tan hermosa como fábrica

arquitectural y tan llena de otras hermosuras artísticas que la adornan.

El sacerdote que estaba de guardia, y al cual nos dirigimos para que nos facilitase la visita, al saber que éramos españoles nos dijo que un capitán de nuestra nación, que en aquel momento estaba rezando sus oraciones diarias en una capilla, tendría mucho gusto en hablar con nosotros.

—¡Un capitán!—exclamó mi compañero.—¿Quién podrá ser?

—Es persona de edad—dijo el sacerdote—y viste de manera muy distinta á ustedes.

—No será de Infantería—observé yo.

—Carezco de opinión en esas cosas—replicó el sacerdote;—pero ahí viene ese señor, y juzgarán ustedes por sí mismos. Yo tengo que dejarles ahora, porque me llaman servicios urgentes de mi ministerio.

Creo que ni le dimos las gracias, absortos como estábamos en la contemplación del anunciado capitán, que se acercaba lentamente hacia nosotros. Cuando estuvo á nuestro lado y pudimos observarle bien, nuestro asombro subió de punto. Era un viejecito de edad indefinible, aunque bien podía afirmarse que bastante avanzada.

Vestía un traje anticuado: calzón corto, zapatos de hebillas, chaleco largo color mahón, casaca abierta, y llevaba espadín y unas charreteras muy chiquitas.

—¡Pero este hombre es un resucitado!—dijo en voz baja mi compañero.—Viste como si estuviéramos en los tiempos de O'Reilly.

El capitán nos sonrió amistosamente, nos dió su mano y comenzó á expresar con gran viveza su alegría por hablar, aunque fuera breves momentos, con gentes de su país.

Le devolvimos cortésmente sus saludos y amabilidades, y yo le pregunté:

—¿Hace mucho que está usted en Roma, capitán?

—¡Ah!—exclamó levantando los brazos, en señal de ponderación, y tal vez de protesta al mismo tiempo.—¡Muchos, muchos años!... Es cosa muy rara lo que me sucede. Envióme aquí S. M. el Rey don Carlos IV (q. D. g.) con una misión que ya tengo cumplida; pero por más que dirijo instancias á España para que me den licencia de regresar allá, nada obtengo. ¡Ni aun me contestan!...

Nos miramos mi compañero y yo, de más en más sorprendidos. ¿Será verdad lo

que dice este hombre? pensábamos uno y otro; pero al momento me ocurrió la idea de que nos las habíamos con un loco, y lo mismo lei en las miradas de mi compañero. Procuramos despedirnos cuanto antes del capitán de Carlos IV, y lo hicimos sin darle nuestros nombres y sin que él nos diera el suyo. Confieso que fué gran ligereza de nuestra parte (cosa de jóvenes, que tienen otros asuntos en qué pensar) no cerciorarnos de si era exacto lo que decía aquel anciano, y ayudarle á salir de la original situación en que se hallaba, caso de que fuese cierta; pero, además de nuestra indiferencia para tales negocios (de la cual me lamento ahora, por este y otros sucesos más capitales para mí), nos habíamos aferrado muy fuertemente á la idea de que al capitán de Carlos IV le faltaba un tornillo y no nos preocupamos de él seriamente.

Volvímos á encontrarle varios días en San Pedro, y siempre venia á saludarnos y á lanzar las mismas quejas contra el Gobierno de S. M., el abuelo de la que entonces era Reina de España. Sus quejas no demostraban irritación; decíalas como persona resignada y que, allá en el fondo, cree perfectamente inútil su porfía; pero

según nos indicó, seguía enviando á Madrid instancias para que le permitiesen volver á la patria.

Pues hoy, señores, con la experiencia que he adquirido de nuestra vida oficial, no puedo menos de pensar, siempre que recuerdo al capitán de Carlos IV, que tal vez no era un loco, sino simplemente un olvidado, como otros muchos, de la Administración; y me atrevo á bautizar aquel encuentro de verdadera «aventura española», porque retrata, muy á las claras, algunos de esos vicios de que discutíamos antes. ¡Quién sabe las tristezas, las miserias que pasaría aquel pobre oficial de nuestro buen Rey don Carlos IV! Por mi parte, rezo todos los domingos por el descanso de su alma, que quizá espera todavía, desde el Limbo, donde está de seguro, la orden para volver á pisar las playas de su tierra nativa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL



## ¿Un cobarde?

(EPISODIO ROMÁNTICO EN FORMA DRAMÁTICA)

### I

(Son las doce de la noche. Gabriela despide, en la puerta del salón, á su último convidado, el marqués de Zara.)

Marqués.—¡Cuánto sentimos todos que no venga usted al baile!

Gabriela.—Gracias, marqués. Ya sabe usted que no voy á ninguna fiesta cuando mi marido está ausente.

M.—Es muy feliz su marido de usted con tan escrupulosa fidelidad. ¡Cuántos quisieran decir lo mismo!... Pero, volviendo á lo del baile; estoy seguro que será espléndido. Vamos á encontrarnos allí todos los amigos de esta casa. La misteriosa desaparición de Luciano obedece, sin género de duda, al mismo propósito.

G. (*Con cierto despecho*).—Mucho interés debe tener en ir, cuando, apenas llegado de un largo viaje, se marcha de la primera visita sin despedirse.

M. (*Riendo forzosamente*).—¡Ese chico!... ¡Siempre tan raro!... Vendré mañana á contar á usted lo que ocurra. Adios, Gabriela. (*Se inclina profundamente y sale.*)

G.—Buenas noches, marqués.—(*Queda en la puerta, hasta que cesa todo rumor. Luego se dirige lentamente al diván y se deja caer en él con indolencia. Luciano aparece por una de las puertas laterales.*)

Luciano. (*Adelantando contimidez*).—Por fin se han ido.

G. (*Estremeciéndose ligeramente*).—¡Cómo! ¿usted aquí? ¿Se había usted escondido?... (*Reponiéndose*). Veo que no ha cambiado gran cosa ese carácter. ¿Recuerda usted la primera carta que me escribió, á los ocho días de conocerme? Una carta rara, si las hay. Decía usted en ella que no volvería á visitarme en días de reunión; que le fastidiaba el coro vulgar de vulgares admiradores que me rodeaba, etcétera.

L. (*Sentándose frente á ella, en una butaca*).—Por centésima vez le pido á usted que me perdone aquella tontería.

Yo, á fuerza de quererlo, casi la he olvidado.

G.—Pero lo curioso es, amigo mío, que entonces me extrañó más que hubo de ofenderme. ¡Era tan nuevo aquello! Nadie me había dicho cosa semejante.

L.—Lo creo; pero no me arrepiento menos; y, sin embargo, ... en el fondo sigo pensando lo mismo.

G.—Lo cual explica la huida de esta noche.

L. (*Sin contestar á lo que dice Gabriela*).—¿No me esperaba usted, verdad?

G.—No, sin duda. Le creía á usted en Italia, en Viena, ¡qué sé yo!

(*Pausa. Miranse uno al otro con insistencia, pero sin la menor emoción aparente.*)

G.—Hace un año que no nos vemos.

L. (*Sin dar importancia á sus palabras*).—No me negará usted que he sido constante en todo ese tiempo. ¿Cuántas cartas mías ha recibido usted?

G.—Muchas; ¡qué sé yo! Sigue usted en esto su reputación de raro, á Dios gracias.

L. (*Con interés*).—No comprendo.

G. (*Con naturalidad*).—Muy sencillo. Sabe usted que no creo absolutamente nada en las amistades entre personas de

sexo distinto. Siempre terminan ó en la indiferencia ó... en algo más grave. Y bien, usted ha derrotado mi teoría. Un amigo verdad, un amigo íntimo como lo es usted, que me habla de sus más ocultos pensamientos, á quien yo hablo con entera franqueza, hasta reñirle, prevaliéndome de mis seis años de ventaja, y que, no obstante, sigue hoy como el primer día, es un triunfo contra todas mis malicias, hijas, bien lo sabe usted, de una larga experiencia.

L.—Celebro verla á usted tan convencida. Aunque más optimista que usted, también para mí es un triunfo. Tanto más...

G. (*Alterándose visiblemente*).—¿Qué?

L. (*Con emoción; después de una pausa*).—Tanto más, cuanto que ha habido un momento en que creí estar enamorado de usted.

G. (*Riendo y ruborizándose á la vez*).—¡De mí! (*Calla un momento y luego, sin querer, se le escapan estas palabras*). La verdad: llegué á sospecharlo.

L.—¡Ah! ¿lo sospechaba usted? (*Levantándose y alejándose de Gabriela*).

G. (*Vacilando*).—Sí, una sospecha vaga, insegura...

L. (*Con miedo*).—Más de una vez temí que así fuera. Y créame usted (*detiéndose en el otro extremo de la habitación, junto á la chimenea*), hubiera dado mi vida por que usted no hubiese advertido lo que pasaba en mi interior... (*Resuelto*). Y ahora, puesto que hemos llegado á las confesiones más fácilmente de lo que yo esperaba, permítame hablar: vengo dispuesto á decirlo todo, todo.

(*Nueva pausa. Gabriela, un poco pálida, sigue con la vista á su amigo, el cual, después de vacilar un momento, concluye por sentarse otra vez en la butaca, frente á ella.*)

L.—Puedo contarle á usted estas cosas, porque ahora reina la mayor tranquilidad en mi espíritu. La tormenta ha pasado, y bien puedo decir, á fuer de caballero, que como á tal he luchado con ella.

G. (*Con aparente indiferencia*).—¡Ha pasado! ¿Hace mucho?

L. (*Vacilando*).—¿Mucho? Mucho, no. Poco menos de un año.

G. (*En el mismo tono de antes*).—Entonces, aquellos amores de que me habló usted tantas veces, ¿han coincidido con esa ilusión?

L.—Debo ser franco hasta lo último.

Toda esa historia que he contado á usted era fingida.

G.—¿Luego no existe esa mujer tema casi constante de nuestras conversaciones?

L. (*Con gran serenidad*).—Existe, si. *Era* usted... Advierta que digo *era*. No llevemos esta revelación al ridículo. Sería hasta una falta imperdonable que yo emboscase en estos rodeos de pretérito una declaración de presente. Me conoce usted lo bastante para saber que soy incapaz de tal ofensa, y también la conozco á usted lo suficiente para creer que despojará mis palabras de la grosería que el vulgo pudiera encontrar en ellas. Es muy raro que un hombre se dirija á una mujer para decirle que ya no la ama; pero yo tengo el deber de hacerlo, por usted y por mí. La situación ha de quedar completamente franca entre nosotros. Lo que ha dicho usted antes me deja entender que las involuntarias reticencias de mis conversaciones y de mis cartas, la especie de misterio que en el fondo llevaban mis confidencias, prestábanse á un cierto interés mal sano.

G. (*En voz baja, sin ánimo de interrumpirle*).—Sin duda, el misterio es adorable siempre. Por un momento he creído

yo, amigo mío, ser la enamorada y no usted.

L. (*Como si no hubiera oído estas últimas palabras*).—Aquí no ha habido más que una alucinación, un amor de cabeza, por mi parte, y ya sabe usted el remedio que Goethe aconseja para estos males. Después de haberlos vencido dentro, quedando seguro de su falta de arraigo en el corazón, hay que echarlos del pensamiento objetivándolos, como si fueran de otro, para que pierdan todo atractivo, toda fuerza de seducción sobre quien los padecía. Permita usted, pues, que continúe; no puede, no debe haber entre nosotros—de mí para usted, se entiende, pues que tal es el caso—más que un sentimiento de pura amistad, como á Dios gracias lo siento ahora, de manera que pudiera decirlo á su propio marido de usted y al mundo entero, si lo pidiese.

G. (*Con dulzura algo burlona*).—No exageremos, amigo mío. Acaso ve usted ahora más de lo que hubo. ¿No ha dicho usted antes que *creyó* estar enamorado? Carece, pues, de certeza esa afirmación; y, créame, en materias de amor no se duda. O se ama, ó no se ama.

L. (*Sinceramente*).—Perdone usted, mi

duda tiene su explicación. Es la del hombre honrado que sorprende en el fondo de su alma el germen de una idea criminal y se resiste á creer que pueda existir allí. Por lo demás, el hecho es sencillo. La he amado á usted con toda mi alma.

G. (*Contradiciéndose con lo dicho al principio*).—No lo hubiera creído nunca. Y me afirmé en la negativa cuando al preguntar á usted con toda intención la última vez que hablamos antes de su viaje, acerca de alguna circunstancia personal de aquella Beatriz misteriosa, señaló usted una, sobre todo, que no convenía con mi tipo.

L. (*Sonriendo*).—Es bien claro. ¿Cómo había yo de decir otra cosa?

G. (*En voz baja y como quien piensa para sí*).—Es, sin embargo, muy raro todo esto. Nadie, nadie ha usado conmigo semejante proceder. Sentir amor, callármelo y decírmelo á un tiempo, ocultando la verdad bajo el disfraz de una mentida novela en que yo misma he llegado á interesarme, aconsejando la prudencia sin dejar de reconocer los derechos del sentimiento, confiese usted, amigo mío, que son circunstancias muy extraordinarias y que no dejan de perturbarme en estos momentos.

(*Dirigiéndose á él*). Pero volvamos á usted, ya que quiere despejar del todo la situación. ¿Será también mentira ese matrimonio de que hablaba su penúltima carta? La noticia me sorprendió mucho, é hizo espirar en los puntos de mi pluma el final de una larga epístola, medio escrita ya, en que contaba á usted un poco literariamente los efectos psicológicos producidos por la centésima lectura de *Le Lys dans la vallée*, esa joya de adivinación que escribió Balzac.

L. (*Con arranque súbito*).—¿Y por qué no contármelos? Esa media carta me pertenece y la reclamo... ¿No debe decirse todo lo que se siente?

G. (*Con sonrisa triste*).—¡Ay, á veces no, amigo mío!

L. (*Como antes*).—Siempre, amiga mía, cuando puede hacerse un bien con ello... (*Transición*). En cuanto á mi matrimonio, es cosa muy cierta. Y recuerde usted ahora por qué deplorable encadenamiento de circunstancias trató usted misma de alentar en mí aquel amor supuesto, es decir, el de usted.

G.—Es verdad. La noticia había de sorprenderme mucho. Parecíame mentira, conociéndolo á usted, esa repentina sus-

titución de un amor vehementísimo, como el que pintaban sus cartas, por otro tan enérgico que lleva nada menos que al matrimonio. ¿Es posible olvidar tan pronto?, decláme yo. ¿Cómo ha podido engañarme mi confianza en un carácter tan noble y tan robusto de corazón y de voluntad como el de Luciano?... (*Dominándose y sonriendo*). Advierta usted que, siguiéndole, me coloco en la situación que yo ocupaba antes de la conversación de esta noche.

L. (*Turbándose*).—Si, pero usted olvidaba que hacía tiempo mis cartas no hablaban ya de aquellos amores. Podemos verlo, si las tiene usted ahí.

G. (*Más turbada que él*).—No... no las tengo. Las he roto todas.

L.—¿Por qué? (*Con extrañeza*).

G.—Amigo mío, ¿cree usted que lo que yo sospechaba alguna vez no podía sospecharlo otra persona? Aquel misterio que había en el fondo de nuestra correspondencia, era peligroso... Sobre todo para mí.

L.—Es verdad. (*Con pasión*). Yo, sin embargo, no he roto ni una sola de las cartas de usted. Constantemente me sirven de lección, y no quiero olvidarla. Luego... ¡ha sido usted tan buena para mí! Hay en aquellos papeles tal dosis de interés fran-

co, una atención tan solícita y cariñosa, como la de una hermana, la de una madre, que hoy, en que ya puedo mirar á usted frente á frente, sereno y seguro de mi mismo, me producen su verdadero efecto de amistad, que no puede borrarse nunca de mi vida.

G. (*Con frialdad aparente*).—Debe usted romperlas, sin embargo. Han de recordarle á menudo días de sufrimiento, porque siempre se sufre cuando se lucha.

L. (*Con fuego, que va creciendo por momentos, aunque en un tono triste*).—Que se sufre, es cierto. Pero las cartas me hablan más del triunfo que del combate. ¡Y si viera usted la voluptuosidad intelectual que hay en esos recuerdos cuando verdaderamente se ha vencido! En la lucha constante de la vida, toda crisis, son tan raros los momentos de verdadero reposo en que descansamos sobre una convicción adquirida, un estado de ánimo seguro, una posición estable, al parecer, que el lograr uno de ellos es don casi divino. ¡Qué dulce es el reposo y cómo lo realza el recuerdo de la pasada fatiga! Hay en ese recuerdo un poco del orgullo del que vence y algo también de la voluptuosidad del que ha sido tentado.

G. (*Conteniéndolo*).—Dejemos, si usted quiere, esas consideraciones. Comprenderá usted que no pueden menos de causarme pena. He sido, sin quererlo, causa de dolor en uno de mis mejores amigos.

L.—No, eso no. A pesar de la lucha moral que sostenía conmigo mismo, en el fuero privado del sentimiento era feliz. Pero dice usted bien, terminemos. He cumplido mi deber. Ya sabe usted lo que era forzoso que supiera; y en cuanto á mí... todo se ha borrado para no volver más. El acto de esta noche ha concluido mi curación. Acabo de escribir mi Werther, y no puedo ya suicidarme. (*Acércase á ella en ademán de despedirse.*)

G. (*Levantándose lentamente*).—Adiós. Siempre amigos, ¿por supuesto? (*Sonriendo.*)

L. (*Con calor*).—¡Siempre! Por toda la vida.

(*Se estrechan las manos y se separan. Gabriela, sola, permanece de pié un momento, con la vista fija en la puerta por donde ha salido L.*)

G. (*En voz alta, como si soñara*).—Qué sinceridad más noble!... ¡Ay, demasiada sinceridad tal vez!

(*El sonido de su voz la hace volver en*

si. *Se estremece y se cubre el rostro con las manos, en un ademán convulsivo.*)

II

(*Habitación de Luciano. Un reloj da la una de la madrugada. Luciano, que acaba de entrar, se detiene ante la mesa escritorio, sobre la cual hay una carta. Un estremecimiento de alegría recorre todo su cuerpo.*)

¡La esperaba!... (*Procurando dominarse.*) La verdad es que no tiene nada de particular. Hace ocho días que no he ido por allí, y antes iba casi todos. Se figurará que estoy enfermo, que la he olvidado... (*Pensando lo contrario de lo que dice, pero de modo que se nota la contradicción.*) ¡Excelente amiga! Otra en su lugar, ¿qué hubiera hecho al oír mi confesión?... Quizá arriesgué demasiado en hacerla. ¿Qué necesidad había de ello, realmente? Cosa olvidada en el fondo de mi pensamiento, ¿merecía ya ser dicha para turbar la paz de una amistad dulce y pura?... Pero ¿y yo? (*Cogiendo la carta y sin abrirla.*) Para mí era una necesidad. (*Razonando, como para convencerse á sí propio.*) Era

una prueba que reclamaba mi conciencia. Bien decidido iba á ello. Si me turbo, si vuelve á encenderse, por poco que sea, el antiguo fuego al remover la ceniza, debo decirlo y fundar en esto una nueva ausencia. Si no siento nada, me quedo: estoy salvado (*Ligera pausa. Rompe el sobre*). Veamos lo que dice.

(*Lee*). «Querido amigo. En vano espero á usted desde la noche del último sábado. ¿Está usted enfermo quizá, ó...? Sea lo que fuere (no creo en enfermedad, á Dios gracias), deseo ver á usted esta noche. Me parece que en ocho días de estancia en Madrid nos hemos visto bien poco. Nuestras antiguas y largas conversaciones acabarán pronto, quizá para no volver. Dentro de poco será usted marido y tendrá en su mujer otra amiga que le dé consejos, que piense en su felicidad. ¿Parecerá demasiado que quiera yo verlo á usted aún algunas veces, mientras dure su soltería? Venga, pues, un rato esta noche. Aguardaré hasta las doce y podremos hablar un poco. Le espero. Su amiga,

Gabriela.»

(*A medida que L. va leyendo, aumenta su agitación, que al final toma caracteres físicos muy acentuados*).

L. (*Dejando caer la carta y llevándose las manos á la cabeza*).

¡Dios mio, Dios mio!... (*Mirando el reloj que hay sobre la chimenea*). ¡Y es la una! ¿Qué habrá pensado de mí? ¿Creerá que la huyo, que la desprecio, que ya no siento amistad por ella? (*Recorre á grandes pasos la habitación. Coge el sombrero que ha dejado sobre una silla*). Es preciso ir. (*Reacción súbita*). Ir, ¿á dónde? Ahora ya es inútil; no me espera... (*Malhumorado*). ¿Qué necesidad tenía yo de ir al teatro hoy?... ¿Y á qué hora habrá llegado esta carta? Veamos. Yo salí á las nueve, es decir, más tarde que nunca. ¿Por qué habrá escrito tan tarde? ¿Tal prisa tenía en verme? (*Recoge la carta y la lee de nuevo para sí*). ¡Qué ardor tan extraño siento en mí! ¡Qué efecto tan vivo y profundo hay en estas líneas! Pero ¿por qué no me hablan, como otras veces, de amistad tan sólo? ¿Por qué el recuerdo de ilusiones ya olvidadas y enterradas vuelve á surgir de nuevo en mi corazón?... No, no es la amistad quien hoy me hubiera llevado á casa de Gabriela. Otras voces ha levantado en el alma ese papel, y ellas me prometen cosas á que había renunciado... ¿Y ella? .. ¿Qué quieren decir esas frases,

ese tono de tristeza y de pasión que jamás le he conocido? ¿Será el deseo—el deseo que creí haber ahogado—lo que me hace ver tales cosas en esa carta? (*Se sienta realmente fatigado*). No, no es posible. La ultrajo con tales sospechas. ¿No rió sinceramente de mi confesión?... ¡Ah! pues ahora recuerdo; no estaba tan serena como quería aparentar; quedó mortalmente pálida cuando descubrí mi secreto; vaciló mucho... se contradijo (*Con un grito de alegría brutal*). ¡Dios mío, si fuera verdad que me ama!... Yo he querido matar el ensueño, y él, como nuevo Lázaro, surge ahora, llenándome de terror y de alegría.

III

*(Anochece. Junto al balcón, abierto de par en par, Gabriela, iluminada por los últimos rayos del sol poniente, que dan reflejos dorados á los vidrios. Está muy pálida, con señales evidentes de insomnio. Delante de ella, en pie, Luciano, que aparenta tranquilidad, pero sin llegar á dominar su impaciencia).*

G. (*Con dulzura*).—¿Por qué no vino usted anoche?

L. (*Con cierta sorpresa*).—Ya lo dije. No llegó á mi poder la carta en hora oportuna.

G.—¿Y los días anteriores?...

L. (*Desentendiéndose de la pregunta*).—Si yo hubiera sospechado nada más que estaba usted enferma, que no salía usted á ninguna parte... Creí, por el contrario, que la vuelta de su marido de usted la obligaría á reanudar la vida ordinaria.

G.—Sin duda, así debió de ser. Pero mi marido ha vuelto á marcharse. Parece que la sierra tiene en estos días paisajes de otoño que le enamoran... Además, estoy enferma.

L.—¿Me permitirá usted que insista en preguntar la causa?

G.—¿Por qué no decirlo, amigo mío? Tan sincera como usted debo ser yo. Así cumple á nuestra amistad. ¿No soy tal vez de carne y hueso como las demás mujeres? ¿Creyó usted que la revelación súbita de un amor, del cual ha podido usted hablarme libremente bajo el disfraz de una intriga novelesca, no había de impresionarme nada? ¿Acaso puede ser tan rígida la virtud que no dé entrada á la conmiseración? ¡Y usted la ha merecido

como nadie! ¿Qué hubiera sido de usted— de los dos debo decir, pues á mi también me tocaba sufrir mucho—si la pasión hubiese vencido á los buenos propósitos? No puedo menos de horrorizarme, porque le conozco á usted y tengo bien explorado ese fondo de pasión, de arrebató, de desesperación romántica, que no han podido curar, ni la reflexión de los años, ni la medicina de las lecturas. Afortunadamente, venció lo que más convenia que venciese; pero ¿y lo ya sufrido? ¿Es que no deja huella en el alma?... La confesión de la otra noche no estaba tampoco exenta de peligros. Permitame usted que le riña; será la última vez. Al quitar todo elemento de misterio y de duda en nuestras relaciones, quiso usted matar toda posibilidad de ilusión; pero, ¿no era de temer que muriese con ella la amistad misma? Sin quererlo, pudo usted haber echado un mar de hielo entre ambos. La revelación de cosas tales deja tan penosa impresión en el ánimo, que las más de las veces, créame, antes enfría y embaraza que da serenidad. Al fin y al cabo (*sonriendo*), fué una declaración (pretérita si usted quiere) lo que usted hizo, y sabido es que, en cualquier forma, basta una declaración

para cambiar totalmente el carácter de las relaciones entre dos personas que antes se hayan tratado en pura amistad. Yo no sé qué vergüenza ó pudor les sobrecege. Diríase que es el remordimiento de una falta, como opinan esos filósofos pesimistas que usted lee. Por lo que toca á usted mismo, temi seriamente que el efecto producido fuese el de un encogimiento rápido en su amistad. La suspensión de las visitas, ¿no me autorizaba á creerlo así?

L. (*Ha seguido con gran interés las explicaciones de G., desconcertado un poco con el tono vario y las contradicciones reales que en ellas se manifiestan*).—Veo que soy yo siempre quien obra mal.

G.—No ponga usted ironía alguna en sus palabras. Y para no enzarzarnos en discusión que Dios sabe á dónde nos llevaría, volvamos á nuestro tono de siempre y permitame usted que averigüe la temperatura actual de nuestras relaciones. Siéntese usted ahí, á mi lado. El sol va á ocultarse. Es la hora de las melancolias y de las confesiones, del *Angelus* y del reposo en el círculo de la familia. Vuelva usted á ser mi amigo de siempre por un momento, y hableme de lo que más debe ahora sonar en su alma; lo que le diría usted á su madre,

si la tuviese al lado y apoyase en su hombro esa cabeza de soñador...

L. (*Mirándola muy fijamente y aumentando por momentos en palidez*).— ¿Qué cosa es la que yo diría á mi madre, la que debo decir á usted?

G.—Las ilusiones, las esperanzas de ese amor nuevo; el idilio soñado y futuro de la casa propia y de la familia. ¿No es eso lo que ahora domina en usted? Y cuando se sienten esas cosas, ¿no arrastra el deseo de decírlas á un buen amigo que las comprenda, que quizá las ha sentido también, hace tiempo?... ¿No dice usted nada?... Tal vez no se da usted cuenta, amigo mío, del cambio trascendental que va á sufrir su vida. Mil veces me ha dicho usted lo grato que es confiar todo lo íntimo en un corazón amigo. ¡Cuán superior no le es, siempre, el de la mujer propia, á quien se hace compañera de por vida! Entonces toda amistad languidece y decae, si la verdadera intimidad ha brotado entre los esposos.

L.—¿Dice usted eso por la nuestra? No será así. No puede cambiar jamás mi amistad con usted.

G.—Será como digo. No tome usted á mal que destruya sus ilusiones. Siempre

es ingrato el papel, pero su utilidad endulza las amarguras del principio. Será... y debe ser así, Luciano. Aunque su mujer de usted y yo llegásemos á unirnos en gran amistad, ¿no sabe usted que el verdadero amor tiene sus legítimas ambiciones y aún sus celos? Hasta hoy, he podido yo ser su confidente. El día que usted se case, lo será ella.

L.—No discutamos. *Debe* serlo y no le negaré su derecho. Pero, ¿excluye la una cosa á la otra? ¿No sucede, por el contrario, que así como hay cosas que jamás se dicen á una madre, las hay que jamás se dirían á la esposa, aun en la vida más pura?

G. (*Con ardor, cogiéndose á la idea que acaba de expresar L*).—Sí, las hay, efectivamente, y aún me aventuraré á decir que la mujer propia es sospechosa en el consejo. Tiene en contra suya el prejuicio del amor, que, si es vehemente, ciega; y ¿cómo un ciego podría servir de guía en la vida? Sirve el amor de consuelo, de sostén, de alegría y ánimo; pero no es tan buen Mentor como la razón deseara. Para estos casos, una amistad leal suele ser el refugio. Ella puede, con cierta imparcialidad, con apreciación serena de

los hechos, menos indulgente que la del amor, advertir los peligros y detener las vanidades.

L.—¿Y pretende usted que renuncie á ese tesoro, que ha sido mi dicha durante tres años?

G.—No pretendo nada. Sólo pienso que será usted, quizá, quien me olvide... ¡No proteste usted!... Quiero creer que no, y doy por demostrada la hipótesis de fidelidad; y confiando en ella, pregunto: ¿me dirá usted esas cosas que no pueda decir á su mujer?

L.—Sí, siempre, como hasta hoy.

G.—Recuerdo ahora en tropel las muchas amistades que he perdido en este mundo. (*Con ingenuidad, sin coquetería*). Siempre los muchachos jóvenes, como usted lo era cuando le conocí, han venido á solicitar mis consejos y á poner en mí sus confianzas. ¿Por qué? No puedo adivinarlo. Jamás se dió el caso de que les excediera yo en edad grandemente. ¿Qué sello de experiencia hay en mí? ¿Les engañó tal vez esa fama de cultura y estudio que han esparcido las gentes alrededor de mi nombre?... El hecho es que ninguna de esas amistades fué larga; todos los que venían á mí se apartaban luego, ó enamora-

dos, ó indiferentes. Quizá todos deseaban lo mismo y me encontraban, para madre, demasiado joven, para mujer, demasiado fría. Sólo usted ha sabido callarse el desengaño de la amistad y procurar vencerlo para volver á la amistad misma. Y bien, ¿sabe usted cómo la entiendo yo? ¿Cómo pido que sea de usted para mí? (*Palideciendo mucho y estremeciéndose nerviosamente*). Que yo no puedo amar á usted, es cosa clara. Aunque la ilusión ahogada por usted respirase de nuevo, yo no podría participar de ella. Tampoco la relación de madre á hijo conviene á nuestras circunstancias. Es falsa, pretende sustituir lo insustituible, y además, no está en mi carácter. Algo así intermedio entre la amante y la madre, con toda la intimidad de ésta, sin ninguno de los arrebatos locos de aquélla, es lo que yo he soñado siempre en mis amistades.

L. (*Obedeciendo á una impulsión repentina*).—¡Pero eso es lo que se ha llamado siempre amor platónico!

G.—Paso por ello. ¿Le parece á usted poco?

L.—Poco, ¡qué sé yo! Poco y mucho, según. Cuando nace sólo de la amistad, de cierto sentimiento de protección y ayuda

que estrecha á los hombres en la desgracia, me parece mucho; pero si hay en ello alguna oculta raíz de amor, de verdadero amor, lo tengo por una hipocresía mezquina. La novela de *Rafael* es una mentira sentimental, malsana, perturbadora. Cree resolver moralmente un problema y nada resuelve... Amiga mía, debiéramos todos tener la virtud de las situaciones claras. Usted lo decía la otra noche: se ama ó no se ama, lo cual se convierte á veces, en esto otro: se debe ó no se debe amar. Pues bien, no hay más que estos dos caminos: ó puede más el sentimiento del deber, ó arrastra la pasión; y no negará usted que es buen indicio de esto último el hecho de dejarla ver, si es que no se pretende jugar con ella. Entonces ya no hay, ya no puede haber término medio. Cuando Julia confiesa que ama, es para caer en brazos de su amigo ¡y allí debe quedar siempre!

G. (*Mientras habla L. crece su agitación, la palidez de su cara. Al final hace un gran esfuerzo y se domina un poco.*)— ¿Por qué ha cambiado usted tanto desde la otra noche? Esas teorías, Luciano, son de un radicalismo que se compadece poco con la pureza de las ideas de usted... Pero

sigo la discusión... Al fin y al cabo es un tema como cualquier otro... Convengo. Julia cae en brazos de su amigo. ¿Es ya feliz con esto? ¿Y el abandono futuro, y la desilusión, y el remordimiento?

L.—El abandono, la desilusión vienen sólo cuando es un capricho la causa agente, no cuando es un afecto de adentro; cuando se desea, no cuando se ama. Amar es desear, quizá, pero no es esto sólo: lo ahito siempre es el cuerpo y la parte burda, superficial, del espíritu.

(*Pausa. G. se levanta y queda en pié, casi pegada á L.*)

G. (*Mirándole de hito en hito, en los ojos.*)—¿De modo, que usted no aceptaría una amistad como la que yo tengo por buena?

L.—Según quien la ofreciese.

G.—¡Yo! (*Con decisión.*)

L.—¡Usted!... (*Vacilación. Signos evidentes de lucha interna.*) No. (*Un instante de silencio. L. sale precipitadamente de la estancia.*)

G. (*Dejándose caer en el sillón.*)—¡Oh Dios mío, todavía me ama!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

(Tren. Un departamento de primera.  
L. asomado á la ventanilla.)

Todavía percibo las luces de Madrid, el resplandor rojizo que envían á las nubes y corona á la ciudad como dosel de fuego... Con el tren que me lleva, huyo de ti, tentación inmensa de mi vida. Pero la inquietud me domina... ¿Es por lo que pierdo ó por el modo de perderlo? ¡Ay, quizá por ambas cosas! Huir el peligro es confesarse inferior á él, y en realidad, ¡cuán inferior le soy!... ¡Engaños del corazón y de la memoria! Todo parecía borrado en ellos, desvanecida hasta la última emoción del cariño soñado, ¡y bastan unas palabras, un sólo momento de debilidad y abandono, para resucitar todo el ensueño! En el fondo, soy un cobarde. La he arrastrado á la confesión para dejarla ahora con el remordimiento de haberla hecho y sin satisfacer el cariño; y yo me entrego á iguales dolores y sufrimientos... ¿Qué consigo, en realidad, con huir? No borro la falta, que cometida está desde el momento

en que llegué á desearla; ni la consumo, dejando siempre en el fondo del alma la hoguera inextinguible de un deseo no satisfecho. ¿No hubiera sido más noble, más fuerte, aceptar la situación, pues á tanto habíamos llegado, y ahogar con el cariño todas las voces extrañas á él, aceptándolo juntos con todos sus riesgos?... El recuerdo de su carta me quema en la frente. (*Coge su bolsa de viaje y la abre.*) Aquí está, testigo impasible de dos flaquezas: la de amor en ella, la de miedo en mí. (*Lee.*)

«Estos renglones quiero que sean la prueba más alta de la fe que en usted tengo. Cualquiera que sea el resultado que produzcan, estoy tranquila. Si es verdad que aún me ama usted, digo mal, que no ha dejado de amarme, acepto el hecho y me entrego á él con toda la pasión de mi alma. Yo también amo, Luciano, y lo arrostro todo antes de perder de un golpe el corazón y el pensamiento de usted, que eran míos. Hecha está la confesión, la puerta abierta. ¿Querrá usted mantener su criterio de ayer tarde, cuando censuraba á Lamartine? No sé. ¡Son ustedes los hombres tan raros! Desean lo que no pueden tener y rechazan con frecuencia lo que se les ofrece... Pero no me engaño...

Perdóneme usted. Todo aquel amor que lei en sus ojos, que brotaba en sus palabras, que estalló en su resolución atrevida, no puede ser ficción y humo vano. Palpita sin duda como cuando me lo confesaba usted en sus cartas vehementes, referido á una mujer ideal. Pues bien. Quiero gozar de ese sentimiento hermoso y grande, que no ha de ser mera calentura de los sentidos, sino completa, profunda intimación de los dos seres... Y si me engaño... —¿creerá usted que, á la pena con que me figuro esto, se mezcla el orgullo de decirlo?—si me engaño, sé que perderé al amante, pero que siempre conservaré al caballero... (*Interrumpe la lectura sollozando*). ¡Oh criatura noble, magnánima! ¡Ahora veo, con claridad que parece venir de lo alto, qué inmenso servicio mi cobardía te procura! El caballero siempre queda y es digno de tí; sufrirá oscuramente, más nunca dejará escapar la clave de tu secreto y el mío... (*Rompe lentamente la carta*). En cuanto al amante... ¡vale menos que tú y no te merece!

V

(*En casa de Gabriela. Mucha gente en el salón, formando dos grupos. En el uno, Gabriela y varios caballeros: en el otro, la prima, Fernando y dos señoras.*)

La prima.—¿Vendrá esta noche Luciano? (*Dirigiéndose á G.*)

G. (*Estremeciéndose ligeramente*).—No sé.

La p.—Sentiría que no. Fernando desea mucho verlo. Figúrate que hace diez años no se han visto. Oye, oye lo que cuenta de él.

Fernando. (*Adelantándose con cierta petulancia hasta colocarse á distancia igual de ambos grupos. Habla quitándose y poniéndose continuamente los lentes*).

—No es historia maravillosa, ni drama grave, sino tan sólo antiguos rasgos nerviosos de mi amigo... Tiene Luciano un fondo de bondad inmensa, un corazón apto para sentir todos los dolores del prójimo, todo el espíritu de fraternidad del Nuevo Testamento. (*Se detiene un momento para ver el efecto de sus frases.*)

Nadie simpatiza como él con la desgracia... Pero le dominan de tal manera los nervios, que no puede verla. Con los mejores deseos del mundo, nunca ha podido cuidar á un enfermo, curar á un herido, visitar á un pobre en su miseria. Dará para ellos hasta el último céntimo de su bolsillo, hasta la última lamentación de su alma sensible; pero no pidan ustedes más. Con esto se acaba su valor; y un hombre fuerte por sus sentimientos, queda convertido en pusilámene merced á estas repugnancias. Cada cual tiene su valor y su cobardía; y él, capaz de jugarse la existencia con gran serenidad ante otro hombre, tiene miedo de morir de un aneurisma por emoción.

G. — Eso parece una denuncia de cobardía en toda regla.

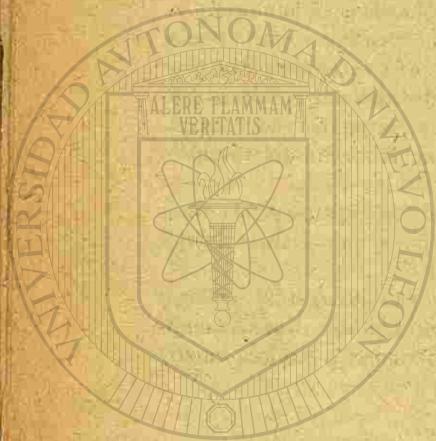
F. (*Inclinándose*).—Nada menos que eso, mi respetable amiga. La cobardía que el mundo censura, y que yo me guardaría bien de descubrir si la hubiese, es lo que podría llamar la cobardía física, externa... en fin, ya me entienden ustedes. La de Luciano—si á eso quiere usted llamar cobardía; yo le llamo desarreglo nervioso, enfermiza sensibilidad—es de otro carácter. ¡Cuántas veces ha faltado

Luciano á la amistad con personas que no entienden de estos perfiles, por no darles un pésame ó ayudarles á cuidar un enfermo! Por ello, sin embargo, yo no me atrevería á llamar cobarde á un hombre...

El marqués. (*Entra precipitadamente, sin cuidarse de que interrumpe al orador*).—¡Noticia estupenda, señores! Luciano acaba de marcharse de Madrid. ¡Nada! Visto y no visto. Sin decir adiós á nadie.

F. (*Con aire de triunfo*).—¿Qué apuesta usted, Gabriela, á que se trata de una nueva sensiblería?

G. (*Perdiendo súbitamente el color y con ira reconcentrada*).—Nada, amigo mío... Pero yo, llamaría á eso una cobardía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

---

## Desengaños

---

Muchos años antes, cuando el monte aquel no era coto de caza sino criadero de esparto para el aprovechamiento común, había sido uno de los ideales más acariciados é inasequibles de Emilio Ferreras. Por desgracia, se le quedó en ideal siempre. Las órdenes prohibitivas eran terminantes, y Emilio no se atrevió jamás á contravenirlas escapándose cualquier mañana para cazar nidos, como solían hacer los chicos del pueblo. Las zozobras y temores de su madre, tenían á Ferreras encerrado en las tapias del jardín; y el mozo hubo de contentarse, allá en las temporadas de verano, con la muda contemplación á distancia del monte, tan misterioso y vario de forma según la manera y el lado por donde lo alumbraba el sol.

Después olvidáronsele aquellos amores de la Naturaleza, que trocó por otros amores ciudadanos de muy diferente indole; y ¡adiós veraneo, adiós contemplaciones y arrobamientos rústicos!

¡Quién le había de decir á Ferreras que volvería al campo en busca de paz, de tranquilidad, de conversación íntima consigo mismo, de la que estaba bien necesitado para poner orden en las alborotadas ideas, y que el monte de sus ensueños de niño le iba á entregar ahora, de una vez, todos sus secretos, sin que él los apreciase ni supiera saborearlos!

Ni por un momento pensó en perseguir á los conejos y las perdices. Contentábase con asustarlos, gozándose al verlos correr ó volar, en rápidos movimientos que mostraban el único cuidado del instinto de conservación. Lo que á Emilio le gustaba del monte, sobre todo, era la soledad, el silencio, lo accidentado del paisaje, los grandes pliegues llenos de sombra, las fuentecillas y los barrancos encharcados, el aire sutil que sonaba entre el ramaje de algarrobos y almendros. Parecíale todo aquello como preparado para él, para ayudar á la elaboración penosa y constante de su pensamiento, en el reposo solemne

que semejaba un alto en la vida de la Naturaleza. Acostumbrado al ruido de las grandes ciudades, aquella calma dejábale sordo; se le antojaba cosa extraordinaria y anómala, como un cataclismo venido de golpe, que sellara la boca de las cosas y parase las ondas del sonido en el aire.

Y con todo esto, volvía á sus meditaciones, á su lirismo, que siempre paraba en la preocupación dominante. Se distraía con cualquier idea, pensando en mil cosas diferentes, leyendo á veces en algún libro que llevaba; y de pronto, ¡zas! una punzada en el corazón, y surgía el recuerdo, el maldito recuerdo que era como el remordimiento de una de esas faltas de que el tiempo no redime, y que están siempre presentes, amargando con su gotita de acibar los gustos más intensos.

Impaciente como buen nervioso, Emilio, llegado el cuarto día sin que se produjese el alivio buscado, pensó en renunciar á él; y para llegar á una resolución —cosa que solía costarle mucho, de ordinario,—se sentó en un cerro, bajo un algarrobo florido y cerca de una fuentecilla, bebedero común de pájaros, tórtolas y palomos silvestres. Allí, abarcando extenso paisaje que aún alumbraba fuer-

temente el sol, próximo al ocaso, dejó Emilio errante la mirada para mejor pensar, sin distraerse en cosas externas. No le fué propicia la suerte. A los pocos minutos creyó divisar, algo lejos, la figura de un hombre que venía en dirección al cerro, y sin motivo alguno pensó que aquel hombre iba á encontrarlo, á charlar con él, á distraerlo...

—De fijo es un cazador, que se gozará en hallar un compañero á quien referir embustes. En cuanto me vea, caerá sobre mí sin duda.

Cerró los ojos como quien ve llegar un peligro inevitable; y en la suprema dejadez de su alma, no se le ocurrió huir, esconderse, hacer algo para esquivar el golpe.

El cazador había desaparecido tras un recodo, y á poco se mostró nuevamente, escalando el cerro pero desviándose de la fuentecilla. Oíase ya el ruido de las piedras que removía al andar y que rodaban pendiente abajo, y al fin apareció en la cumbre, jadeante y gozoso de que hubiese terminado la subida.

Quedó Emilio absorto mirándolo, y se levantó bruscamente.

—¡Pepe!—exclamó.

Miró también el recién llegado, y al punto gritó con evidentes muestras de alegría:

—¡Demonio! ¡Si es Ferreras! ¿Cómo tú por aquí?

Abrazáronse.

—¡Vaya un encuentro!—dijo Emilio.—¿Cómo había yo de sospechar que andabas por estos sitios? Cuando te he visto venir, no sabes lo que he renegado de ti, sin saber quién eras. Quería estar solo...

—¿Y tú?—preguntó Pepe.—¿Qué te trae por estos montes?

—¿Pues no sabes que ahí cerca tengo una casa de campo? Me concedieron permiso para cazar en el coto, y vengo en busca, no de conejos, sino de olvido.

—Penas, ¿eh?—interrumpió Pepe.

—Sí.

—¿De amor?

—Casi, casi.

—¡Choca! Somos hermanos. Dos años hace que arrastro yo una. Toda mi larga ausencia de Madrid, tan inexplicable para los amigos, tiene ese origen. Vosotros creíais que andaba yo divirtiéndome por Europa, y lo que hacía era huir.

—Mi mal es más reciente, pero mayor, de fijo, que el tuyo.

—¡Eso sí que no!—exclamó Pepe recostándose en el suelo, después de dejar la escopeta apoyada en el tronco de un árbol. —Mi desengaño ha sido tremendo, de esos que dejan huella eterna en el espíritu y lo torturan para siempre.

—¿Has sido engañado?

—¿Engañado? No; no es esa la palabra. Fui yo más bien quien hube de engañarme, de crear fantasmas é ilusiones sin base de realidad. Y como no eran reales, se desvanecieron al menor soplo. ¡Pero han sido tiempos de prueba, de lucha, de desesperación!... He querido á esa mujer—¡y la quiero, Emilio! ¿por qué no confesarlo?— más que á nada en mi vida. Figúrate que es mi existencia entera, toda la historia de mi juventud con sus ensueños y sus arrebatos, toda la intimidad de mi espíritu en lo que tiene de más personal y secreto, en lo que nunca sale afuera para caer bajo las miradas del público indiferente ó burlón... Año tras año fui poniendo en ella todas las energías afectivas de mi alma, procurando atraerla á mí, comunicarle el fuego que me devoraba, ligar su vida con la mía de manera indestructible, para que yo le fuese eternamente necesario y sintiera como yo el dulce y

santo deseo del hogar común, centro de la existencia íntima sustraído á las tribulaciones del roce social. ¡Y todos mis esfuerzos han sido perdidos! Mientras fué una niña, sin personalidad propia, sin conciencia de su intimidad y del mundo, mi voz pudo fascinarla y levantar en ella la ilusión de ser para mí lo que yo quería y necesitaba. Lo creyó ella misma, como en un sueño creemos firmemente que somos reyes, sabios, mendigos, esclavos ó ángeles. Mas apenas creció su espíritu y pudo desasirse de la tutela del mío y volar por sí propio, fué alejándose, divorciándose de mí, buscando en otra parte el alma gemela con la suya, que por algún tiempo creí tan mía... ¡Y el desengaño ha sido ese! haber sido inútiles todos mis esfuerzos, haber derrochado todo mi cariño, lo mejor de mi vida, en un trabajo sin éxito, sin recompensa, y cuya anulación me deja desfallecido para rehacer lo hecho, para buscar nuevamente, con nueva dedicación de mi alma, un amor y una intimidad como los que, paso á paso, poniendo en ellos lo mejor de mis fuerzas, creí haberme creado. Es como si, confiada toda mi fortuna á un banquero, éste huyese de pronto, dejándome en la miseria y sin áni-

mos para volver á trabajar, aun sabiendo que la inacción es la muerte. ¿Pero no lo es también, acaso, y quizá más, la ineficacia de la acción?

Reinó un momento de silencio, en que los dos amigos parecieron sumirse en la suave calma de la Naturaleza. Próxima á ellos cantó una tórtola, y su arrullo tristón esparcióse límpidamente por el aire, como un lamento con que el monte respondiese á la melancolía de los hombres.

— Mi pena—dijo al cabo Emilio—es enteramente contraria á la que te tortura; pero es más grande, más desconsoladora y amarga. Tu desengaño es vulgar; apenas hay hombre que no lo haya sentido más ó menos. Es tan normal, tan frecuente, que ya el mundo lo descuenta y lo pone en la categoría de los romanticismos, si el que lo sufre se atreve á quejarse como tú te quejas... No—añadió notando que Pepe iba á interrumpirle,—no es que yo piense así en absoluto, ni que desconozca el valor de ese desencanto, cuando se produce en un espíritu tan recogido como el tuyo, que da á la vida interior todo el alcance y la transcendencia que debe tener. Quiero decirte tan sólo, que buscar un hombre el amor de una mujer y hallar el desvío, es

cosa de cada momento, precisamente por ser el hombre quien busca, quien tantea y ensaya sobre la disimulada reserva de la mujer, y á ciegas, por tanto, las más de las veces. Nosotros somos como el científico que busca la verdad: sabemos que la hay, que existe. ¿Dónde? Aparentemente, en todas partes... quizá en ninguna de las que tenemos presentes. Y llamamos, un poco á la ventura, en la puerta más próxima, con todo el ardor de nuestra alma, con el deseo turbado y la emoción temblorosa del que espera una respuesta transcendental. «No es aquí, pasa de largo», nos contestan á menudo. Y todavía, cuando dicen: «Aquí es, entra», nos preguntamos con zozobra: «¿Se habrán engañado tomándome por otro, por el que verdaderamente debe entrar aquí?» Sólo al fin de una vida de serena intimidad, de mutuo, inalterado acuerdo, cabe decir: «Entré verdaderamente en mi casa.» Y es tan vivo en todos nosotros el anhelo de hallarla, que con frecuencia nos contentamos con una sombra, sólo porque dibuja la mancha de la insegura realidad, y al primer cariño que se nos muestra nos acogemos como á puerto definitivo, temerosos de no volver á encontrar algo que lo sus-

tituya... Pues bien; yo he buscado, como tú, como todos; me he equivocado también; he creído ser amado, y he comprendido el error... Sólo una vez he sentido que me rozaba el alma un amor verdadero, un amor inmenso, un amor como el que todos deseamos, y, sin embargo, he permanecido impasible. Impasible, no, digo mal, porque me he dado cuenta de mi desgracia y he sufrido.

Calló Emilio un momento, y nuevamente se dejó oír, más próximo, más fuerte, el canto de la tórtola, que parecía gloriosar la voz del hombre.

—Tú que has buscado un cariño y no lo has podido encontrar—siguió Emilio,—no puedes figurarte lo que es tenerlo al lado, á disposición tuya, y no participar de él. Comenzó mi historia como siempre. Una mujer simpática, agradable, viva... Un secreto, una puerta cerrada... Llamé á ella como á tantas otras. ¿Quién sabe?, dije. Y avancé prevenido, con temor de interesarme demasiado; y esa reserva me perdió, porque quizá en el cariño hay que ir con el alma abierta, derrochando mucho para encontrar algo, como la Naturaleza derrocha tanta semilla para que se logre de cada mil una. A medida que fui

avanzando en el alma de aquella mujer, el fondo inmenso de ternura que atesora se iba mostrando á mis ojos, dibujándose y acentuándose al impulso de mis palabras. Halagado por ello, seguí avanzando, queriendo descubrir más aún, confundiendo mi amor propio y mi curiosidad de espíritu con la participación del mismo sentimiento que á mi paso iba desarrollándose. Y cuando ya se mostró á mis ojos en toda la pujanza de su vida intensa, y sentí, con delicia de experimentador, el inefable estremecimiento que causa la proximidad de todo lo grande, noté con terror que me hallaba muy lejos de sentir como por mí sentían, de responder al cariño que yo mismo había despertado... ¿Comprendes ahora mi angustia? Buscar por tanto tiempo en la vida un amor inmenso que me satisficiera; haber empezado á dudar que lo hubiera como lo soñaba, y cuando, de pronto, se ofrecía á mi con la mayor grandiosidad imaginable, ¡sentir que no movía mi espíritu, que iba á ser labor infecunda en mi vida! Con fervor inmenso trabajé conmigo mismo para salir de aquella atonía maldita que me impedía gozar de lo mismo que deseaba. Oyendo las palabras de amor de aquella mujer y

repetiéndomelas á cada instante, quise levantar eco de ellas en mi alma; puse mi voluntad entera en asir la felicidad que se me ofrecía, quizá por única vez, pero, á medida que yo más me esforzaba *queriendo* sentir, el sentimiento verdadero, por esencia espontáneo y alado, negábase más y se me escapaba cruelmente. Y como el amor de uno solo no basta para la felicidad, por mucho que halague el amor propio, renuncié á ella, y hui como tú, por no saber aprovecharla.

—En resumen—exclamó Pepe al llegar aquí su amigo,—somos dos desgraciados tú y yo. ¿Qué más dá la causa?

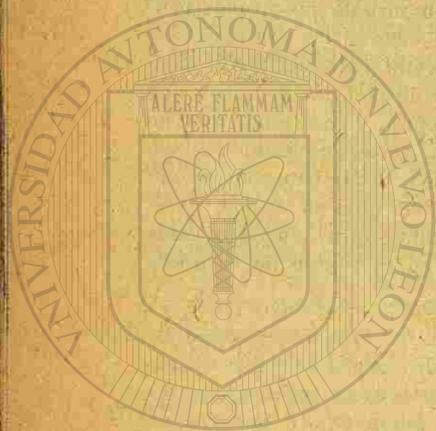
—¿No ha de dar?—observó Emilio levantándose como para dar fin á la conversación.—Tú y yo hemos comprobado una cosa: que muchas veces el amor no engendra el amor, y que quizá nunca se encuentran los que habían de amarse verdaderamente; lo cual ya es tristeza bastante para los que nos damos cuenta de las cosas... Pero tú eres más feliz que yo, puesto que la felicidad suprema, que no entenderán jamás los egoístas, consiste, créeme, en amar, no en ser amado. El que ama siente. El que no, ¿qué más le dá que otro sienta por él? Y esta suprema im-

potencia de comunicación que á veces tiene el espíritu, es el más triste desengaño de la vida terrena.

Sin hablar más, oyendo cada uno la voz íntima y oscura de sus propios pensamientos, comenzaron los dos amigos á bajar hacia el valle. Estremeciase el monte con el soplo de la brisa nocturna que comenzaba á soplar, y en el fondo diáfano de la atmósfera, que el crepúsculo llenaba de luz suavísima, dibujábanse los vuelos rápidos de las aves que, en silencio unas, con alegres chillidos otras, volvían al nido para sumirse en el reposo de la noche cercana.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CENTRO DE BIBLIOTECAS



## Cartas de hombres

---

### INTIMIDAD

*(De Juan Plebeyo á Julia de Uceda.)*

.....

«Lo que más me apena de toda tu carta es que declares no entender la mía, es decir, no explicarte mi estado de ánimo, mis tristezas, mi desilusión. Sí, ya está dicho, mi desilusión.

»Cuando yo era niño, tenía en mi pueblo muchos camaradas, condiscipulos de escuela. A no pocos me unia ese lazo estrechísimo que producen la edad casi uniforme, la comunidad de ideas, de anhelos, de ilusiones del mundo, el revuelo de fantasías sentido á la vez por todos, comunicado con misterio en interminables

confianzas en que el íntimo bullir del alma de cada uno se aviva al contacto de la fiebre de los demás. Luego marché lejos; estuve ausente varios años. Unos me escribían de tarde en tarde, otros no. Yo seguía figurándome los como antes, los creía ver siguiendo la misma curva que mi espíritu seguía, cambiando unas ilusiones por otras, la niñez por la juventud, pero siempre abierto el espíritu al ideal y el corazón al calor de las intimidades amistosas. Al cabo volví allá, vi á muchos de ellos, fui á buscarlos con emoción honda, como quien evoca recuerdos queridos, deseando renovar aquel afecto hondo, esencial, de otros tiempos, aquella comunidad de espíritu que nos hacía vernos unos á otros como inseparables compañeros de viaje en el mundo, marchando unidos por una misma preocupación á la conquista de las ilusiones. ¡Qué desencanto!... Muchos me querían, demostraron quererme de veras, se alegraron de volverme á ver; pero ¡de qué manera tan superficial, con qué falta de calor! Había un abismo entre aquello y lo de antes. Para ellos, la vida, lo principal, era ya otra cosa: los negocios, la política, el mundo... Nuestra amistad, un detalle, un

momento episódico en que se piensa de vez en cuando, en los ratos de ocio, de respiro que dejan los demás cuidados... No me entendían cuando les hablaba de nuestra vida propia, de lo que era especial nuestro en aquellos días fogosos de la adolescencia. La vida *interior* se les había escapado, la habían dejado apagar, ó llevaba sobre sí tanta ceniza de pequeñas exterioridades, que no calentaba ni aun removiendo la cubierta. Pronto me convencí del cambio. Ellos eran *otros*: hablabamos idiomas distintos. ¡Y sin embargo, muchos de ellos se hubieran atropellado por hacerme un favor de esos que hacen todos los hombres buenos!

»La misma desilusión, vida mía, tengo contigo, y ¡con cuánta pena la confieso, con qué pesar me la revelo á mí mismo! Me parece imposible que no veas esta diferencia que yo hallo entre mi Julia de hace unos meses y mi Julia de hoy, y que pienses en disminuciones del cariño, en cansancios de mi culto á tí. Por el contrario, te adoro como el primer día, digo mal, mucho más, porque el amor verdadero y firme se acendra con el tiempo, con el roce, con la penetración de las almas..., y también con las penas.

»Entonces, oigo que me preguntas, ¿qué te pasa?, ¿cuál es el motivo de tu desasosiego?, ¿qué fundamento tienen las cavilaciones que te atormentan? ¿Cómo dices que soy ahora menos *tuya*, cuando me ves cada día más tierna, más apasionada de ti? ¿No te dicen nada mis cartas?

»Sí, sí; me dicen, de prisa, de prisa (en los pocos momentos que tu vida agitada te permite dedicarme), que no me olvides, que me quieres, que tu afecto *personal* sigue viviendo, á pesar de todo. Pero ya no es para tí, no puede serlo, lo más grande, lo más *presente* á tu atención, á tu pensamiento. Acuérdate cómo eras cuando te conocí y cómo te hice yo, yo, por la fuerza de mi cariño. Todo tu tiempo, todos tus cuidados, eran para el mundo; vivías para los demás, en la calle, en las reuniones, en los teatros, atropellando las horas, disipando tu tiempo, saliendo siempre afanosa de casa para ir á cien partes donde los tuyos, *tu mundo*, se divertía consumiendo la vida en pequeñeces, en futilidades; y volvías ya tarde, rodeada de tu familia tan fatigada como tú, para dormir un sueño profundo, letárgico, y comenzar de nuevo al otro día la fiebre de vuestra existencia. Ni un mo-

mento de descanso, de recogimiento para pensar en tí propia, para vivir con tu espíritu—que es lo más alto y hermoso que tienes,—para sentir la delicia inmensa de la intimidad, de la *hermandad de alma* con alguien, de ese perfume delicadísimo de la conciencia que sólo se exhala en el retiro, en el alejamiento de lo externo, que se disipa al contacto del mundo de los *ajenos* (que son los más), y que es indispensable como contrapeso de lo que las pequeñeces de afuera nos comen de tiempo y de atención, así como para *encontrar*, de vez en cuando, lo más hondo, lo más elevado de nosotros mismos.

»Comprendí en seguida que el afán con que te entregabas á tan inútil derroche de vida, era un engaño para tí propia. Tu espíritu inquieto, deseoso de algún motivo grande que lo alimentara, no habiéndolo encontrado en la sociedad aristocrática en que naciste, te arrastraba, de desengaño en desengaño, pero también de ilusión en ilusión, á través de aquel malsano torbellino de cosas que no te satisfacían y que te iba consumiendo, secándote el corazón, desequilibrándolo, haciéndote creer á tí propia que eras menos buena de lo que en verdad lo eres.

»Me bastó llamarte á tu propia intimidad, poner delante de tus ojos el verdadero retrato de tu espíritu, para que rápidamente comprendieras el enorme engaño en que vivías. Revelóse á ti misma la verdadera esencia de tu carácter, y viste con horror el vacío de tu existencia llamada á más nobles ocupaciones. La dulzura exquisita y calmante del sentimiento del orden, de la regularidad, que no pueden comprender muchos de los hombres de hoy—de los que están, como ahora se dice, «desequilibrados» y padecen el apetito de lo extravagante, de lo anormal, de lo prohibido,—brotó en lo profundo de tu conciencia como raudal riquísimo de frescas aguas. Empezaste á vivir para ti misma; y en ese retorno á tu intimidad, te hallaste conmigo, que así te amaba, que así te traía á mí, verdadera, sólidamente. Y tú me devolviste con creces aquella delicia de poseer un rinconcito de vida propia que yo te había enseñado; un rinconcito secreto, cerrado á los demás, á los importunos, á los curiosos, con muros más altos y más continuos que los de las casas árabes, donde se puede amar de veras, con sinceridades que se asustan de las miradas del mundo, pero que son la flor más

delicada del amor. Entonces creí que tú serías mi compañera en la vida, la diosa de mi futuro hogar, el centro de lo más personal que en este mundo podemos obtener, á condición de no abrirlo á los cuatro vientos para que en él curiosease la indiscreción humana.

»Y ahora, ya no eres *esa*; ya te siento otra vez cogida por el engranaje del mundo, sin mirar adentro de ti misma, viviendo para los otros, para los mismos que, en substancia, nada te importan. ¿Qué más da que me quieras, si me quieres con prisas, pensando en otras cosas, dándome la superficialidad de tu espíritu porque no tienes sosiego para dejar que surja en ti la voz de la intimidad real del afecto, si no puedes, al cabo, sentir hondamente, con profunda remoción de todo tu ser? Para llegar á una comunión perfecta de alma, se necesita tiempo, reposo, olvido completo de lo extraño. Hay que limpiar la inteligencia y el corazón de todo otro cuidado, para dejar sitio al que importa, y esperar á que se apodere de nosotros y nos domine. El verdadero amor—que está en eso—es como la inspiración de los poetas, el verbo nuevo de los grandes hombres: nunca brotó ninguna idea

original en los turbados por otros afanes; para hallar la intensidad de la emoción, ha de recogerse el espíritu, contemplarse á sí propio, sin intermediarios ajenos. Las grandes ideas, los sentimientos dominadores, gozan, como los cuerpos materiales, de la condición de la impenetrabilidad. Si encuentran el sitio ocupado, retroceden; y su momentánea aparición, relámpago lejano de fuego que no abrasa, sólo da la ilusión de que están allí presentes.

»No puede satisfacerme que me quieras así. Tu alma distraída nada me dice. Quiero tu intimidad, quiero ser en tu vida interna algo esencial, lo que era antes. No me conformo á ser *una cosa más* en el torbellino de las muchas externas que llenan tu tiempo, sin penetrar en tu espíritu, verdad es, rozándolo apenas, pero impidiéndole que se entregue abiertamente á dar fruto propio, á espaciar la riqueza de su emoción íntima.

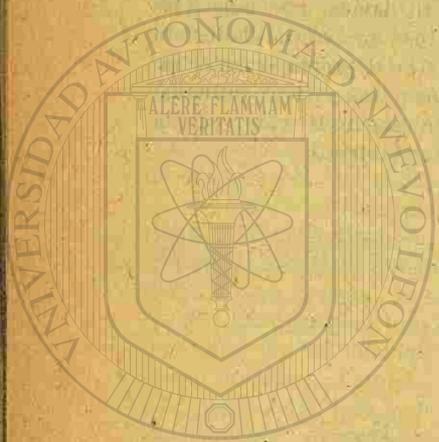
»Querer de otro modo, es puro engaño. Cuando no ocupa el lugar escogido en nuestra alma, el amor es una sensación más; y de esas está lleno el mundo. Lo verdaderamente humano es más alto, y quien no pueda llegar á ello no sabrá nunca lo que es amor. ¿Por qué te empeñas en ser

menos de lo que puedes ser en la vida? ¿Por qué rehuyes uno de los más grandes y más nobles placeres que pueden estremer el alma humana?

»Vuelve en tí, amada mía; deja á los otros que se disipen en exterioridades sin finalidad. Entra en tí propia, y en el sagrado de tus más puras y vivas intimidades hallarás de nuevo la vida real, la única que merece vivirse.»

.....





---

## Mañanita de invierno

(DEL DIARIO DE UNA RECIÉN-CASADA)

Entre sueños, noté que Félix se levantaba. Oí ruido de agua en el lavabo, el choque de los cepillos contra la loza, la especie de hervor que hace el jabón cuando se espuma mucho. Lentamente fui despertando *por dentro*, sin abrir los ojos. Tan pronto me parecía que era muy tarde, las diez ó las once de la mañana, por lo menos, como que era muy temprano, de madrugada ó plena noche; y entonces me decía: «¿Qué tendrá que hacer á estas horas Félix?»

Sin saber lo que hacía, aparté el embozo de la cama; pero sentí una impresión tan grande de frío, que hube de recogerlo en seguida: — «¡Decididamente es muy temprano; debe caer una helada por ahí

fuera!»—Me arropé muy bien; pero volví á pensar en Félix:—«¡Se va á resfriar, de seguro!»

En aquel momento, tosió ligeramente, como quien evita meter ruido.—«¡Ya está, ya! Resfriado seguro... ¿A qué no pidió agua caliente para lavarse?»

Pero como esto lo dije para mis adentros, sin hablar, Félix no se enteró, claro es. Seguía traginando por la alcoba, acabando de vestirse, sin duda. Luego salió, de puntillas; y apenas hubo salido, cuando me desperté del todo, bruscamente, al empuje doloroso de una idea que hasta entonces había olvidado por completo.

—¡Félix, Félix!... ¿Te vas?

Volvió sobre sus pasos y se acercó á la cama. Yo tenía abiertos ya los ojos, pero no lo veía bien, á la escasa luz que reflejaba en el espejo del lavabo una bujía encendida en el gabinete.

—¿Pues no lo sabes?—dijo él inclinándose y besándome en la frente.—No he querido despertarte. Es muy temprano y hace mucho frío. Está amaneciendo.

Debo confesar que soy muy friolera. En invierno no sé vivir más que al lado de la estufa, ó al sol, andando mucho, en los días despejados. El mayor sacrificio

que de soltera hacía, era levantarme temprano para ir con mamá á la iglesia, en las mañanitas de Diciembre y Enero, con aquel airecito picante y sutil del Guadarrama, que abre las carnes; pero mamá es así, madrugadora, y no había más sino seguirla. Cuando alguna vez refunfuñaba yo más de la cuenta, ella me contestaba: «El día que te cases, harás lo que mejor te parezca. Ahora soy yo quien da el tono.» Excuso decir si tendría yo ganas de casarme; aunque, á la verdad, no era sólo por esto.

Pues bien: así que me hube dado cuenta exacta de que Félix se iba, y recordé que era para un viaje largo, á Toledo (cosa de intereses, ineludible), se me pasaron de golpe toda la pereza y todo el miedo al frío. De un salto estuve fuera de la cama, como una valiente.

—¡Pero, muchacha!—dijo él, admirado.

—¿A qué te levantas?... No hace falta. Tengo arreglada la maleta. Sólo me queda tomar el café, y andando!

—¡Por supuesto!—contesté yo mientras me vestía en cuatro puñados.—Es la primera vez que te apartas de mí... Quiero que estemos juntos hasta el último momento.

Se echó á reir, tomándolo á broma; pero conocí que le satisfacía aquel rasgo de cariño, ¡vaya si le satisfacía! La verdad es que era para agradecérmelo mucho. En mi vida me he sentido más ágil, más entonada de cuerpo, menos sensible á la temperatura exterior. Lo que me preocupaba era él, su viaje, aquella separación de unos días... Me puse una bata de piqué, de mucho abrigo, y, después de ceñírmela á la cintura, me cogí del brazo de Félix.

—Vamos á tomar café,— dije.

Me miró con unos ojos de agradecimiento tan grande, tan profundo, con un cariño tan dulce, tan inmenso, que enrojeí toda de placer. Apretando mi cuerpo contra el suyo, fuimos al comedor.

Allí ya era otra cosa. Como el balcón da al jardín, veíase un gran trozo de cielo pálido, que no se sabía bien si estaba despejado ó cubierto de niebla. Ramona, mi doncella, había encendido la estufa; y la llama del cock daba luces extrañas, más intensas que las del crepúsculo, pero menos difusas.

Sentados el uno frente al otro, nos desayunamos mi marido y yo, febrilmente, sin saber lo que hacíamos. Por bajo de la mesa habíame cogido él una mano, y me

la apretaba fuertemente. Yo le miraba, le miraba sin cansarme, como si no lo hubiera de volver á ver.

El reloj de la antesala dió una hora, no sé cuál.

—Tengo el tiempo justo,—dijo Félix, levantándose apresurado.—Adiós, hija mía, hasta la vuelta.

Le acompañé, siempre cogida de su brazo; pero cuando llegamos á la puerta, me rechazó dulcemente.

—No, no salgas. El jardín está muy frío y húmedo.

Yo moví la cabeza negando, estrechándome más contra él. Salimos. La tierra estaba cubierta de escarcha; los árboles negros, sin una hoja; y más allá de la verja, por entre los hierros, distinguíase el horizonte violáceo de la sierra, en que brillaba la nieve con la luz de no sé qué sol, invisible para nosotros. La impresión de frío me hizo estremecer.

—¿Ves, chiquilla?—exclamó Félix.—Tú no tienes costumbre de levantarte tan temprano; vas á ponerte mala...

—¡Pero si no siento frío!—contesté. Y en seguida añadí muy bajo:—«Vuelve pronto.»

En la cancela, nos despedimos. Estaba

allí presente el jardinero Miguel, que llevaba la maleta de Félix; pero yo, que soy tan vergonzosa, no tuve entonces reparo alguno. Abracé á mi marido, que me apretó contra su pecho largamente; y en aquel instante no hubo para mí invierno, ni escarcha, sino primavera dulce, calor suavísimo y deleitable. ¡Allí hubiera querido estar siempre!

.....  
Volví sola al hotel; y cuando desde lo alto de la terraza, con la mano en el pomo de la puerta, volví atrás la cara, contemplé el jardín desierto y vi cómo, del otro lado, por la Castellana, corría el coche en que se iba mi Félix..., ¡entonces sí que sentí el frío de aquella mañanita de invierno!



## En la mina

.....  
Llegaron al tren de carbón, que estaba formado más allá de los muelles. Parecía un juguete, con su maquinita de ancha chimenea, sus vagonetas portadoras de hulla, y á la cola un vagoncito que semejaba un baúl grande agujereado. Subieron, y el tren comenzó á deslizarse rápidamente sobre los rieles tendidos á lo largo de la carretera despejada y limpia, á cuyos bordes empezaba la vega de verdes prados y huertas frondosas, regada por un río de corriente fortísima, que llenaba el aire con el rumor de sus aguas bullidoras. En quince minutos salvaron la distancia que les separaba del plano inclinado.

—¿Vamos á subir por ahí?, preguntó

Nieves mirando asustada la atrevidísima pendiente, por donde corrían entonces dos vagonetas en sentido contrario.

—Por ahí no, contestó el capataz. Subiremos á pié por un camino que está al lado.

Y cogiendo la maleta de Nieves, echó á andar.

El segundo tren no era tan cómodo como el primero. Llevaba á la cola una vagoneta de las que llaman «mesillas», abierta por los lados, sin toldo y provista de bancos de madera.

—Cójanse bien, porque las curvas son rápidas, observó el capataz.

Y en efecto. El tren culebreaba constantemente, subiendo por las laderas de los montes cubiertos de castaños sin hoja y rezumando humedad por todas partes. Cuando se metía por una cañada, la impresión de humedad hacíase tan viva, que Nieves se apretaba instintivamente contra su marido. Como marchaban por la vertiente Norte, no les daba el sol. Parecían envueltos en un crepúsculo; pero al otro lado del valle, sobre las laderas de enfrente, la luz dorada era más alegre y más viva.

Cuando llegaron á lo alto, junto á la criba del carbón, paró la máquiua. El suelo estaba negro, lleno de montones de hulla menuda y de pizarra y caliza lavadas, relucientes. Nieves saltó sin escrúpulo, como quien no teme mancharse. Llevaba una falda negra corta, una torera de paño azul, con faja de seda del mismo color, y una boina oscura, graciosamente inclinada á un lado.

—¿Entraremos en la mina?, preguntó.

—Como la señora quiera, dijo el capataz. Pero habiendo de estar bastante tiempo dentro, quizá sería mejor que los señores almorzasen. Es más de la una.

—Opino por el almuerzo, observó Guillermo, á quien el airecillo de la mañana había abierto el apetito grandemente y que no gustaba de trastornar las horas de comida.

Almorzaron al aire libre, al pié de un castaño, en un espacio exento de carbón, bastante seco y calentado por un rayo de sol que allí caía; y cuando terminaron, el capataz se les acercó nuevamente.

—Cuando los señores quieran entraremos en la mina, dijo. Pero antes convendrá que se pongan unas botas altas que tengo preparadas.

—¿Hay mucha humedad ahí dentro?, preguntó Nieves.

—En el suelo sí, señora, y en las paredes; pero del techo apenas cae agua ninguna... De todos modos, añadió con alguna vacilación, creo que la señora lleva un traje demasiado bueno... Si la señora quisiera ponerse una blusa... de estas nuestras...

—No, no hace falta, interrumpió Nieves riéndose. Déjenme ustedes un momento sola en las oficinas, y ya verán ustedes cómo resuelvo todas las dificultades.

Se encerró en el despacho del capataz, con la maleta; y á poco salió graciosamente vestida con un pantalón ancho de ciclista, las botas altas que le cubrían hasta el arranque del pantalón y el airoso busto envuelto en una blusa negra, ceñida al talle y abrochada casi hasta la barba. En la cabeza llevaba la boina. Guillermo no pudo contener una exclamación. Nunca había visto á su mujer tan elegante, tan ligera, tan añiada como entonces.

—He aquí mi sorpresa, dijo Nieves. ¿Te parece bien? Así no hay miedo á que me manche la falda.

Y cogiendo una de las lámparas de seguridad que tenía preparadas el capataz, añadió:

—Andando. Entremos.

La galería era ancha, de bastante elevación, perfectamente estibada con grandes maderos que formaban á los lados una gran columnata, á trechos cubierta de hongos de extrañas formas. Por el suelo deslizábase el doble carril que servía para que las vagonetas, tiradas por un mulo, sacasen el carbón arrancado de la tierra; y las dos cintas de hierro, rojas por la humedad que empapaba la galería, hundíanse á veces en un charco de agua ó en un barro negruzco, muy blando, que chapoteado por los piés, sonaba como la pasta que los albañiles amasan en las grandes artesas de las construcciones.

De vez en cuando el capataz, que iba delante, advertía:

—A la derecha..., á la izquierda... Sigán los rieles.

Y las luces describían curvas, buscando el terreno firme ó menos encharcado, huyendo de las corrientes de agua que á menudo atravesaban la galería en riachuelos sucios, negros ó amarillos. Nieves

y Guillermo procuraban seguir estas indicaciones, variando á cada momento de dirección; pero la falta de práctica les hacía fallar á veces, resbalando el pié que iba á hundirse, con ruido agrandado por el silencio de la mina, en un hoyo lleno de agua; y como las botas altas, de fuerte suela, hacían inofensivos estos bañíos, cada resbalón era motivo de risas, un pretexto para dar salida al buen humor de la juventud y del amor satisfecho.

Llevarían andados unos trescientos metros cuando Nieves, parándose de pronto, exclamó levantando su lámpara:

—¿Qué es esto? ¿Una chimenea?

Entre el muro lateral y el techo, en plena masa de carbón, abriase un boquete no muy ancho, que parecía continuar en la sombra hacia arriba.

—Es un pozo, señora. Por aquí comunica el piso segundo, donde está la explotación nueva; y el carbón que arrancan allí los picadores, cae por esta abertura para ser recogido en las vagonetas.

Acercando las luces, contemplaron aquel boquerón todo negro, apenas practicable para un hombre, y cuyas paredes de hulla se irisaban á trechos con extra-

ñas coloraciones metálicas. Aplicando el oído, percibíanse los golpes oscuros, lejanos, de los picadores.

—¿Y hay hombres ahí dentro?, preguntó Nieves.

—Si, señora, dijo el capataz. Los hay arriba, al final del pozo. A veces, ni de rodillas pueden estar, y han de acostarse de espaldas para ir abriendo camino con la piqueta en la masa del carbón.

Un estremecimiento de angustia sacudió á Nieves; y dando un paso atrás, retirando la lámpara, dijo con voz ahogada:

—Sigamos adelante.

Pero no habían andado tres metros cuando sonó, en las profundidades de la galería, un ruido sordo y potente, como si arrastrasen por el suelo pesadas cajas de gran volumen.

—Es el tren, dijo el capataz. Arrimense á un lado.

Aprovechando un hueco entre dos pozos, pegáronse al muro, rezumante de humedad, y esperaron. Pronto brilló, al parecer muy lejos, una luz que avanzaba lentamente. El ruido se hizo más claro, más poderoso; y al fin apareció el tren de vagonetas, tirado por una mula que andaba perezosamente, vigilado por un mi-

nero que pasó sin apenas mirar á los visitantes.

Un poco más allá torcía la mina, en ángulo casi recto, á la izquierda.

—Lleven cuidado, dijo el capataz. El suelo tiene aquí gran pendiente, y baja mucha agua por los costados.

Pisando sobre los rieles y apoyándose á trechos en los poyos de ambos muros, avanzaron con lentitud; y de pronto se encontraron al fin de la galería, ante dos mineros que, piqueta en mano, atacaban la pared cortando la veta de carbón.

—Esto es lo que se llama una «guía,» dijo el capataz. En este sentido se atraviesa el ancho del yacimiento, que sigue hacia arriba en un espesor de tres metros.

—¿A qué distancia estaremos de la entrada?, preguntó Guillermo.

—A cosa de un kilómetro. ¿Lo dice usted por el aire?... Algo sofoca ya por aquí.

Pero Nieves, que se sentía muy bien y no quedaba satisfecha con el espectáculo de la «guía,» poco llamativo en verdad, protestó diciendo:

—Por mi parte, no encuentro que sofoca. ¿Habrà otras galerías que ver?

—Sí, señora, contestó el capataz. Ire-

mos á una que es muy curiosa, porque tiene *grisú*.

—¡Pero el *grisú* es peligroso!, dijo Guillermo.

—En grandes masas, sí, señor, pero aquí hay muy poco, y la galería se ventila con frecuencia. Lo verán ustedes arder.

Retrocedieron hasta llegar nuevamente al ángulo, y entonces tomaron otro camino, á la derecha. De pronto, el capataz hizo alto y se inclinó hacia el suelo.

—Aquí, dijo. Vean ustedes cómo se escapa el *grisú*.

El suelo formaba, en su mayor parte, una laguna de agua sucia, cuya superficie agitábase por varios sitios, en lento burbujeo.

—Esas burbujas las hace el gas; adviertan cómo arde.

Acercó la lámpara, cuya llama se agrandó tomando tonos azulados que desaparecían rápidamente; y mientras repetía la operación en diversos sitios, Nieves y Guillermo, silenciosos, pensaban en la cruel contingencia de la vida, que en aquel momento dependía para ellos de lo imprevisto, de unas cuantas burbujas más de aquel fluido traidor, escondido en las entrañas de la hulla para sorprender

al minero y quemarlo de pronto con sus fuegos devoradores. Rápidamente les ganó la zozobra, la inquietud del peligro. El grave silencio que reinaba en la galería, la obscuridad que les rodeaba fuera del estrecho círculo de luz de las lámparas, el calor que ya se notaba en aquellas profundidades, todo comenzó a pesar sobre ellos, ahogándolos y turbándoles la alegría de antes. Pero no se movían, temerosos de parecer cobardes, de ponerse en ridículo, esperando que el capataz diera fin á la escena. Al cabo Nieves habló:

—Basta, ya lo hemos visto. ¿Salimos?

Desanduvieron lo andado, lentamente, con las mismas precauciones de antes, pero no con menos resbalones y chapoteos en el agua. Cuando llegaron á la bocamina y vieron otra vez el cielo azul y los reflejos del sol, próximo á ocultarse, Nieves lanzó un suspiro de satisfacción y se cogió del brazo de Guillermo. Luego, concretando en una pregunta todos sus pensamientos, dijo mirando al capataz:

—El carbón ¿es cosa que haga mucha, mucha falta?

—¡Ah, sí, señora!, contestó sorprendido el otro. Ya ve usted, los ferrocarriles, los barcos, las fábricas...

—Sí, sí, murmuró ella. Pero esos hombres ahí dentro, con la muerte á cada paso!..

El capataz sonrió, encogiéndose ligeramente de hombros.

—Esta es la vida, señorita, dijo apagando su lámpara. Peligros hay aquí como en todas partes. ¿Qué más da, si el pan no cae llovido del cielo?

.....

## ÍNDICE

Págs.

*Advertencia preliminar.* . . . . . v

### CUADROS LEVANTINOS

Pascua levantina. . . . .	9
Melones. . . . .	25
Boceto. . . . .	39
Paisaje. . . . .	43
¡Al agua, patos! . . . . .	53
El brazo derecho. . . . .	64
Los cigarros de Cucala. . . . .	67
La fiesta del Corpus. . . . .	75

### CUENTOS DE AMOR Y DE TRISTEZA

Cuento de Enero. . . . .	83
Confesión de un vencido. . . . .	87
Lo muerto y lo vivo. . . . .	95
Fantasmas. . . . .	101
Lo real de los sueños. . . . .	111
El secreto del doctor Mendoza. . . . .	115
Dos amores. . . . .	127
Aventura española. . . . .	137
¿Un cobarde?. . . . .	145
Desengaños. . . . .	177
Cartas de hombres. . . . .	191
Mañanita de invierno. . . . .	201
En la mina. . . . .	207



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

OBRAS DE VENTA

EN LA

Librería de Pascual Aguilar

*Calle de Caballeros, núm. 1*

VALENCIA

**Alarcón (Pedro A.)**

- Novelas cortas: 1.<sup>a</sup> serie (con retrato y biografía del autor).—Cuentos amatorios. Un tomo, 4 pesetas.—2.<sup>a</sup> serie: Historietas nacionales. Un tomo, 4 pesetas.—3.<sup>a</sup> serie: Narraciones inverosímiles. Un tomo, 4 pesetas.
- El Escándalo. Un tomo en 8.<sup>o</sup>, 4 pesetas.
- La pródiga. Un tomo en 8.<sup>o</sup>, 4 pesetas.
- El final de Norma. Un tomo en 8.<sup>o</sup>, 4 pesetas.
- El sombrero de tres picos. Un tomo en 8.<sup>o</sup>, 3 pesetas.
- Cosas que fueron. Un tomo en 8.<sup>o</sup>, 4 pesetas.
- La Alpujarra. Un tomo en 8.<sup>o</sup>, 5 pesetas.
- Viajes por España. Un tomo en 8.<sup>o</sup>, 4 pesetas.
- El Niño de la Bola. Un tomo en 8.<sup>o</sup>, 4 pesetas.
- Juicios literarios y artísticos. Un tomo en 8.<sup>o</sup>, 4 pesetas.
- El Capitán Veneno. Historia de mis libros. Un tomo en 8.<sup>o</sup>, 3 pesetas.
- Poesías serias y humorísticas, seguidas de El hijo pródigo. Un tomo en 8.<sup>o</sup>, 4 pesetas.
- De Madrid á Nápoles. Dos tomos en 8.<sup>o</sup>, 8 pesetas.

- Diario de un testigo de la guerra de Africa. Dos tomos en 8.º, 8 pesetas.
- Ultimos escritos. Un tomo en 8.º, 4 pesetas.

**Alas** (Leopoldo).

- Solos de clarín. Un tomo en 8.º, con grabados, 4 pesetas.
- ... Sermón perdido.— Crítica y sátira. Un tomo en 8.º, 3'50 pesetas.
- Nueva campaña.— Crítica y sátira. Un tomo en 8.º, 3'50 pesetas.
- Mezclilla.— Crítica y sátira.— Un tomo en 8.º, 3'50 pesetas.
- Pipá.— Novelas cortas. Un tomo en 8.º, 4 ptas.
- Su único hijo (novela). Un tomo en 8.º, 4 ptas.
- Doña Berta.— Cuervo.— Superchería. Un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- Folletos literarios: I. Un viaje á Madrid. Un tomo en 8.º, 1 peseta.
- II. Cánovas y su tiempo. Un tomo en 8.º, 1 pta.
- III. Apolo en Pafos. Un tomo en 8.º, 1 peseta.
- IV. Mis plagios. Un tomo en 8.º, 1 peseta.
- V. A 0'50 poeta. Un tomo en 8.º, 1 peseta.
- VI. Rafael Calvo y el Teatro Español. Un tomo en 8.º, 1 peseta.
- VII. Museum. Un tomo en 8.º, 1 peseta.
- VIII. Un discurso. Un tomo en 8.º, 1 peseta.
- B. Pérez Galdós.— (Semblanza biográfica.) Un tomo en 8.º, 1 peseta.
- Ensayos y revistas. Un tomo en 8.º, 3'50 ptas.
- El señor y lo demás, son cuentos. Un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- Palique. Un tomo en 8.º, 3'50 pesetas.
- Cuentos morales. Un tomo en 8.º, 4 pesetas.

**Altamira** (Rafael).

- Novelitas y cuentos.— Un tomo en 16.º, 0'50 peseta.

- Cuadros levantinos.— Un tomo en 16.º, 0'50 peseta.

**Amicis** (Edmundo).

- Corazón. (Diario de un niño.) Un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- Infortunios y amor. (La novela de un maestro.) Un tomo, 4 pesetas.
- Combates y aventuras; segunda parte de Infortunios y amor. Un tomo, 4 pesetas.
- La carrozza di tutti. (Una novela en tranvía.) Dos tomos 8.º, 3 pesetas.

**Andersen** (H. C.)

- Cuentos escogidos.— Un tomo en 16.º, 0'50 peseta.
- Cuentos escogidos, 2.ª serie.— Un tomo en 16.º, 0'50 peseta.
- Chiquitita, etc.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- Ib y Cristina, Valdemar Daae.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- La Reina de las nieves.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- El compañero de viaje, etc.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- El escarabajo, etc.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- Los asadores en sopa.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- La hija del rey del Limo.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- Los cisnes salvajes, etc.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- El hijo del portero.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- La ninfa de las aguas, etc.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- El hijo del milagro, etc.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- Los zapatos colorados.— Un tomo, 1'50 pesetas.
- La sirena, el ruiseñor, etc.— Un tomo, 1'50 pesetas.

**Angelón** (Manuel).

- Flor de un día. Novela basada en el drama de su mismo título. Un tomo en 4.º, 3 pesetas.





U A

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA  
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

EV  
P  
TEC